Miguel Pérez Ferrero

RAMON PEREZ DE AYALA

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION JUAN MARCH
colección de monografías
Fundación Juan March
GUADARRAMA

Fundación Juan March

RAMON PEREZ DE AYALA

COLECCION DE MONOGRAFIAS
SECCION 2.ª—HISTORIA, LITERATURA Y FILOLOGIA

Fundación Juan March

Fundación Juan March

MIGUEL PEREZ FERRERO

RAMON PEREZ DE AYALA

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION JUAN MARCH
GUADARRAMA

Fundación Juan March

Trabajo patrocinado por la
Fundación Juan March.
Informó para su aprobación
El Secretario del Departamento de Literatura:
P. Félix García

* * *

La Fundación Juan March no se solidariza necesariamente con las opiniones de los autores cuyas obras publica

* * *

Trescientos ejemplares de esta obra han sido donados por la Fundación Juan March a centros culturales y docentes.

© *Copyright by*
FUNDACION JUAN MARCH

Depósito legal: M. 4.554 - 1973
I. S. B. N. 84-250-5010-3 obra completa
Printed in Spain by
TORDESILLAS, ORGANIZACIÓN GRÁFICA - Sierra de Monchique, 25 - MADRID

Fundación Juan March

INDICE

Fundación Juan March

Fundación Juan March

Justificación 11

I. El ama. El origen. Los abuelos 13

II. San Zoil. El viaje. Vida de interno 19

III. Colegio de la Inmaculada. Tipos de *A.M.G.D.* 27

IV. Salida de los jesuitas. Maravillas de Barcelona. 43

V. En Logroño. Regreso a Oviedo. Los gallos. Primeros escritos 51

VI. La Atenas de España. Sus profesores. Literatura. 63

VII. El casino de Oviedo. Baraja de tipos 73

VIII. Más sobre el casino y sus tipos. Ciencia y música 83

IX. Anónimos. La guerra del 98. Un amor juvenil ... 91

X. 1902, Madrid. Valle-Inclán y otros. Ortega y Gasset 97

XI. El Ateneo: tertulias. La biblioteca. Sicalipsis. 105

XII. La Institución Libre. Personajes. Una revista ... 117

XIII. Madrid-Asturias de 1903 a 1907. Fornos. Viajes de amigos 129

XIV. El viaje a Londres. Amistades y experiencias londinenses. La llamada de urgencia 139

XV. El suicidio del padre. Trágico regreso. Solo con las letras 153

Indice onomástico 159

Fundación Juan March

Fundación Juan March

JUSTIFICACION

Creemos importante para estudiar, analizar y, sobre todo, entender las claves literarias de un autor, el conocimiento de su vida, corta o larga, y muy especialmente su origen, su formación, adolescencia y juventud. Los acontecimientos que le afectan marcan la evolución y, en particular, las mutaciones que experimenta, íntima e incluso físicamente, todo ser humano.

Como hicimos con otros personajes, reales y notorios, que nos otorgaron su confianza, invadiéndoles durante etapas más o menos dilatadas, y a través de las conversaciones que con ellos sostuvimos (nuestro papel esencial era el de escuchar), fuimos recibiendo las confidencias que sobre sí mismo nos dispensó Ramón Pérez de Ayala. Durante los dos años que precedieron a su muerte, éste, con la mayor benevolencia y paciencia, no nos escatimó detalles de lo que había sido su vida, a sabiendas de que nos proponíamos escribir su biografía. Y, al propio tiempo, nos proporcionó documentos y pistas para hallar otros necesarios.

A poco de morir el gran novelista, y no menos gran ensayista y poeta, quehaceres de nuestra profesión periodística nos llevaron a París durante unos años y hubimos de renunciar, de momento, al propósito que de inmediato acariciábamos.

Poseemos el material suficiente para en su día, si el tiempo y nuestro estado de capacidad no lo impiden, trazar la biografía completa.

Hoy ofrecemos la primera andadura.

Fundación Juan March

Fundación Juan March

I

EL AMA. EL ORIGEN. LOS ABUELOS

Primer recuerdo: tuvo ama de cría. Se llamaba Carmen. Era guapetona y toda la vida le conservó un gran cariño. Cuando volvió a Oviedo, muchos años después, fue a verle. Se había hecho rica. Habitaba en Avilés, donde era dueña de un comercio muy próspero. Y se ocupaba de su negocio de la mañana a la noche.

* * *

El padre, al que siempre adoró, era muy aficionado a los toros. Partidario de Frascuelo. En aquella época había unas cajas de cerillas muy buenas y bonitas, en colores. Cajas de toros. Las veía de niño. Procedían de una fábrica, famosa en España, de la viuda de Zaragüeta.

La plaza de toros de Oviedo se construiría hacia 1880, cuando Ramón Pérez de Ayala nace. Tanto la plaza como los teatros se construían en la ciudad por sociedades que solían formar, por lo general, grupos de amigos, y, así, había familias que poseían un palco en propiedad. El padre contribuyó a la plaza de toros, y tenía el suyo. A la inauguración llevó a su hijo Ramón, de seis o siete meses, con la nodriza, naturalmente.

Inauguraron la plaza Lagartijo y Frascuelo, y en esa corrida Frascuelo sufrió una cogida muy grave en una ingle. Teniendo ya Ayala más edad escuchó de labios de su padre lo que fue aquella cogida. Enarenaron las calles para evitar la brusquedad de movimientos del coche que llevaba al torero herido.

Fundación Juan March

Poco a poco, los propietarios que habían contribuido a la construcción de la plaza de toros de Oviedo fueron perdiendo su interés por ella, hasta que se quedó como único propietario don José Miranda, progenitor del que luego habría de ser el escultor Sebastián Miranda, quien, ya en sus años provectos, además de la escultura que cultivara de antiguo, sintió la comezón de escribir artículos de periódico, dar conferencias y aparecer por televisión lo más posible, ganado como por un irresistible y un tanto infantil afán de urgencia de dilatar su celebridad. Don José Miranda conservó la propiedad de la plaza y fue empresa de la misma durante algún tiempo.

Pero la gran afición del padre de Ayala eran los gallos de pelea. Constituían su pasión. Y poseía una gallera con ejemplares que encargaba a Inglaterra. También tenía otros gallos, que consideraba los mejores y que venían de Antequera. En la casa, en la cual había una muy amplia galería de cristales, el padre traía, a veces, una jaula con un par de gallos que él mismo preparaba. Se tiraban al aire para que cobraran fuerza en las patas. Se les cortaban la cresta y las plumas y se les daba coñac. Y se traía un gallo "marrueco" para probarlos.

Se llamaba Cirilo el padre, y ese nombre se le puso al hermano mayor de Ramón. Don Cirilo tenía un hermano en Madrid, Cipriano, de profesión notario, el cual era, a su vez, padre de hijos e hijas, pero los hijos le salieron algo holgazanes y los mandaba a que estudiasen en Oviedo. Por eso, desde niño, vio siempre Ayala algún primo suyo en la casa; primero a uno llamado Angel, luego a Guillermo. Y los primos también se significaban como frascuelistas.

Procedía don Cirilo de un pueblo de Tierra de Campos, Valdenebro de los Valles. A los dieciocho y diecinueve años abrigaba en su ánimo el espíritu de aventura, que suele anidar en los castellanos de rama gótica, y se fue por su cuenta a Asturias, a donde acudía mucha gente burgalesa y castellana a implantar negocios. A él le pareció Asturias un campo pequeño para sus empresas y se le ocurrió ir a Cuba. Fue en compañía de otro amigo que se llamaba José Zaloña en

Fundación Juan March

un barco de vela que mandaba un capitán Anselmo Piñole. de una familia de marinos de Gijón, y del que uno de los hijos habría de estudiar luego con Ramón en el colegio de los jesuitas y que tenía su misma edad. Pero ya don Cirilo, cuando partió para Cuba, estaba enamorado de la que habría de ser su mujer, Carmen Fernández Portal. Arribó a Cuba donde los barcos recalaban tres meses, que fueron los tres que el padre de Ayala estuvo allí, porque sentía nostalgia y de fijo echaba de menos a su novia.

A la vuelta se casó y formó una sociedad para establecer un almacén de géneros catalanes y extranjeros al por mayor. Sus socios eran un catalán que se llamaba Vicente Masabeu y su amigo Zaloña; y trajo a un hermano suyo menor: Ramón. Aunque a Ramón Pérez de Ayala le puso este nombre no por el hermano, sino por su madrina, que se llamaba Ramona.

A Zaloña le tocó el premio gordo en la lotería y se retiró de la sociedad para vivir como hombre rico. Masabeu, solterón de Castellar, pueblo de Cataluña donde se fabricaba el "grano de oro", tela famosa de la viuda de Tolrá, también se retiró, dejando el negocio al padre de Ramón y a su hermano. Y el almacén quedó ya con la muestra en la que se leía: "Pérez de Ayala, Hermanos". Era el más importante que había en la comarca y en casi toda la zona cantábrica centro.

* * *

De muy niño vivió, en realidad, Ramón Pérez de Ayala con su ama de cría hasta que fue al colegio de Carrión de los Condes. Y era el ama para el pequeño como su madre.

Tenía don Cirilo, el padre, un carácter tan noble y tan generoso que gozaba de la más alta estimación y del sincero afecto de cuantos le conocían y trataban.

Siendo Ramón niño iban a su casa los amigos del padre, entre ellos don Ramón Albera. Este señor se dedicaba a hacer jaulitas para grillos, y de los tres hermanos que eran los Ayala manifestaba debilidad por su pequeño tocayo. Las jaulitas las hacía fastuosas y complicadísimas de construcción.

También en la primera época de la infancia de Ramón vivía

Fundación Juan March

éste muy a menudo con la familia del abuelo materno, Diego.

El abuelo y la abuela habían establecido en Gijón uno de los primeros hoteles de lujo y comodidad que se conocían en España. Se titulaba "Hotel Iberia". Se hallaba al extremo de la calle principal de la ciudad, la calle Corrida, sobre la dársena, que era el puerto primitivo de Gijón.

El hotel, al morir la abuela, lo compró un francés llamado Malet. Tendría Ramón seis o siete años, y el abuelo ochenta. El abuelo presidía la mesa en las comidas. Se parecía al barón Huguet de Balzac, viejo tenorio. El abuelo también lo era. Se inclinaba de preferencia por las chicas del servicio doméstico. A una que se le resistía la atacó con un cuchillo. Un día el abuelo desapareció de casa. No volvió. Se investigó lo que podría ser de él y averiguaron que se había casado. Disponía de algún dinero propio. Después volvió con las orejas gachas, porque la mujer, tras desplumarle, le dejó y no se supo a dónde había ido. El abuelo Diego quería a Ramón con verdadera pasión. Le llamaba Ramonín y le compró uno de los primeros triciclos cuando éstos aparecieron. Hallándose el nieto en el colegio de los jesuitas de Gijón iba todos los sábados a verle, hasta que uno faltó. Se había muerto. El abuelo Diego procedía de Luanco, y la madre de Ramón también. La esposa de don Diego, con la que estableciera el hotel, se llamaba Rosario. Algunos de los sobrinos de don Diego habían hecho mucho dinero en Cuba y figuraban como los más ricos de Luanco. Permanecieron de por vida solteros. Uno se llamaba Nicolás y la otra Ramona. Se apellidaban Suárez. Fueron los padrinos del bautizo de Ramón, y Nicolás profesaba un gran afecto a la abuela Rosario. Era éste, Nicolás, el personaje más importante de Luanco y fundó allí un balneario, o sea, una casa de baños sobre pilotes de hierro. Por una especie de puentecillo se pasaba de la costa a la casa. El balneario era principalmente un casino con salón de baile, donde, en el verano, la gente joven iba a bailar valses y rigodones. A un lado y otro del salón había salas para jugar al tresillo, y a los extremos se hallaban las casetas, especie de celdas de las que se bajaba por una escalerilla a la playa para bañarse. Luanco estaba considerada como villa veraniega

Fundación Juan March

bastante importante y la diversión diaria la constituían los juegos para los mayores y el baile para la gente joven en el balneario.

El padrino y la madrina de Ramón querían tanto a la abuela materna que al balneario le pusieron "La Rosario". Además, el padrino poseía barcos pesqueros, y alguno de ellos se llamaba igualmente "Rosario".

Siempre que podían, cuando Ramón era niño de seis o siete años, los padrinos le tenían con ellos en Luanco.

La tan querida abuela Rosario se apellidaba de la Viña Valdés.

En cuanto a la madre de don Cirilo, el padre de Ramón, se llamaba Paula de Ayala y del Castillo y había contraído matrimonio en segundas nupcias con un abogado de Valdenebro de los Valles, Guillermo Pérez Pizarro. El padre de Ramón, siendo asimismo su vástago muy niño, le llevó a conocer a esta abuela originaria de Avila, del valle de Ayala.

La impresión de Tierra de Campos y el valle de Valdenebro fue la primera que tuvo Ramón Pérez de Ayala, niño, de Castilla; y de ahí le nació el gusto que siempre conservó por las tierras castellanas.

Fundación Juan March

Fundación Juan March

II

SAN ZOIL. EL VIAJE. VIDA DE INTERNO

Acabados, puede decirse, de cumplir los nueve años, que fue el 9 de agosto, día de San Román, va Ramón Pérez de Ayala a Carrión de los Condes para ingresar en el colegio que allí, en la provincia de Palencia, tenían los jesuitas. Su hermano Cirilo llevaba ya dos años en él.

Las familias burguesas de Oviedo solían enviar a sus hijos a los colegios de los jesuitas, porque éstos gozaban fama de darles esmerada educación e instrucción. Y uno de esos colegios era el de Carrión.

Para ir de Oviedo a Carrión había entonces que hacer un viaje bastante prolijo. Se salía de Oviedo en el ferrocarril de Gijón-Madrid. Este ferrocarril pasaba por Mieres. Cuando Ramón Pérez de Ayala hizo ese viaje se pasaba por Mieres ya de noche, y en Mieres se hallaban todos los altos hornos con sus enormes chimeneas, de manera que el espectáculo que se ofrecía era como el del reflejo de una inmensa llamarada, tanto que los viajeros solían llamarle "el infierno", lo cual le dijo su padre al chico cuando éste miró con expectación y medrosidad. Luego había que parar en una estación de la provincia de Palencia llamada Frómista, a donde se llegaba poco después de la media noche. Y desde Frómista se tomaba una diligencia que iba a Carrión.

Suponía aquello para el pequeño Ramón una verdadera aventura. No hay que decir que no durmió un solo momento en todo el viaje. Se mantuvo con los ojos abiertos como los de un búho. Los pueblecitos de noche, alguna ventana iluminada, las sombras... Todo constituía para él una gran novedad. Muchos años después, cuando leyó una novela de Barbey

Fundación Juan March

d'Aurevilly, *Le rideau cramoisi,* que describe un viaje en diligencia por la noche a través de pueblecitos franceses, le hizo recordar vívidamente aquel primer viaje suyo, también en diligencia y envuelto en el nocturno manto.

A Carrión de los Condes se llegaba a eso de las ocho de la mañana. Ramón continuaba despierto y alerta, y al cruzar las calles de la villa le chocó el letrero de una muestra que rezaba: "Farmacia del doctor Macho", lo cual le hizo reír porque, para Ramón, macho quería decir mulo, de modo que él traducía "el doctor Mulo". A esa hora de las ocho de la mañana se llegaba en Carrión a una hospedería anexa al colegio, que se hallaba en un antiguo monasterio llamado de San Zoil. Gozaba de celebridad una especie de apotegma o epigrama:

Tres cosas hay en Carrión
que no las hay en Madrid:
el puente, la calzada,
y el convento de San Zoil.

Este convento es, en realidad, una construcción admirable, con un claustro de gótico posterior, de la época de los Reyes Católicos, una iglesia magnífica y otros pormenores.

A la hospedería iba un padre jesuita para recibir de los progenitores, o encargados de los alumnos, a éstos y pasar con ellos al colegio, donde ingresaban para seguir sus cursos. Y ocurrió que el jesuita al que se le había encomendado la misión esa vez era el padre don Julio Cejador, el cual, de primera intención, sintió una gran simpatía por el padre de Ramón, al extremo de fraguar una gran amistad entre ambos, que andando los años se afianzó y estrechó aún más. Y como tales sentimientos sucede que prenden en reciprocidad, dejó don Cirilo con toda confianza a su hijo bajo la protección de su nuevo amigo.

Ramón, que, aparte su corta edad, no había asistido asiduamente al colegio de primeras letras, apenas si sabía escribir, aunque sí leer, cuando llegó a Carrión.

En los colegios de jesuitas había entonces una primera

Fundación Juan March

etapa que llamaban "inferior", en la que se completaban los ejercicios de gramática, de lectura y escritura y se iniciaba a los alumnos en latín y geografía. El padre Cejador tomó espontáneamente a su cargo la tutela del pequeño Ayala, dentro de la discreción y límites que la Orden le consentía.

A los dormitorios de los alumnos se les llamaba camarillas. A lo largo de una gran nave había una porción de pequeñas células separadas, y en cada una de ellas dormía uno. La camarilla tenía la cabida suficiente para una cama y una mesa de noche, cuya tapa se levantaba y contenía dentro una jofaina con agua para el aseo matinal. Encima de la mesa de noche había una pequeña estantería donde se colocaban las cosas necesarias para asearse. Las camarillas daban a un pasillo central y estaban separadas por una cortina roja, que el inspector de turno, a la hora reglamentaria, entre ocho y media y nueve de la noche, iba levantando para ver si cada chico estaba ya en su lecho y si dormía.

El padre Cejador dejaba debajo de la almohada del pequeño Ramón todas las noches un cartuchito con lo que entonces se llamaba cascadientes, que consistían en unas galletas muy duras y almendras garrapiñadas.

Rector de San Zoil era el padre Martín, quien tenía relaciones de parentesco, por afinidad, con don Cirilo, por lo cual, y por ser Ramón el alumno de menor edad del colegio, tenía para él, aunque eslabonada jerárquicamente, una solicitud constante. En cualquier caso, por si el pequeño estaba o no delicado, le enviaban a la enfermería, lo cual suponía algo así como pasar una temporada de asueto, porque en ella había recreos diversos y el aliciente indudable de disfrutar de una mayor libertad.

El clima de Carrión era tremendamente frío, a tal extremo que al levantar por las mañanas la tapa de la mesa de noche el agua de la jofaina presentaba una dura costra de hielo, y aunque había estufas repartidas por el colegio apenas mitigaban la gélida temperatura reinante. Debido a ello los chicos iban vestidos con ropas de muchísimo abrigo. Llevaban todos una prenda exterior que se llamaba *carrik*, pero su verdadero nombre debía ser Garrik por el famoso actor intérprete de

Fundación Juan March

Shakespeare, ya que es sabido que las prendas masculinas de vestir son en su mayoría de origen inglés y llevan el nombre de quien las usó por primera vez, como, por ejemplo, Mac-Ferland. La referida prenda consistía en un gabán sin mangas, y por debajo del cuello del mismo, superpuesta, una capa muy vueluda de piel, con la cual se podía uno embozar y que tenía rebozos como los de una capa española. Los chicos usaban mitones y, no obstante, padecían de sabañones casi todos. Las orejas solían inflamárseles y se les ponían rojizas como crestas de gallo o mocos de pavo. Debajo del *carrik* llevaban una especie de uniforme de diario que llamaban blusa, y que no era tal blusa, sino un mandil o delantal de dril, a modo de sotana, de color garbanzo y ribetes de esterilla blanca, que les llegaba hasta las rodillas y se ajustaba con un cinturón.

Aparte este traje de diario, tenían los colegiales un uniforme para los domingos y fiestas solemnes a semejanza del de los militares: gorra galoneada con visera de charol; levita con botones dorados y una faja de seda azul con borlas, que se anudaba a un costado; el pantalón, largo, con franjas doradas.

A uno de los juegos de los chicos en los recreos cotidianos lo llamaban del zurriago; este zurriago consistía en una vaina de cuero que se rellenaba con estopa muy apretada, de manera que resultaba bastante dura; ponían a la vaina una manija de cuerda que se pasaban por la muñeca, o la apretaban en la mano. En su conjunto, y a la vista, se parecía el zurriago a las porras que usan los actuales guardias de la circulación. Los chicos llevaban todo el día el zurriago colgado de la manija en el cinturón de la blusa. Al llegar al recreo, al que iban en filas, el inspector daba unas palmadas en señal de que los colegiales quedaban en libertad, y en ese mismo instante echaban mano del zurriago y se lanzaban a perseguirse propinándose zurriagazos. Evidentemente, el juego ponía de manifiesto una sutil invención de los padres para que los muchachos entrasen en calor. Cuando el invierno se sobrepasaba en crudeza solían jugar los chicos a la hora del recreo en el claustro, que formaba un enorme cuadrilátero y llenaban de montones de paja triturada de las eras, y allí inventaban

Fundación Juan March

mil diversiones al propio tiempo que estaban abrigados por la paja.

La Compañía de Jesús, como en general las demás comunidades, sobre todo en aquel tiempo, tendía a exaltar y hacer propaganda, por lo regular de modo coloquial, de boca a oído, de sus personalidades relevantes.

En el colegio de San Zoil a todos los padres se les oía hablar de dos de ellos a los que tenían por seres excepcionales. Uno, el padre Cejador, del cual decían, como de pasada, como quien no quiere la cosa, que hablaba 40 idiomas; el otro, el padre Quevedo, profesor de la clase "inferior". Del padre Quevedo sus compañeros aseguraban que era un Hércules o un Sansón, y contaban de él innumerables proezas. Una de ellas que habiendo salido de paseo al campo vino contra él un lobo furioso. En lugar de amedrentarse lo aguardó impertérrito con la cachava atravesada, cogida por ambos extremos como el manillar de una bicicleta, y cuando el lobo se precipitó sobre él con las fauces abiertas le metió la cachava, en la forma que la tenía, hasta la base de las fauces. Esa cachava la dejaba, y allí permanecía, en una esquina de la clase. Y, efectivamente, se veían en ella unas manchas que eran, según la especie divulgada, de la sangre del lobo. El pequeño Ramón guardó en su memoria, y no se le borró de ella andando los años, el aspecto físico del padre Quevedo: bajo, chaparro, casi cuadrado, de brazos largos y piernas más bien cortas, muy cejudo, de cejas espesísimas y prietas que se juntaban sobre la nariz; casi sin frente, el cogote liso, muy oscuro de piel como odre de vino; peludo todo él, parecía, en suma, un antropopiteco. Pero por dentro era un ángel, muy tierno a su modo, porque las maneras le faltaban. Sin embargo, el sentimiento se le traslucía. El padre Quevedo enseñaba además dibujo. Dibujaba como un demonio. Lo hacía al carboncillo y difumino, con resultados catastróficos. Por lo general se consagraba a obras de asunto religioso: vidas de padres jesuitas. En la enfermería había una serie de dibujos suyos enmarcados que representaban la vida y milagros del padre Claver —San Pedro Claver—, un gran misionero de la Orden.

Tenía el colegio sala de gimnasia en una gran estancia

Fundación Juan March

cuadrada, cubierta y enarenada, con toda clase de instrumentos para hacer ejercicios de salón: paralelas, anillas, trampolín, trapecio, cuerda para trepar, deporte que el pequeño Ramón dominaba porque su peso era muy liviano y, además, poseía mucho nervio.

En el fondo, la gimnasia hacía veces de recreo, y en ese capítulo se hallaba el juego del balón y el tirar de la cuerda por los extremos dos equipos contrarios. El padre Quevedo intervenía cuando jugaban al balón y daba tales patadas y con tanta energía muscular que los chicos veían perderse el balón en el espacio.

Las comidas del colegio de Carrión eran muy buenas y se distribuían con prodigalidad. El cocinero se llamaba el hermano Calvo, famoso por sus tortillas de patatas. Después le trasladarían al colegio de Gijón, al que Ramón pasaría y donde permanecería cuatro años. Las tortillas de patatas que el hermano Calvo hacía parecían ruedas de carro por lo grandes, y, además, muy gruesas y sabrosísimas. Y no estaban ni duras ni blandas. En su punto. A los colegiales se les daba vino en las comidas por lo cual las familias tenían que mandar, entre los utensilios de uso personal que habrían de acompañarles, un vasito de metal con ese destino, vasito que algunos chicos llevaban de plata. Como en casa de los Ayala también daban vino a los niños en las comidas, por ser castellano el padre, otros pequeños del colegio que no estaban acostumbrados a beberlo le cedían el suyo a Ramón, y éste se tomaba tres o cuatro vasitos de los compañeros circundantes.

Tenía detrás el monasterio de San Zoil un huerto enorme al que atravesaba una corriente de agua encauzada, que se llamaba cuérnaga, y que servía de regadío a toda la extensión, en la que había abundancia y variedad de árboles frutales, flores, y en la que, especialmente, se criaban cerdos de una raza selecta, que debía ser la York. Esos cerdos se destinaban a la alimentación de todos los habitantes del colegio, y en la época de la castración, que es en primavera, los cerdos, que son muy quejicones, llenaban el ámbito con sus alaridos, cosa que se repetía en otoño en la época de la matanza. Cuando ésta llegaba, no el hecho en sí, pero lo que seguía,

Fundación Juan March

constituía una gran fiesta para los colegiales, porque de la matanza les daban chicharrones, tortas especiales, las primicias de los embutidos, el tocino que iba en el cocido, plato diario verdaderamente suculento, que tenía un maravilloso color de rosa y que servían en pequeños cubitos. A Ramón no le gustaba el cocido por lo grasiento, pero, en general, a los demás chicos les entusiasmaba. Y a propósito de aquel cocido se repetía el siguiente refrán:

No hay puchero sin tocino,
ni sermón sin agostino (por San Agustín).

* * *

El colegio de Carrión, como otros de la Orden, repartía a sus alumnos en tres divisiones, por edades: la primera, de los mayores; de los medianos la segunda, y en la tercera se agrupaban los más chicos. Cuando iban de paseo lo hacían, asimismo, guardando las divisiones, o sea, separadamente. Y cada división iba acompañada por los inspectores, que elegían los lugares. Ramón estaba en la tercera división y su hermano Cirilo en la primera. A veces los de la tercera iban a orillas del río Carrión, lo que a Ramón más le gustaba. Tenía la corriente mucha fuerza, a tal punto que un día a un chico que se inclinó más de lo prudente lo arrastró hacia ella.

A Ramón, en quien ya nacía la afición por las cosas mecánicas, le entretenía hacer barcos y echarlos a navegar por el río. Eran barcos de papel, algunos de ellos de construcción complicada. Se hallaba en una edad el chico en que todo le fascinaba y por todo sentía una curiosidad que nunca, a lo largo de su vida, le abandonó. El pequeño se sentía plenamente feliz por aquellos días. Feliz y precoz. A menudo le elegían entre otros muchos mayores para una práctica que solía hacerse en ocasiones solemnes y que consistía en que un alumno subiese al púlpito y recitase, debidamente ataviado para la circunstancia, la vida de algún santo. Le confiaron una vez la recitación de la vida de San Edmundo de Canterbury, que de antemano había que aprenderse de memoria. Empezaba así:

Fundación Juan March

Edmundo de Canterbury
aprendió de su madre
que era una santa mujer...

Ramón entendía que este principio significaba que el santo había aprendido que su madre era una santa mujer, mientras que lo que en realidad quería decirse es que Edmundo de Canterbury tenía una madre que era una santa mujer de la cual había aprendido... Para subsanar los posibles fallos de memoria de los muy juveniles recitadores acostumbraba a ponerse un padre en cuclillas en la escalera del púlpito haciendo de invisible apuntador. Y cuando oyó la corrección que el pequeño Ramón hizo marcando la pausa de la coma detrás de la palabra madre le dio la razón.

Durante la cuaresma los viernes llevaban los padres a los colegiales a la iglesia y en ella permanecían durante tres horas cantando los oficios. Ya entonces el pequeño Ramón entendía perfectamente el latín eclesiástico.

Fundación Juan March

III

COLEGIO DE LA INMACULADA. TIPOS DE A. M. D. G.

Permaneció Ramón Pérez de Ayala dos cursos en San Zoil. Después, éste se cerró para convertirse en noviciado de la Orden. Los alumnos se repartieron entre dos colegios. Los que pertenecían a la primera división los destinaron al de San José, en Valladolid, y los de la segunda y tercera al de la Inmaculada Concepción, que acababa de construirse en Gijón y se inauguró para las tareas escolares. No pasarían los chicos en aquel primer curso inaugural de 30 ó 40, contándolos todos. La clase de Ramón era la de primer curso de bachillerato oficial, porque también había un bachillerato particular de los jesuitas, que no coincidía. Ese curso del pequeño Ayala sólo contaba con cuatro alumnos, lo que constituía un número bien exiguo. Uno de esos compañeros de clase se llamaba Salvador Guisasola y era hijo del director de un periódico católico de Gijón, *La Reconquista.* Salvador se caracterizaba como empollón tremendo, pero completamente incapaz. Su padre pretendía que fuese el número uno, lo cual resultaba imposible. Otro de los condiscípulos se llamaba Carlos Cienfuegos Jovellanos y Camposagrado, hijo de don Pepito Cienfuegos, como se le conocía en todo Gijón, descendiente de don Melchor Gaspar de Jovellanos y que poseía una casona solariega en lo más viejo de la ciudad, cerca de la iglesia de San Pedro, principal templo gijonense. La madre, doña Margarita Camposagrado, era hermana del marqués de Camposagrado, que fue embajador en San Petersburgo y luego en Constantinopla. Otras dos hermanas estaban casadas, una con el duque de Tarancón y otra con don Alejandro Pidal y Mon.

Fundación Juan March

Carlitos y Ramón se hicieron en seguida muy amigos y a través de esa infantil amistad se fraguó la de ambas familias. Todos los hijos de don Pepito Cienfuegos llegaron a ser famosos. El mayor, Gaspar, gozaba de gran popularidad en Gijón, en Madrid y dondequiera que fuese. Muy buen cazador, mantenía trato sumamente amistoso con don Alfonso XIII, quien lo llevaba bastante a menudo consigo. Todos los Camposagrado se singularizaban por lo corpulentos, de gran facha, y a causa de esto a Gaspar se le llamaba siempre Gasparón. Otro hermano, Luis, fue caballerizo mayor del monarca. Los Camposagrado eran terratenientes, pero no muy poderosos. El marqués, embajador ya en San Petersburgo, sustituyó al duque de Osuna, el embajador anterior. Como buen hidalgo asturiano de origen gótico, el marqués no quería ser menos que Osuna en fasto y ostentación y se gastaba en su Embajada más de lo que podía, por lo cual se dirigía con harta frecuencia a sus hermanos en Asturias para que éstos vendiesen tierras y le enviasen dinero. Los hermanos, por dignidad, cumplían, y al propio tiempo se iban arruinando. En cierta ocasión el marqués se hizo una fotografía de gran aparato en la que aparecía en un trineo, o una troika, revestido de pieles costosas, e igualmente cubiertos sus lacayos. A sus hermanos les mandó la fotografía con esta dedicatoria: "Para que veáis cómo ando yo por aquí." Y ellos, que, como toda la familia, eran un poco fantásticos, se hicieron a su vez una fotografía en grupo familiar completamente desnudos, y en la que escribieron al pie lo siguiente: "Para que veas cómo nos has dejado a nosotros aquí."

Por aquel entonces se celebró en Gijón el centenario de don Melchor Gaspar de Jovellanos y con este motivo acudieron a la ciudad grandes personajes: ministros, obispos, etcétera. En la casa de don Pepito hubo un gran banquete para el festejo, y como Gasparón era el hijo mayor, su padre le dijo en vísperas de celebrarse esa comida de carácter casi oficial: "Invita si quieres a algún amigo tuyo." Y él llevó a dos amigos: uno se llamaba Mefis y otro Tofeles. Se trataba de dos borricos. Cuando ya estaban los comensales para sentarse a la mesa, Gasparón gritó: "¡Mefis!, ¡Tofeles!" Y como ambos

Fundación Juan March

borricos estaban domesticados abrieron a un tiempo las puertas del comedor y entraron. A todos los convidados hizo, por fortuna, gracia la broma.

Carlitos era un chico muy vivo, muy despejado, muy simpático, muy ingenioso, y tenía la manía de improvisar constantemente versos que resultaban festivos y agudos. Pasados los años, Carlitos fue alcalde de Gijón.

El cuarto condiscípulo, contando con Ramón, se apellidaba Escalera y Bus, de buena condición, pero apagado, neutro, insignificante.

* * *

Toda la vida de Ramón en el colegio de jesuitas de la Inmaculada Concepción está en *A. M. D. G.* Todo cuanto Ramón Pérez de Ayala escribió en ese libro referente a los alumnos es absolutamente cierto. En cuanto a lo que respecta al interior de la comunidad jesuítica, o sea, profesores y maestros, los datos allegados los suministró directa y personalmente don Julio Cejador. Cuando Ramón Pérez de Ayala escribió esa novela corría el año 1909. Ese año don Julio Cejador ejercía de catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid.

Lo que en *A. M. D. G.* pueda haber de diatriba contra la Compañía de Jesús está más o menos inspirado por Cejador, puesto que de la vida interior de la Orden Pérez de Ayala no conocía nada. Por otra parte, hay en las páginas de *A. M. D. G.* jesuitas que aparecen con sus verdaderos nombres y a los cuales Ramón Pérez de Ayala no llegó a conocer, pero de los que Cejador le habló, así como de otros pormenores e intimidades de la comunidad. Juzgaba Ramón Pérez de Ayala, ya gran escritor consagrado, y en los últimos días de su vida, que se necesitaba leer *A. M. D. G.* muy torcidamente para sacar la consecuencia de que él atacaba a los jesuitas como maestros y profesores de una colectividad infantil. El único personaje oscuro que hay en la novela es el padre Mur, y lo que Ramón Pérez de Ayala escribió de él era perfectamente veraz e histórico. Como les ocurre muchas veces a

Fundación Juan March

los novelistas que funden en un solo personaje de ficción dos o más conocidos por propia experiencia, en *A. M. D. G.* el padre Mur es el resultado de la fusión de dos padres: el padre González y el padre Gutiérrez. Esta circunstancia de los apellidos es muy curiosa, porque ambos eran los únicos que tenían apellidos castellanos en el colegio. Todos los demás llevaban apellidos vascos.

No pocas veces y no pocas personas oyeron repetir a Ramón Pérez de Ayala, al hablar de los padres de los colegios de jesuitas donde había estado, que sentía gran afecto junto a una gran estimación y admiración por ellos, lo cual correspondía a lo que ellos le manifestaran. Todos, insistía, le parecían muy buenos, inteligentes, sabios y eficaces maestros. Distinguía a un padre Maturana, al que calificaba de ángel por ser la criatura más apropiada para tratar y entender a los niños. Este padre enseñaba latín en el primer curso, que para el pequeño Ramón era el tercero. Si se puede hablar de amistad entre un niño de corta edad todavía y sus profesores, no sólo contaba en ello el padre Maturana, sino que había otros varios que se la dispensaban. Uno, y el principal acaso, era el padre Lete, hombre flaco y alto, de faz noble y despejada, profesor de retórica y poética y de matemáticas; o sea, en cuanto a las últimas, de aritmética en el primer curso y de geometría plana y del espacio en el segundo. A primera vista debe parecer incompatible ser maestro de enseñanzas como la retórica y poética y las matemáticas. Sin embargo, son disciplinas muy unidas entre sí, al punto de que Ramón Pérez de Ayala, ya adulto, no concebía la existencia de un gran matemático que no fuese un gran poeta, ni de un gran poeta que no tuviese infundido, en su manera de ser y en su obra, el sentido matemático. En menos palabras: el ritmo. De ahí que, para Ayala, la poesía, la matemática y la música formaban una trinidad: "tres actividades distintas y una sola creación casi divina". Ponía como ejemplo que el primer matemático, Pitágoras, fue asimismo el primer músico, puesto que creó la escala, estudió los sonidos y llamó a la armonía universal, como se la sigue llamando, "la música de las esferas". En el dintel de la Academia de Platón había un letrero que

Fundación Juan March

decía: "Nadie entre sin saber matemáticas". La matemática cuya relación consideraba Ramón Pérez de Ayala, ya hombre, estrecha con la poesía y la música era, naturalmente, la matemática abstracta: álgebra, cálculo integral e infinitesimal, etcétera, y no lo que una mayoría de la gente entiende, o venía entendiendo, por eso: la aritmética o, a lo sumo, las cuatro reglas; quiere decirse con las "cuatro reglas" la cuenta de la cocinera, "hacer números". Aunque es lo cierto que Ramón Pérez de Ayala afirmaba que nunca pasó de la multiplicación y jamás se las arregló para dividir correctamente. Pero esto bien podría ser burlona presunción.

También mostraba particular afecto por Ramón, además del padre Lete, el padre Olavide, profesor de historia. Tanto uno como otro padre sentían gran afición por la literatura, les gustaba mucho el periodismo y disfrutaban con la poesía. Ambos consideraban el primer poeta a Núñez de Arce y el primer novelista a Pereda. La simpatía que sentían por Ramón de fijo se debiera a que éste, que contaba entonces doce años, mostraba ya vocación y aptitudes de literato. Soñaba el chico con ser gran poeta. Ciertos días, en la clase de retórica y poética, dictaba el padre Lete un tema para un ejercicio de composición. Estos temas, por lo regular, eran genéricos, a la manera de la poesía clásica; por ejemplo: un naufragio, una batalla, un incendio, etc., etc. E incluso en una ocasión hubieron de componer un poema épico, en verso: "El rey Rodrigo y la batalla de Guadalete". Tenía que estar compuesto en octavas reales. Los compañeros de Ramón no pudieron hacerlo. El lo escribió entero, y además divirtiéndose mucho y poniendo gran entusiasmo. El poema empezaba de esta manera:

El fiero sarraceno entró en España
sin respetar hacienda ni cercado...

Después venía la descripción de las huestes españolas y del cuerpo de guardia del rey Rodrigo. Y esa octava real terminaba con estos dos versos:

Fundación Juan March

Y, en carro de marfil, ufano avanza
el rey hispano que juró venganza.

El padre Lete y el padre Olavide se profesaban mucha amistad y todo lo que Ramón hacía el padre Lete se lo contaba al padre Olavide. En frecuentes ocasiones Ramón tenía que pasar cerca del padre Olavide, o éste del chico, y el jesuita solía recordarle, recitándolos con cierto énfasis, esos dos últimos versos, y añadía: "Parecen de Núñez de Arce." En otra ocasión el tema de composición fue el del incendio de una casa. La redacción habría de ser en prosa. Ramón, no obstante sus cortos años, ya abrigaba un espíritu realista e inquisitivo. Antes de dar principio al trabajo en cuestión pensó que un incendio ha de obedecer a alguna causa y se le ocurrió comenzar por la que lo provocaría. Inventó que una de las criadas de la casa se había dormido y que el quinqué de su cuarto, con el que tropezó al hacer un movimiento durante el sueño, se había caído, prendiendo el fuego. Cuando el padre Lete leyó las composiciones, que había mandado hacer para calificarlas, dijo a Ramón: "Tú vas a ser un gran novelista." Al chico esas palabras, tan elogiosas y pronunciadas con cariño, le produjeron enorme decepción y se echó a llorar, repitiendo entre sollozos entrecortadamente: "Yo quiero ser poeta, yo quiero ser poeta."

En ese período del curso estudiaba Ramón cuarto año de latín; cuarto siguiendo las enseñanzas de los jesuitas y segundo de la oficial. Daba esas clases el padre Loigorri, que, además, desempeñaba el cargo que en los centros de enseñanza de la Orden se llama prefecto de estudios y que los alumnos denominaban padre ministro. Era muy campechano y un poco inclinado al chiste. Daba la clase paseándose de arriba abajo por delante de los pupitres. Uno de los procedimientos que empleaba para sus chistes consistía en rebajar el latín del clero secular, lo que vulgarmente se llama "latín macarrónico", y también "moco suena" en lugar de "como suena". Una de las cosas que contaba y repetía, porque a él le hacía mucha gracia, concernía a ese lema de las tres virtudes teologales, que en latín se escribe: "Charitas, fides et spes". Y, di-

Fundación Juan March

virtiéndose mucho, decía que un cura lo traducía: "Caritas feas sin pies". Estudiaban ya los chicos a Virgilio y leían el primer verso de la primera bucólica: "Titire tu patulae recumbans sub tegmine fagi", y el padre Loigorri bromeaba afirmando que otro cura lo traducía: "Tírale tú de la pata pequeña metiendo la mano por el extremo de la faja".

Seguían los jesuitas un método de instrucción intensiva y extensiva, el cual procede, inmutable, de *La ratio studiorum,* inspirada en Quintiliano, en su famoso libro de retórica *La formación del creador.* Por las mañanas daban sus clases los colegiales en cada aula respectiva con el profesor de la asignatura, quien explicaba concienzudamente la lección del siguiente día, que luego, en los estudios de por la tarde, en grandes salas, habían de aprenderse los muchachos en el libro de texto del que cada cual disponía. Como la generalidad de los padres explicaban muy bien y con todo detalle la lección, con eso sólo bastaba para que los discípulos estuvieran al cabo de la calle, si habían permanecido atentos a las explicaciones. Pero la mayoría tenían la mollera muy dura y no asimilaban nada, o casi nada. A Ramón, en cambio, le resultaba fácil, y como el padre de turno se daba cuenta de ello solía preguntarle si se había enterado, a lo que el chico le respondía: "Sí, padre, lo he entendido muy bien; ya lo sé." Algunas veces el padre insistía: "¿Estás seguro de poderlo explicar ahora?" Y Ramón lo explicaba.

Cuando el padre Lete explicó en el encerado el famoso binomio de Newton, fórmula bastante larga y complicada, le hizo la misma pregunta a Ramón y éste le respondió afirmativamente.

—¿Podrías desarrollarlo en el encerado?

—Creo que sí, padre.

Borró el padre Lete lo que había escrito y salió Ramón al encerado, demostrando que lo había entendido perfectamente.

Por aquella época, y durante mucho tiempo después, los alumnos de los colegios particulares iban a examinarse a fin de curso al Instituto oficial del Estado para obtener las calificaciones correspondientes. Ocupaba a la sazón la cátedra de matemáticas del Instituto Jovellanos de Gijón un señor que

Fundación Juan March

se apellidaba Molina. Tenía fama bien ganada de republicano furibundo y anticlerical rabioso, y corría la especie de que se complacía suspendiendo a todos los alumnos procedentes de colegios de jesuitas. Los jesuitas, que sabían muy bien hacerse la propaganda, extendieron la voz de que aquel curso habría de examinar el temido catedrático a un alumno al que no podría suspender, y tal vez debido a eso, cuando el pequeño Ramón fue a pasar su examen, el aula se hallaba llena de gente y se advertía gran expectación. Al llegarle su turno a Ramón sacó las tres bolas de rigor que marcaban las lecciones que le habían tocado en suerte. Desarrolló el chico los temas con gran naturalidad sin que el señor Molina hiciera el menor signo hostil ni de disconformidad; muy al contrario, movía afirmativamente la cabeza y su semblante se fue tornando cada vez más afectuoso hacia el muchacho. Le dio la calificación de sobresaliente. Algunos años después, por esos azares de la vida, llegó Ramón Pérez de Ayala a conocer al señor Molina, que era un hombre muy recto, muy probo, muy humano, excelente padre de familia y al cual adornaban todas las cualidades de un buen ciudadano.

Debido a que al pequeño Ramón, escuchadas las explicaciones de los profesores se le fijaban éstas y se sabía sin mayor esfuerzo las lecciones, los padres le dispensaban un trato de favor durante las largas horas consagradas al estudio. Las salas donde los chicos estudiaban eran grandes estancias en cuyo muro frontero se alzaba el púlpito del inspector, que de esa manera podía observar y abarcar de un vistazo el conjunto de los colegiales. A ese púlpito se subía por unas escaleras colocadas a uno y otro lado. Estaban las salas divididas en dos sectores que se componían sucesivamente de hileras de cuatro bancos con su correspondiente pupitre delante de cada asiento. El pupitre tenía dos puertas laterales que se abrían hacia los lados para que en ningún caso, si los chicos habían de abrirlas, interceptasen la visión del inspector desde arriba. En el pupitre se guardaban libros, papeles, cuadernos y demás efectos para el estudio. Una de las normas en las que los jesuitas ponían todo su celo consistía en dominar la curiosidad fútil y mantener el dominio sobre sí mismo ante cualquier

Fundación Juan March

impresión o sobresalto advenedizo, de manera que juzgaban una de las faltas más graves la de volver la cabeza por pura curiosidad respondiendo a un eventual estímulo que se operase a espaldas del chico.

Ese trato de favor del que antes hemos hablado que los padres dispensaban a Ramón durante las horas de estudio, en atención a que éste no tenía que machacar sobre las lecciones del día siguiente, se determinaba en haberle destinado un sitio especial en la sala colocándole al final de una de las alas, de manera que estuviese solo y pudiese hacer lo que quisiera. El padre Lete y el padre Olavide le llevaban libros. Tendría por entonces Ramón unos trece años y se leyó todo Pereda, Núñez de Arce, Zorrilla y el duque de Rivas. Aparte esa libertad, a veces le confiaban la misión de pasar al pupitre de algún compañero singularmente torpe para explicarle lo que aquél no había entendido por la mañana, aunque, según confidencias de Pérez de Ayala muchos años más tarde, rara vez la repetición de las explicaciones resultaba eficaz. Uno de los entretenimientos de Ramón cuando no se hallaba ocupado en esos menesteres docentes era el de fabricar cuerpos geométricos, para lo cual demostraba gran disposición. Los fabricaba de cartulina de la que le proveía el padre Lete, así como una navajilla para marcar las aristas y goma para pegar las caras de los poliedros. Hacía el tetraedro, el cubo, el pentaedro y hasta el icosaedro, que tiene 20 caras. En cuanto a la lectura, al enfrascarse en Núñez de Arce, no dejaba de sorprenderle la amplitud de criterio y tolerancia de los padres Lete y Olavide, los cuales le proporcionaban los libros, pues algunas de las composiciones del poeta llegaban a parecerle a Ramón casi impías, como, por ejemplo, dos de ellas:

Sálvanos Cristo, sálvanos si es cierto
que tu poder no ha muerto...

y

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera

Fundación Juan March

entraba en nuestras viejas catedrales
donde postrado ante la Cruz de hinojos
levantaba mis ojos
sumido en las ternuras celestiales.

Hoy que mi frente atónito golpeo
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida
por hallarla otra vez, fragante y bella,
como en la edad aquella,
desgraciado de mí, diera la vida.

De las novelas de Pereda la primera que leyó fue *De tal palo tal astilla,* que versa principalmente sobre el problema de la fe y, según hubo de averiguar luego, andando los años, Pereda la había escrito como contrapartida o réplica a *Gloria,* de Galdós. En *De tal palo tal astilla* había un personaje caricaturesco, que es el hombre liberal, admirador de Espartero. El pequeño Ramón, en aquel tiempo, nunca oyó mencionar a Galdós. Tardaría aún en descubrirle cuando, pasados los años, se hallara fuera del colegio.

* * *

Las clases se dividían en dos bandos, romanos y cartagineses, que en el aula se situaban de uno y del otro lado. A la cabecera de cada banco se colocaba el cónsul, o sea, el alumno más aventajado de cada bando; después de él, los centuriones, siempre en escaso número, y detrás la tropa menuda. Los sábados tenían lugar los que se llamaban "desafíos". Se ponían en pie y salían a los primeros términos del aula, respectivamente, cónsul contra cónsul, centurión contra centurión, etc. Cada desafiado recitaba la lección y el desafiador se mantenía muy atento al menor fallo y le gritaba con iracundia cuando se producía: "¡Corrija usted!"

A la cabecera de cada ala de la clase, junto al primer banco, había un estandarte de dos caras, anverso y reverso. Por una de ellas estaba escrito *Roma victix* y por la otra *Roma*

Fundación Juan March

victa. E igual con Cartago. Durante toda la semana cada bando tenía a su frente su estandarte.

Por encima de las categorías apuntadas estaba el emperador, que era el alumno más distinguido y se hallaba sobre ambos bandos. El emperador hacía de árbitro en los "desafíos". También los sábados por la tarde se cantaba solemnemente la salve en la capilla del colegio. Para dirigirse a ella desfilaban todas las clases por los claustros, y abriendo la marcha de cada clase iba una terna presidida por el emperador, que llevaba a uno y otro lado a los cónsules y a su derecha al vencedor. Ramón siempre fue emperador, lo mismo que José Ortega y Gasset en el colegio de los jesuitas del Palo, Málaga... "Yo he sido emperador en una gota de luz", habría de decir el filósofo.

Todos los meses en el salón de actos se distribuían los premios. A esa ceremonia se la llamaba en el colegio concentración. Y con ese motivo algunos alumnos recitaban poesías, cantaban formando coros o hacían algún discurso de circunstancias. Se alzaba, como presidencia, un tribunal con el padre rector en el centro y a su derecha e izquierda el prefecto de estudios y algún padre mayor. Los premios consistían en unas cartulinas grandes, muy bien caligrafiadas, con la mención del premio y el nombre del discípulo premiado. Se distribuían por clases y, en el área de cada clase, por asignaturas. El premio más preciado era el de "Excelencia", y luego se otorgaban, atendiendo a cada materia, primero, segundo y tercer premios.

Ramón ganaba todos los premios, pero no les daba importancia alguna, acaso porque su padre y su madre tampoco se la daban. Puede ser que por esa indiferencia, desde muy pronto arraigada en el chico, en una ocasión, a la salida de uno de aquellos actos a los que se rodeaba de la mencionada solemnidad y que por excesivamente prolongados ponían a prueba la resistencia de los colegiales, que a menudo se sentían apretados de necesidades y urgencias orgánicas, lo que hacía obligado que inmediatamente de terminar se les condujera a los retretes, llamados allí "lugares", Ramón tirara por el "lugar" excusado todos los premios que había recibido, y esa

Fundación Juan March

vez sin acordarse de si le producían o no indiferencia. Entonces al padre Gutiérrez, que figura en *A. M. D. G.* fundido con el padre González en el padre Mur, y que tenía proclividades de rata de alcantarilla, porque andaba siempre husmeándolo todo con el hocico vibrátil, se le ocurrió, ¡nada menos!, que ir mirando retrete por retrete, y en uno de ellos halló las cartulinas arrojadas por el chico. Investigó de quién provenían y se precipitó a denunciar el hecho a sus superiores. En la concentración del mes siguiente, el padre rector, al proclamar los premios de la clase de Ramón, dijo: "Excelencia", sin pronunciar ningún nombre detrás, lo cual repitió con los primeros premios por asignatura. A la postre dijo: "Que se acerque el alumno Ramón Pérez de Ayala." Y cuando le tuvo frente a él le espetó severamente: "Tienes una soberbia satánica." El chico no podía explicárselo. Se quedó atónito. A su imaginación escapaban los manejos del padre Gutiérrez.

Por las Navidades había teatro en el colegio. Se representaba en una sala grande en la que se levantaba el escenario en uno de sus extremos. Las funciones solían sucederse una semana, o algunos días más, y se daban, naturalmente, por la tarde. Se ponían en escena obras habladas y también zarzuelitas. Alguno de los padres hacía los arreglos de las comedias o sainetes, y siempre eran piezas conocidas o de repertorio en el mundo secular. Cuanto había en esas obras de amor entre amantes, de hombre a mujer, se transformaba en amistad purísima y espíritu de sacrificio entre amigos. Por lo general, uno de esos amigos lo daba todo por los otros. Las piezas musicales también se cultivaban, como, por ejemplo, *Música clásica,* cuya partitura es de Chapí. Ramón tomaba parte en esas fiestas teatrales, pero cuando se trataba de sainetes carecía en absoluto de vis cómica, y nunca supo hacer un papel de gracioso. Para las zarzuelitas tampoco poseía una voz adecuada, de manera que le ponían a cantar en el coro y, eso sí, se esforzaba con tal ahínco que parecía un náufrago pidiendo auxilio, hasta que su desgañitamiento sobrenadaba en el conjunto coral. La especialidad de Ramón cuajaba, en cambio, según los padres, en recitar versos. En cuanto empezaba a recitarlos se advertía que entraba en situa-

Fundación Juan March

ción; se enajenaba, como decían los griegos; se convertía en un ser distinto, apoderándose de lo propio de la poesía. En una obra del padre Lete se imaginaba un homólogo de Satanás y, en efecto, hacía su papel de modo muy propio transportándose al espíritu satánico.

Maldito soy, mi soplo pestilente
torna en veneno el aura del ambiente.
Son mi mansión la oscuridad y el llanto...

Una de las obras que se representaban en el teatro del colegio era *El puñal del godo,* pieza en verso de don José Zorrilla, que fue la primera que escribió el poeta dramático y en la que intervienen solamente cuatro personajes. Por aquella época todas las sociedades de aficionados de España ponían en escena *El puñal del godo.* La trama es que don Rodrigo, el último rey, vuelve después de la derrota de la batalla de Guadalete y se acoge a una cabaña de ermitaño durante una noche tempestuosa. Y daba comienzo:

¡Qué tormenta nos amaga,
qué noche, válgame el Cielo!
Y esta lumbre que se apaga.
¡Si está lloviznando hielo!
Cuán grande a Dios se concibe
en aquesta soledad.
¿De quién si no de El recibe
su aliento la tempestad?...

A quienes los alumnos llamaban padres, en la organización pedagógica jesuítica se les denominaba maestrillos. Los jesuitas, según se tiene entendido, igual que los clérigos seculares, estudian su carrera en los seminarios. La primera etapa es la del noviciado, en otros términos, la tonsura, la coronilla. A esos jesuitas de órdenes menores, los cuales estaban muy bien instruidos y conocían su materias respectivas al dedillo, los dedicaban a la enseñanza en los colegios. Luego pasaban a una formación superior que les capacitaba y adecuaba para

Fundación Juan March

recibir las órdenes mayores, o sea, para tener la facultad de decir misa, confesar, etc. A estos padres se les llamaba generalmente padres graves. Entre los profesores del colegio de la Inmaculada Concepción había algunos padres graves.

En cada colegio de los jesuitas se hallaba instituida la congregación de San Luis Gonzaga, y en el colegio de la Inmaculada se añadía "y de la Inmaculada Concepción". Los chicos que pertenecían a la congregación solían posteriormente seguir fieles a ella el resto de sus vidas. Por lo general se decía "Los Luises". Solicitar pertenecer a la congregación dentro del colegio se hacía espontáneamente y, por lo tanto, dependía del impulso o voluntad de cada colegial. Los congregantes llevaban, cuando iban con el uniforme de paseo, un distintivo: lazo y medalla con cinta azul y blanca, y en ciertos días de la semana y a determinadas horas estaban exentos de permanecer en el estudio. Ramón no se inscribió en la congregación, de modo que en el estudio que correspondía a los días de reunión de los congregantes, como quiera que casi todos los alumnos, bien por remolonería o por vocación sincera, lo eran, quedaban para estudiar sólo cinco o seis.

El padre Sangrador —Sequeros en *A. M. D. G.*— tenía un temperamento místico y visionario. El fanatismo le dominaba y se permitía emplear palabras excesivas refiriéndose a otro jesuita fallecido bastantes años antes: el padre Bernardo de Hoyos, de quien, con Santa María de Alacoque, viene el culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, típico y primordial de la devoción secular instituida por los jesuitas. En el colegio de Valladolid, donde estaba el padre Hoyos, se encontró un día en el claustro con un niño, y el niño le preguntó: "¿Tú quién eres?" El padre Hoyos respondió: "Yo, Bernardo de Jesús." Y a continuación preguntó, a su vez, al niño: "¿Y tú quién eres?" El niño respondió: "Yo, Jesús de Bernardo." Desde entonces entablaron una gran intimidad Jesús y el padre Bernardo de Hoyos. Y en una de sus conversaciones, Jesús le dijo: "Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes." Este es un lema que emplean, o empleaban, a menudo los jesuitas.

Todo esto es lo que narraba a los chicos el padre San-

Fundación Juan March

grador, con emoción y seguridad convincente, en aquellas horas en que sólo se hallaban en el estudio media docena de colegiales, porque el resto se encontraban en las prácticas de la congregación de San Luis Gonzaga. Pero ello no quiere decir que el padre Sangrador pretendiera establecer una especie de oposición entre San Luis Gonzaga, que ya estaba canonizado, y el padre Bernardo de Hoyos, que no ha pasado de la categoría de beato. Sin embargo, el hecho es que el padre Sangrador era un fanático del padre Hoyos, al extremo de que hasta escribió una marcha, componiendo la letra y la música, que hacía cantar a los chicos, y en la cual letra rezaba:

¿Quién dio a la España
la nueva alegre
de los amores del Salvador?
Fue el padre Hoyos,
que en San Ambrosio,
del mismo Cristo,
la recibió.

Tenía el padre Sangrador la tendencia a inspirar a los chicos un terror religioso y ultraterreno. Con transporte de visionario les decía, acentuando el tono patético, que en cierta ocasión había oído una voz sobrenatural comunicándole: "Acaba de morir tu madre." Y que luego él había podido comprobar al minuto, e incluso al segundo, la veracidad del aviso. Otro día, y esta vez pasaba a lo visionario-futurista, previno a los chicos con voz temblorosa y llorosa: "De los seis que estáis aquí sólo uno se salvará", lo cual puso la carne de gallina a los que le escuchaban.

Fundación Juan March

Fundación Juan March

IV

SALIDA DE LOS JESUITAS. MARAVILLAS DE BARCELONA

Para el curso siguiente, en la clase a la que pertenecía Ramón no se habían inscrito nuevos alumnos en el colegio y continuarían siendo solamente cuatro. El chico tuvo, pues, que abandonar la enseñanza de la Inmaculada de Gijón.

Como premio por las notas obtenidas, que habían sido óptimas como de costumbre, el padre le llevó aquel verano a Barcelona. Todos los años, por exigencias de su negocio, iban alternativamente el padre y el tío a Cataluña y al sur de Francia, lugares donde hacían las compras de géneros para la temporada próxima destinados a su almacén. Cuando don Cirilo emprendió el viaje con Ramón el chico no había cumplido aún los catorce años.

Para ir a Barcelona era necesario entonces descender hasta Madrid, y en Madrid tomar el llamado tren "expreso", que nada tenía de tal. Decidió don Cirilo que se quedarían dos días en Madrid con objeto de que el viaje resultara menos cansado para el hijo. Se hospedaron en la casa de la viuda de su tío, el notario, ese tiempo previsto.

Todavía los ferrocarriles, aun los de más lujo, no llevaban coches-cama. Ese confort estaba lejos de implantarse. Los departamentos eran de ocho personas y el vagón no tenía pasillo: se entraba por los lados subiendo a un estribo colocado bastante alto. Y por los estribos andaba constantemente el revisor, que recorría el tren y penetraba en los departamentos para picar los billetes. Tampoco llevaban luz eléctrica los trenes. En el techo de cada departamento había una

Fundación Juan March

especie de círculo de cristal y en su interior una oscilante luz de aceite, y en algunas estaciones el lampistero, que procedía de una oficina que solía verse al pasar por ellas y ostentaba un letrero que decía "Lampistería", recorría el convoy por los techos de los coches desde la máquina al furgón de cola, levantaba las tapaderas y comprobaba si éstas funcionaban bien. Los pasos del lampistero, que iba haciendo su trabajo, se oían, como es lógico. Para un niño que viajaba por primera vez todo aquello resultaba de una gran emoción.

Al no haber coches-cama, los viajeros alquilaban en las grandes estaciones de partida, o en las importantes de prolongada parada en el trayecto, donde también las había, una almohada que estaba rellena de pluma de ave —lujo verdadero en los días actuales— y una manta, aunque, por lo general, era costumbre que cada cual llevara la última de su propiedad destinada a eso, las cuales mantas se enrollaban y sujetaban con dos correas y un asa, a lo cual se denominaba portamantas. Por ese tiempo viajaba muy poca gente, de manera que era muy rara la ocasión en que fuesen más de cuatro viajeros en cada departamento. Y, aun llegando a los cuatro, éstos se podían acomodar perfectamente cada uno con la cabeza hacia el exterior del vagón, por los lados, donde colocaban la almohada y se echaban casi por completo bien cubiertos por la manta y dormían cómodamente, hasta cierto punto, con las piernas un poco encogidas. Aquellos departamentos de primera clase, en todos los trenes españoles y franceses del Sur, estaban tapizados de paño de color gris claro, protegido arriba por unas redecillas para reservar el tapizado de la grasa del occipucio de los viajeros.

* * *

Ramón salió con su padre de Madrid ya al anochecer. En seguida se acomodaron en el departamento. Los trenes, por aquella época, se detenían bastante tiempo en las estaciones de alguna importancia. Un empleado de la estación gritaba a voz en cuello el nombre de la misma, los minutos de parada y si había fonda. Además, aparecían en todas las estaciones

Fundación Juan March

un sinfín de vendedores de la especialidad local comestible, que iban y venían por el andén pregonando su producto. Por ejemplo: "¡Almendras garrapiñadas de Alcalá!" Ramón se acostó y durmió como un bendito. A la mañana siguiente su padre le despertó y le dijo: "Estamos en Lérida." El desayuno habitual de los viajeros del llamado "expreso" de Madrid a Barcelona era unas tortillas metidas en pan que pregonaban en la estación y que al chico le supieron a gloria. De Lérida a Barcelona ya estuvo Ramón despierto sin despegar la cara de la ventanilla para ver el paisaje. Se sentía fascinado por éste: prados verdes, riqueza de árboles..., y se encontraba por primera vez con tierra al descubierto, cosa que jamás había visto en Asturias, y un cultivo esmerado y geométrico que, andando los años, habría de averiguar que venía de los romanos.

En Barcelona, tanto el padre de Ramón como su tío solían alojarse en un gran hotel que se llamaba "Hotel Continental". Se hallaba situado en la parte baja de las Ramblas y frente a la entrada había un espacio denominado Plaza de Serafí Pitarra, famoso escritor catalán del género humorístico, del que se alzaba un monumento en el centro de la referida plaza. Frontero al "Hotel Continental", y del otro costado, se encontraba el Teatro Principal. Para Ramón el descubrimiento de Barcelona podía condensarse en la idea, o impresión, de que aquello, además de España, era otra cosa. Aun cuando el chico no podía acuñarlo en un adjetivo, se daba cuenta de que se hallaba en una ciudad cosmopolita: una puerta abierta al resto del mundo.

Le llevó el padre a conocer toda la ciudad y a comer en los mejores restaurantes, uno de ellos en el Tibidabo. Solían ir en compañía de fabricantes. Uno de los que les acompañaba con mayor frecuencia en los almuerzos era un señor Regodesa, cuya hija, que se llamaba María, se casó, pasado el tiempo, con el torero Ricardo Torres "Bombita". También conoció Ramón al señor Güell, fabricante de panas, a quien Alfonso XIII todavía no había dado el título de conde. El señor Güell regaló al chico un corte de traje de pana, no de pana de cordoncillo, sino lisa, como el terciopelo. Se extendía la industria textil

Fundación Juan March

catalana por toda Cataluña: Tarrasa, Sabadell, Igualada, Castellar, etc. Ramón iba con su padre a todas esas ciudades, en las que permanecían un día o dos, dando ocasión a que el chico conociese las fábricas, que le interesaban mucho.

De todos aquellos fabricantes, el amigo más íntimo del padre de Ramón era don José Boyer, de Igualada. También llevaba mucha amistad con la viuda de Tolrá, fabricante del famoso "grano de oro", un tejido de algodón fino que se utilizaba para las ropas de cama y prendas interiores masculinas. El "grano de oro" se expendía en piezas de 20 metros, enrolladas sobre sí, y hacían muy poco bulto. Costaba entonces el metro de esta tela, la más fina que había en toda España, una peseta.

Desde Castellar, don Cirilo condujo a Ramón a Monserrat. Se subía hasta el monasterio, que tenía hospedería, por un ferrocarril de cremallera muy lento, de suerte que se disfrutaba del grandioso paisaje a todo placer, como si se fuese andando. En determinado lugar de la vía había un guardavías, hombre que debía ser personaje conocido, quizá algo inválido, porque al pasar el tren todos los viajeros le tiraban perras gordas, moneda de 10 céntimos. En la hospedería del monasterio se alojaron. Llegaron al atardecer para hacer noche, y a la mañana siguiente se levantaron temprano con el fin de emprender, tras el desayuno, la primera de las excursiones que constituían el programa de rigor de los visitantes. Ese primer día que desayunaron allí llamó la atención al chico el mozo, o camarero, mariquita terrible como jamás había visto el niño otro antes. Las inflexiones de su cintura eran mujeriles, las de la voz sumamente atipladas y prodigaba con un lujo desapoderado los ademanes dengosos. Al pequeño Ramón, sólo con verle, le entraba una risa incontenible y el padre, discretamente, hubo de aconsejarle que disimulase. La habilidad del camarero, o mozo, consistía en que de una zanahoria o de un nabo, después de breves manipulaciones, sacaba un pájaro perfecto con sus ojos incrustados, que eran granos de pimienta; el pico y las patitas los hacía con palillos de dientes, que a la sazón se conocían mejor por el nombre de escarbadientes. Aquellos pájaros que él fabricaba los colocaba

Fundación Juan March

el mozo en las mesas de los clientes, no por espíritu de lucro, sino envanecido de su habilidad y requiriendo tan sólo la admiración.

De las excursiones que en Monserrat se hacían la más importante era la del ascenso a la ermita de San Jerónimo. Había que subir en mulo con un espolique al lado por el terreno escarpadísimo, y no pocas veces el mulo resbalaba. Permanecieron Ramón y su padre tres días en Monserrat y asistieron todos ellos a las ceremonias religiosas del monasterio.

* * *

El recuerdo más penoso que sacó el chico de Barcelona y, en general, de todo el viaje, fue la plaga de mosquitos, o cínifes, como los llamaban, que, junto con el mucho calor que hacía, no le dejaron dormir. Contra el trompeteo y las picaduras sañudas, que sacaban sangre y dejaban roncha para todo el día siguiente, no había manera de luchar, aunque se anunciaran en los periódicos y en las farmacias innumerables productos para los efectos. Uno de esos productos era un fumígero pestilente en forma de conos pequeños del color oscuro de la brea, a los cuales se les prendía fuego por el vértice. Como echar humo lo echaban igual que si fuesen chimeneas de altos hornos, pero, en cambio, resultaban absolutamente inofensivos para los cínifes, que no cejaban en su incansable trabajo.

Al caer la tarde, el padre de Ramón solía ir a un café de la Plaza de Cataluña, esquina a las Ramblas, con otros amigos, y llevaba siempre al chico consigo. Como en esa época no había luz eléctrica para el alumbrado público, el alumbrado era de gas, y en Barcelona se prodigaba tanto que a Ramón le parecía deslumbrante. Tampoco había, claro está, tranvías eléctricos, sino de tracción animal. Pero a Ramón lo que más le sorprendió fueron las bicicletas, bicicletas de neumáticos, porque el ciclismo, desde sus comienzos hasta entonces, se hacía con artefactos todos de hierro. El primero y más conocido se llamaba biciclo, que consistía en una rueda muy gran-

Fundación Juan March

de; del eje de esa rueda salía, en horquilla hacia arriba, el manillar y a los costados se hallaban los pedales, de suerte que para que la rueda girase era preciso hacer un gran esfuerzo, ya que cada vez que el pedal hacía un círculo vertical la gran rueda maestra del biciclo tenía que rodar toda ella sobre la tierra. Del eje superior de la horquilla antedicha, que conducía al manillar, salía otra gran pieza de hierro que circunscribía cierta distancia de la gran rueda del biciclo, y allí estaba el sillín donde el ciclista se sentaba. Abajo, y al extremo de la susodicha pieza, se encontraba una ruedecita mucho más pequeña que la maestra, la cual servía para conservar el equilibrio de la grande una vez puesto el artefacto en marcha. Esta mecánica del biciclo se hacía penosa y exigía mucho esfuerzo, por lo que en el extranjero, de donde el biciclo provenía, se inventó un adelanto para mayor comodidad que se llamaba "rodamiento a bolas".

Old Wifes Tale, de Arnold Bennett, es una novela donde se habla de los primeros biciclos en un pueblo inglés, y esa novela, cuando la leyó Ramón muchos años más tarde, le hizo recordar el viaje a Barcelona con su padre.

Uno de los espectáculos más curiosos de las fiestas que por entonces se organizaban lo ofrecían las carreras de biciclos, y los señoritos de la localidad se hacían famosos en ellas como lo son los futbolistas actuales de un club local. El biciclo se transformó en la bicicleta con dos ruedas iguales, es decir, se convirtió en algo muy parecido a la bicicleta de hoy en cuanto a su estructura y principio. En los momentos del desarrollo de esos artefactos cada rueda de la bicicleta tenía una llanta que consistía en un canal metálico y cóncavo, dentro del cual se ajustaba una tira de caucho muy duro. Ello dificultaba la rotación de las dos ruedas y al menor tropiezo u obstáculo el que montaba el artefacto sufría una brusca sacudida. A estos biciclos y bicicletas, por una razón que Ramón no adivinaba, se los llamaba en Oviedo "clavos".

Ramón empezó a andar en bicicleta en uno de esos "clavos" y enseguida hizo portentos. Un primo suyo, que tenía uno de esos "clavos", fue quien le enseñó a montar. Se levantaban muy temprano e iban al Parque de San Francis-

Fundación Juan March

co, de Oviedo, donde hay una hermosa avenida llamada Bombé, denominación que se halla también en otra porción de provincias españolas en sus parques. Y la denominación está tomada del francés. El adiestramiento no podía ser más sencillo: Ramón se montaba en el sillín y el primo le empujaba por detrás, agarrándole, para hacerle avanzar hasta que adquiría cierta velocidad y que, de ese modo, la bicicleta pudiera seguir rodando sola y en equilibrio. El aprendizaje fue muy breve, porque como el artefacto era tan pasivo y moroso se podía hacer encima de él lo que se quisiese. En efecto, a los pocos días Ramón sobresalía por sus habilidades como ciclista, y orgulloso de sí mismo, con un orgullo infantil, puesto que tenía catorce años, logró que una mañana muy temprano acudiesen su padre y su madre al Bombé, donde en aquellas horas no había un alma, para que le viesen montar en bicicleta. Con no poca alarma de la madre de Ramón, éste montaba sin agarrarse al manillar, y no sólo eso, sino que se quitaba la chaqueta y hacía un sinfín de acrobacias y piruetas.

Al llegar Ramón a Barcelona y ver la otra clase de bicicletas, las de neumáticos, o sea, un artefacto o funda inflada de aire a alta tensión, que se colocaba alrededor de cada rueda y que disminuía el roce y las sacudidas con los obstáculos, quedó entusiasmado. Ese neumático fue el precursor del de los automóviles.

Cuando al caer de la tarde y de anochecido iba el padre acompañado de Ramón al café de la Plaza de Cataluña —desde donde las Ramblas arrancan cuesta abajo— para reunirse con los amigos, lo que solían tomar todos aquellos contertulios era Masagrán, o sea: café con hielo y una copa de ron mezclada. ¡Un gran refresco! Y mientras todos lo bebían y conversaban, Ramón seguía con los ojos a los innumerables ciclistas que bajaban por las Ramblas y que llevaban en sus bicicletas, en la parte de atrás, un farolillo rojo.

Fundación Juan March

Fundación Juan March

V

EN LOGROÑO. REGRESO A OVIEDO. LOS GALLOS. PRIMEROS ESCRITOS

Parte de los estudios del quinto curso de bachillerato los hizo Ramón Pérez de Ayala en Logroño. Don Cirilo decidió confiar al chico a los primos Díaz de Guzmán. Estos poseían una vivienda muy bien acomodada, porque la prima disfrutaba de excelente posición. El piso donde vivían pertenecía a una de las casas más nuevas y mejores de la ciudad. El propietario del inmueble era un nuevo rico cuya fortuna la había amasado con su profesión de maestro de obras. En todo Logroño se le conocía con el apodo de "El Morrín". Habitaba en el mismo inmueble y llevaba muy buena relación con los primos, frecuentando su piso. Como todas las casas de la época, tenía aquélla un patio en el que confluían todos los pisos por medio de ventanas. En ese patio convivían sueltos un perro, un gato y un loro, propiedad de "El Morrín", y se manifestaban en perfecta amiganza y fraternidad, lo cual para Ramón resultaba un espectáculo completamente nuevo, inesperado y sumamente divertido. Otros pisos los ocupaban militares de alta graduación, coroneles en su mayoría. Por entonces Logroño estaba considerada como punto muy estratégico y albergaba nutrida guarnición. Alguno de esos jefes mantenía amistad con los primos y los visitaba con frecuencia. Uno de los coroneles mandaba un regimiento con banda de música, y hubo de celebrarse en el cuartel una oposición para director de la referida banda. Los opositores tenían que dirigir sucesivamente. Los músicos estaban preparados para que en un momento determinado, casi siempre de gran estruendo, pero no

Fundación Juan March

previsible para el opositor, uno de los instrumentos diese una nota desafinada. Si el director se mostraba realmente bueno habría de levantar la batuta, decir "¡Alto!" y señalar el fallo. Ramón asistió a la oposición. Se había elegido para pasar las pruebas del examen la obertura de *Fra Diávolo,* opereta muy popular por aquellos días.

El Instituto de segunda enseñanza de la ciudad lo creó Sagasta no mucho antes. Sagasta era logroñés. Estaba instalado el Instituto en un viejo convento destartalado. En los intervalos de las clases los alumnos solían pasear por su claustro. Una de las cosas que hizo impresión a Ramón fue que sus compañeros de su clase de quinto curso, más o menos de su edad, aunque alguno pudiera ser un par de años mayor e ir retrasado en sus estudios, se dejasen bastantes de ellos la barba y los hubiese que ya la tenían enteramente cerrada. Había uno medio cojo y, por una razón u otra, le tomó una gran simpatía a Ramón, al punto de que en esos paseos por el claustro jamás se separaba de él; por el contrario, Ayala le había tomado aversión y ello se debía a que el que se quería hacer inseparable era muy mal hablado y se complacía en decir porquerías de todo orden y expresiones groseras a las que Ramón no estaba acostumbrado y le resultaban sobremanera repulsivas. El medio cojo, por ejemplo, conocía algo de la música de *Rigoletto* y la canturreaba poniéndole una letra obscena.

Aquel año vivió Ramón por primera vez en el mundo secular y disfrutó por ello de una libertad que no había conocido en los colegios de los jesuitas. Podía salir y entrar en sus horas de asueto.

Como Logroño, debido principalmente a su guarnición, era una ciudad importante y su población suficiente, solía haber espectáculos teatrales. Acudían diversas compañías de cómicos, había buen circo y hasta temporada de ópera. En el circo vio Ramón a una acróbata famosa que se llamaba "La belle Geraldine", trapecista precursora de Pinito del Oro, que hacía sus ejercicios con la cabellera suelta y era una mujer muy guapa, muy bien formada. Al parecer, Jacinto Benavente, muy joven entonces, sentía fascinación por ella.

Fundación Juan March

También vio Ramón en Logroño por primera vez el *Tenorio* y asistió a escuchar la ópera *Traviata,* que cantaba una célebre diva: Enna Nevada. A partir de aquel momento, la *Traviata* y Verdi fueron música y autor dilectos de Ramón Pérez de Ayala.

La vida familiar en la casa de sus primos resultaba para Ramón un tanto desagradable por el carácter de Díaz de Guzmán. La prima debía de tener a la sazón unos veinticinco años y miraba a Ramón como a un hijo. El marido tendría unos veinte años más que ella y se manifestaba de carácter desapacible, quizá como consecuencia de una enfermedad renal que padecía. Ello es que cualquier cuidado o atención que la prima dispensase a Ramón exacerbaba su mal humor. Nunca cuando se dirigía a su mujer para hablar del chico llamaba a éste por su nombre, sino que decía en tono sarcástico "tu primito". Siempre que podía le obligaba a permanecer, con el pretexto de que estudiase las lecciones del día siguiente, recluso en una habitación del piso. Antes de la cena le llamaba al comedor para que recitase delante de él las lecciones que había aprendido y exigía que su mujer estuviese presente. Por ejemplo, en la química hay la tabla de los elementos de cuerpos simples, que es de metales y metaloides. Los cuatro primeros son: cloro, boro, yodo y sodio. Y había que decirlos en tono de canturria. Por suerte, en aquella habitación donde Ramón tenía que pasar las horas recluido se hallaba una colección de *Blanco y Negro,* y como ya por entonces Ramón dibujaba muy bien, se entretenía copiando las estampas de la revista. De preferencia copiaba las de Marcelino Unceta, que hacía dibujos de temas militares. A pesar de la falta de simpatía que el primo no podía ocultar por el chico, los dibujos que éste le enseñaba le producían gran asombro y solía mostrarlos a las personas que iban por la casa. Desde luego, Díaz de Guzmán, intencionadamente no tenía inclinación por molestar a Ramón, acaso porque éste había llegado a Logroño precedido de fama de buen estudiante que siempre obtuviera notas excelentes. Pero su afán constante de rebajar al chico Díaz de Guzmán solía manifestarlo comparándole con algunos compañeros suyos de curso. Le decía, por ejemplo: "No creas

Fundación Juan March

que tienes tanto talento; igual que tú, o más, tiene Loigorri." Poco a poco, quizá sin que Díaz de Guzmán se diese cuenta, se le fue haciendo intolerable la presencia de Ramón en su casa. Debieron cruzarse entre él y don Cirilo, el padre, cartas hablando de la estancia del muchacho, y así sucedió que en Navidad se presentó don Cirilo en Logroño para recoger a su hijo y llevárselo a Oviedo.

En los meses que estuvo Ramón en Logroño hubo una crecida del Duero que impresionó mucho al muchacho, provocando su entusiasmo, pues le placía sobremanera ir a ver la subida del río que cegaba hasta los ojos de los puentes y arrastraba toda suerte de cosas inertes y vivas.

Entre Logroño y Haro está todo el vino de la Rioja, y allí se extendían los viñedos de la Franco-Española. Y uno de los entretenimientos de Díaz de Guzmán consistía en añejar el vino. Compraba barricas y luego las dejaba en la despensa de la casa el tiempo conveniente hasta que el vino se añejaba, o, como se decía entonces, se convertía en vino generoso, lo cual consistía en la adquisición de cierto sabor dulzón.

Algunos de los amigos que dejó Ramón en Logroño tenían nombres conocidos y aun famosos, como los de Sicilia, Trevijano, Heredia..., porque Logroño se distinguía como centro de gran importancia vinícola y conservera.

* * *

Volvió Ramón con su padre a Oviedo y al final de aquel curso terminó el bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de la ciudad. Los profesores, más o menos doctos, pero simpáticos y amables, le examinaron y dieron sobresaliente en todas las asignaturas. Esos profesores eran: el de fisiología, Gimeno; de agricultura, Ayuso, y de física, Méndez. Las aulas del Instituto se hallaban escalonadas, en escaño desde la mesa del profesor, en orden retroverso hasta los últimos, que casi tocaban con el techo. Dada la sed hidrópica que ya por aquella época tenía Ramón de leer, eligió uno de los últimos escaños de las aulas y se pasó todo el tiempo de las clases leyendo literatura española, y así se leyó todo Espron-

Fundación Juan March

ceda en una edición catalana, *Arte y letras,* con ilustraciones de dibujos a pluma.

Precisamente en ese período del final de su bachillerato Ramón publica sus primeros escritos. Iba por entonces con su padre a presenciar todos los domingos, después de la misa de once, las riñas de gallos en las que el padre participaba con algunos de los animales de su gallera. Al lugar de las riñas se le llamaba, un tanto enfáticamente, "Círculo gallístico", y estaba situado en el antiguo teatro de Fontán, que habría de figurar en las novelas de Ramón Pérez de Ayala como teatro de la Fontana. Entonces aparecían en Oviedo tres periódicos diarios, y todos los lunes publicaban una revista de las riñas de gallos. A Ramón se le ocurrió en una ocasión escribir una de aquellas revistas y enviarla anónimamente a uno de los periódicos, que se titulaba *El Correo de Asturias.* No firmaba con su nombre, sino con un seudónimo: "Torquemada". De ahí en adelante todos los lunes publicó su revista, que los otros revisteros siguieron e imitaron más o menos. Esas revistas de Ramón estaban escritas como las Sátiras Menipeas, la mayor parte en prosa, pero intercalando algunos versos alusivos directamente a los gallos y al curso de la pelea. El seudónimo "Torquemada" no obedecía a ninguna sugestión inquisitorial, sino que lo adoptó de un tío suyo por afinidad, Eduardo Torquemada, casado con una hermana de su padre, Asunción Pérez de Ayala. Era don Eduardo un personaje interesante y pintoresco, que sentía una especial afición por los hijos de su cuñado don Cirilo, y especialmente por Ramón, afición a la que el muchacho correspondía. Torquemada tenía como profesión la de viajante de la casa Matías López, célebre por sus chocolates. Y su popularidad se extendía sobre toda la Tierra de Campos, demarcación a su cargo. Siempre que iba a Carrión traía a los hijos de don Cirilo enormes cajas de bombones, que a veces causaban a los chicos indigestiones terribles y que proporcionaban a Ramón, cuando estaba en el colegio, ocasión propicia para disfrutar de unas vacaciones en la enfermería. El señor Torquemada tenía, asimismo, parentesco por afinidad con el padre Martín, rector del colegio de Carrión.

Fundación Juan March

La fama de Torquemada en toda la región se debía a su particularidad de chistoso. Le gustaba contar cuentos escatológicos, como a don Juan Valera, y además sentía una inclinación irresistible por lo que llaman los ingleses *practical jokes,* o sea: bromas de acción. Una de ellas consistió, por ejemplo, en que al llegar a un pueblo que se llamaba Mazariegos, se puso a repartir y a tirar a voleo, como en las bodas y los bautizos, una especie de confites a manera de piñones, pero más redondos. En realidad, se trataba de cagarrutas de cabra, que él había hecho revestir de azúcar blanca como las almendras y piñones de Navidad. Y lo más curioso, según refería, es que todo el vecindario los comió deleitosamente, sin darse cuenta de nada. Y decía riendo Torquemada: "¡Para que uno se fíe de los dulces elaborados!"

Era Torquemada un hombre ternísimo. Siempre que tenía un hueco en sus quehaceres iba a casa de los Ayala, en Oviedo. Tenían los Ayala una perrita que se llamaba Diana, y cuando Torquemada se marchaba a dormir al cuarto que le habían destinado, se llevaba a la perrita para que durmiese con él en su cama. Pero a veces el animalito se iba a dormir al cuarto de alguno de los chicos, y al buen hombre le producía una profunda contrariedad, al extremo de que hasta se le saltaban las lágrimas.

En el llamado "Círculo gallístico" siempre hacían apuestas, aunque por lo regular bastante módicas. En cierta ocasión surgió una persona muy conocida en la ciudad —figura que aparece en varias de las novelas de Ramón Pérez de Ayala con el apellido de Mármol—, la cual tenía en realidad una personalidad extraordinaria. Entre sus inclinaciones múltiples, que siempre llevaba al máximo, contaba la que podemos denominar la aleatoria, o sea, el amor por los juegos de azar. Jugaba a todos los juegos y se había hecho famoso por sus envites en cantidades desusadas y por su frialdad. De ahí que se le hubiese puesto el sobrenombre de "Marmolillo", porque jamás se inmutaba. Y ese mote fue el que aprovechó Ayala para llamarle Mármol como personaje novelesco. Su nombre verdadero era Luis Bustos, el cual acudió al "círculo" en la ocasión aludida. Todavía en pie, antes de buscar asiento, dijo en voz

Fundación Juan March

alta: "Quinientas pesetas", con gran estupefacción de la concurrencia. Y uno de los presentes se atrevió a decir: "¿Por cuál gallo?" A lo que él contestó: "Por cualquiera." En su enorme afición por los juegos de azar Luis Bustos aceptaba lo que saliera.

* * *

Después de examinarse de preparatorio de Ciencias y aprobarlo, los padres de Ramón se resistieron a que éste se trasladase a una gran ciudad como Madrid o Barcelona, considerando que el muchacho no contaba aún con la edad suficiente para ello. Sólo tenía unos quince o dieciséis años, y le convencieron para que estudiase en Oviedo la carrera de Derecho, que a la sazón se llamaba de Leyes.

Las asignaturas de preparatorio de Derecho eran tres: metafísica, que explicaba don Justo Amandi, el cual imponía el texto del padre Mendive y al que había que contestar al pie de la letra las lecciones; historia crítica de España, don Armando Rúa, y literatura española, don Leopoldo Afaba. Don Armando Rúa seguía enteramente el libro de Amador de los Ríos, y Afaba el de Revilla. A don Justo Amandi se le conocía en la Universidad de Oviedo por el remoquete de "Chorizo", debido a su estructura física; por lo bajo y rechoncho, como un embutido. Su miopía lindaba en la ceguera.

En la Universidad ovetense eran proverbiales las burlas que gastaban a don Justo, aprovechándose de su falta de visión, las cuales no pocas veces resultaban crueles, aunque él sabía tomarlas casi siempre con gran humorismo. En la época en que Ramón estudió el preparatorio, llevaba don Justo a clase con él a un hijo mayor que le servía como de lazarillo y, además, imponía cierto respeto en el aula. A Ramón le sorprendían los ejemplos e ilustraciones que empleaba para sus conceptos metafísicos. Por ejemplo, al tratar del concepto "ente" decía: "Un armario de espejo", o "mi apéndice vegetal", pues así llamaba a su bastón, que acostumbraba a colocar sobre la mesa y que, al citarlo como ejemplo, empuñaba por la contera y lo blandía. Don Armando Rúa era un hombre muy pequeñito y

Fundación Juan March

muy bondadoso. Su voz sonaba flébil. Recitaba de memoria la lección del día y nunca preguntaba a los alumnos. En los exámenes de fin de curso aprobaba a todos, contestasen o no a las lecciones que les habían tocado en suerte y a sus preguntas. Ramón tenía un condiscípulo que se llamaba Escosura y que tenía la manía de hablar en aleluyas, manía muy generalizada en Oviedo en aquel tiempo. Decía de don Armando:

Parece que esté llorando
siempre Rúa, don Armando.

Afaba no pasaba de ser un pobre hombre que inspiraba más piedad que otra cosa, a pesar de que en la cátedra se producía con petulancia y seguridad en sí mismo. Tenía el siguiente tic: explicaba con un lapicero en la mano y le daba vueltas de continuo sobre la mesa de la punta a la contera. Otra rutina verbal y psicológica suya: cuando tenía que repetir el texto de Revilla al pie de la letra y se trataba de alguna teoría, la juzgaba él heterodoxa si provenía de Kant, Hegel o de algunos otros autores alemanes, después de haberla expuesto invariablemente mal y sin entenderla en absoluto. Así, afirmaba con enorme suficiencia: "Esta teoría se destruye con tres argumentos contundentes e incontrovertibles." Y a continuación soltaba tres inanidades. En cierta ocasión venía a cuento el origen del lenguaje y entre las teorías que citaba estaba la de que el lenguaje puede ser de formación natural. Esto estaba en contra de sus creencias, que eran las del origen divino infundido por Dios a Adán. Afaba solía emplear el estribillo de: "Cuando un alumno no entienda, o no esté conforme, dígalo libremente." Ramón se puso en pie en la referida ocasión en la que se trataba del lenguaje y expuso: "Señor profesor, no estoy conforme. A mi entender no hay argumento contundente, ni incontrovertible, de que el lenguaje, o los lenguajes, no sean de formación natural, porque, de otra manera, ¿cómo se explica la infinita diversidad de idiomas y cómo todos ellos pueden proceder de un origen común, y cuál pudo ser ese origen?" Como Ramón había sido, y seguía siendo, gran amigo del padre Cejador y éste había

Fundación Juan March

escrito una obra en seis volúmenes titulada *El lenguaje,* y en esa obra había sostenido que el idioma infundido en el Paraíso a Adán y Eva era el éuscaro, o vascuence, y que todos los demás idiomas se derivaban de él, tomó el alumno como punto de partida la teoría para su objeción y dijo: "Sí, en efecto, el idioma, o don del lenguaje, fue infundido por Dios a nuestros primeros padres, pero ¿qué idioma era ese sobre el cual hasta ahora nadie se ha puesto de acuerdo?" A Afaba le desconcertó la pregunta e irrumpió: "Se suspende la clase; mañana seguiremos hablando de esto." Al día siguiente no aludió al tema, como era previsible, pues no hubiera sabido qué decir.

Durante una temporada en la que estuvo enfermo don Justo Amandi, "Chorizo", le sustituyó un auxiliar que se llamaba Lozano. Por no romper la costumbre tradicional con la persona que enseñaba aquella asignatura, los alumnos proseguían las burlas y abusos que solían prodigar al catedrático titular. Entre los muchachos había uno que poseía ciertas facultades para la ventriloquía: se ponía a hablar en un extremo de la clase y su voz parecía emitida en el otro. Pero Lozano carecía de la paciencia y el buen humor de "Chorizo", y mostraba tener malas pulgas, lo cual, por otra parte, estimulaba la burlona actividad de los discípulos. Como es lógico, en el caso del joven ventrílocuo, se impacientaba y trataba por todos los medios de averiguar quién era el bromista que profería frases molestas para él y que sonaban donde no había nadie sentado, de modo que se enfrentaba con la imposibilidad de lograr la identificación apetecida. Cuando no requería a uno, llamaba a otro para que se acercase a su mesa, pero la voz volvía a sonar en el lugar más inesperado. Esta broma, bastante ingeniosa, respondía a una cuidadosa preparación: en uno de los extremos del aula un chico tenía el cabo de un tubo de goma que alcanzaba longitud suficiente para llegar al otro extremo del aula; el tubo llevaba enchufado un "flageolet", o sea, clarinete pequeño, que otro alumno, a distancia, tocaba. El que tocaba el clarinete lo hacía con una cara muy seria y mirando sin pestañear al profesor.

Fundación Juan March

Ramón continuaba con su costumbre de leer en clase y, por entonces, su lectura la constituían obras de literatura española y francesa. Para disimular que estaba leyendo mantenía baja la cabeza. En una ocasión se le figuró a Lozano que era Ayala el autor de la broma del clarinete y le apostrofó con el peor talante. Ayala se puso en pie y le replicó: "Está usted equivocado, y como prueba de ello le diré que estaba leyendo un libro." Y al tiempo que lo decía mostró el volumen. Pero Lozano, que sin duda estaba harto de tanta broma como le gastaban, quiso desahogarse con Ayala y no cesó en sus palabras intemperantes. Ramón le respondió, a su vez, con audacia y acometividad. Entonces Lozano, lleno de ira, le soltó al muchacho con voz entrecortada: "Le desafío a usted a que salgamos al claustro y nos demos de puñetazos." Ayala respondió: "Saldré de clase, pero no iré al claustro. Entraré en la clase de al lado." Y eso hizo. En aquella aula paredaña se explicaba en ese instante la lección de derecho penal, y lo hacía el rector de la Universidad, don Félix de Aramburu y Zuloaga. Con la decisión del muchacho, Lozano se aplacó inmediatamente y en el corto plazo que siguió sustituyendo a don Justo Amandi no pareció recordar el incidente. Sin embargo se la tenía guardada a Ramón y en los exámenes de fin de curso, en los cuales como auxiliar formaba parte del tribunal, hizo cuestión de honor que le suspendiesen, cosa que consiguió. Fue el único suspenso que tuvo Ayala en toda su carrera académica. Le produjo tal disgusto que no se atrevió a volver a casa y decírselo a sus padres, suponiendo que para ellos representaría también una gran contrariedad. En cambio, lo que contrariaba e inquietaba profundamente a sus progenitores era que Ramón no regresaba y no había manera de tener noticias de lo que habría podido sucederle. Mientras, el muchacho estuvo vagando por las calles. Cuando, por fin, le encontraron comprobó que sus padres no daban la menor importancia a aquel suspenso y que casi lo esperaban, porque Ramón les había relatado su incidente con Lozano cuando éste se produjo.

Lozano procedía de Tierra de Campos, lo mismo que el padre de Ramón, y, quizá por razón de paisanaje, se conocían

Fundación Juan March

algo. Lo cierto es que después de aquel suspenso, pasados algunos días, don Cirilo le envió un suculento obsequio a sabiendas de que el pobre profesor andaba muy desmedrado y famélico. Al regalo acompañaban unas líneas escritas con un espíritu de gran elegancia por parte del padre, en las que le felicitaba por su celo en guardar la justicia y la probidad suspendiendo a su hijo, si él había entendido que lo merecía. Llegados los exámenes de septiembre, Lozano hizo también cuestión de honor el que a Ramón le calificaran con la nota de sobresaliente, lo que, asimismo, consiguió, como antes que le suspendieran. En conciencia no cabía adivinar si el hombre esperaría un regalo todavía más suculento. Y, desde luego, el padre de Ramón se lo envió.

Fundación Juan March

Fundación Juan March

VI

LA ATENAS DE ESPAÑA. SUS PROFESORES. LITERATURA

Cuando, una vez pasado el preparatorio, empezó Ramón Pérez de Ayala la carrera de Leyes, se decía que la Universidad de Oviedo era la Atenas de España. Tenía, en efecto, un magnífico claustro de profesores. Muchos de ellos provenían de la Institución Libre de Enseñanza y se habían formado como discípulos de don Francisco Giner de los Ríos. Eran krausistas, denominación que no pocos les aplicaban con un sentido peyorativo.

¿Cuáles fueron los mejores profesores de Ramón Pérez de Ayala en aquella Universidad de Oviedo? Habría que establecer para contestar adecuadamente la diferencia entre profesor y maestro. Profesor es el que enseña una disciplina, y maestro el que influye en la formación general de un discípulo y le orienta con noticias, digámoslo así, enciclopédicas.

Los mejores profesores que tuvo Ayala fueron don Aniceto Sela, catedrático de derecho internacional, y don Félix Aramburu y Zuloaga, de derecho penal. Don Félix tenía una hija única que se casó con un abogado notable, que fue uno de los primeros notarios de Madrid y se llamaba Jesús Coronas. En cierta ocasión, el pintor Ignacio Zuloaga —y nos referimos a un tiempo posterior— tuvo una herencia de un español, cónsul que murió en París, el cual le dejó todos sus bienes, tanto en España como en Francia. Por estos últimos, de herencia indirecta, hubo de pagar Zuloaga al Estado francés el 80 por 100. Luego quiso arreglar lo que de esa herencia correspondía a España y para ello consultó con Ayala, quien le

Fundación Juan March

llevó a ver a su buen amigo Coronas, el notario. En la antesala de la casa de éste había un retrato de su suegro y, señalándoselo Ayala a Zuloaga, le dijo: "Este fue profesor mío en Oviedo"; a lo que Zuloaga replicó: "¡Qué me va usted a decir!... ¡Mi tío Félix!"

Don Félix de Aramburu y Zuloaga era un hombre muy distinguido y vestía siempre con elegante atildamiento. Por entonces todos los catedráticos iban a dar sus clases a la Universidad con levita, o chaqué, y con chistera, sombrero de copa. Cuando llegaban se despojaban de la chistera y la mayoría investían el birrete y la toga. Don Félix dominaba la oratoria con elocución natural correctísima. En su cátedra de derecho penal empleaba para la enseñanza el sistema socrático, o sea: comenzaba con el Código Penal, artículo por artículo, llamando al alumno para que le dijese cómo él lo entendía, con la pretensión lógica de llegar a una inteligencia recíproca mediante la interpretación mutua de los dos interlocutores. Como algunos de los alumnos, o más bien la mayoría, no poseían muchas luces se hacía difícil mantener ese diálogo, así que desde el principio del curso éste se desarrollaba, casi invariablemente, entre el profesor y Ramón Pérez de Ayala. De ese modo se fue estableciendo una amistad, paternal y protectora por parte del primero, entre profesor y discípulo.

Recién ingresado Ayala en la Facultad de Derecho de la Universidad de Oviedo había ganado la cátedra de historia del derecho don Rafael Altamira, a la sazón un hombre joven, pero con el cabello, tanto de la cabeza como del bigote y barba, que se dejaba crecer, completamente cano. Tenía Altamira ciertos antecedentes literarios por haber escrito en periódicos y revistas de Madrid, sobre todo de crítica literaria, de suerte que ello le relacionaba con los escritores jóvenes de la época. Por entonces se publicaba un periódico satírico, *Gedeón,* en el que aparecían siluetas, o semblanzas, en verso de gentes más o menos conocidas. En la de Altamira se aludía a su canicie, y decía así:

Fundación Juan March

Un joven estudioso
a quien nacieron canas
leyendo tonterías
inglesas y alemanas.

Pero lo curioso es que Ayala hubo de comprobar que no sabía inglés, y mucho menos alemán. Ni siquiera sabía latín, ni el de la baja latinidad. Entre los condiscípulos de Ramón había uno con el que trabó buena amistad, que se llamaba Weis. Había estudiado éste en el seminario hasta el mismo punto de la ordenación, pero por una querella con un profesor al que abofeteó tuvo que renunciar a la carrera eclesiástica y se matriculó en Leyes. Weis, muy particularmente, advertía la ignorancia de don Rafael Altamira de la lengua latina. Se jactaba el catedrático de ser discípulo de Seignobos, famoso historiador y profesor francés. Intentaba seguir sus métodos experimentales de conocer e interpretar los documentos históricos originales y encargó a Weis y Ayala que tradujesen un fuero de los primeros que ha habido en España, que quizá fuese el de Avilés, o el de Villaviciosa. Se trataba, naturalmente, de una reproducción en latín del texto del Códice. El caso es que tanto Weis como Ayala, que también se daba cuenta por las lecciones de Altamira de que éste andaba muy flojo en latín, convinieron, un poco cruelmente, en traducir algunas de las palabras más conocidas de un modo disparatado, convencidos de que el profesor no se percataría, como así sucedió, ya que cuando dio lectura en la cátedra de la traducción de ambos discípulos hizo elogios superlativos de ella, lo que provocó que los traductores se mirasen de reojo un tanto burlona y maliciosamente. Sin embargo, aparte estos fallos o defectos, tal vez debidos a la presunción, Altamira era un gran catedrático. Sabía lo que de su asignatura había que saber, y explicaba con gran sencillez y claridad. Tenía, además, la cualidad de ser ecuánime, ya que, aun cuando él estaba clasificado políticamente y militaba en lo que suele llamarse izquierdas, que solían hacer uso de ciertos comodines consabidos, como la Inquisición, Felipe II, etcétera, etcétera, siempre que trataba de esos temas se pro-

Fundación Juan March

ducía con una admirable imparcialidad en el juicio histórico. Lo mismo que hacía Seignobos en su cátedra, había tomado por costumbre Altamira en la suya que un alumno le pidiese que explicara un tema que el propio alumno proponía. Esto solía hacerlo una vez al mes. Entre los matriculados había uno que era republicano apegado a los antedichos comodines y que, andando los años, habría de figurar mucho en la República, el cual solicitó de Altamira que diera una conferencia sobre Felipe II en espera de que el catedrático, conocidas sus ideas, pusiese en su disertación como hoja de perejil al monarca. Se llevó buen chasco. El profesor trató de la figura histórica con admirable ponderación, y hasta se podría decir con benevolencia, e incluso simpatía en la parte crítica.

Llevó, igualmente, don Rafael Altamira a la Universidad de Oviedo una especie de institución que existía en otras Universidades extranjeras, y principalmente en las alemanas: los seminarios. Si en España se entendía, y aún generalmente se entiende, por seminario un lugar de educación y formación de los sacerdotes, quiere decir literalmente la palabra "sembradero", de *semina,* que es semilla. Altamira organizó un seminario de estudios jurídicos, que estaba compuesto, en cuanto a profesores, solamente por tres o cuatro, y en cuanto a los alumnos por aquellos que espontáneamente y voluntariamente querían trabajar en él, y que también fueron muy pocos. En el puro dominio de la ciencia jurídica en aquel seminario se hizo apenas nada, pero, en cambio, los catedráticos y alumnos que lo integraban hablaban familiarmente de las cosas que a la sazón sucedían en el mundo y cuyas noticias, bastante deficientes y acaso muchas veces mistificadas, se publicaban en los periódicos locales. Uno de los sucesos del tiempo por el que Ayala pertenecía al seminario jurídico fue la guerra de los boers, y sobre ella se habló en varias sesiones y durante algunos meses siguiendo el curso de los acontecimientos profesores y discípulos conjuntamente. Allí aprendió Ramón Pérez de Ayala muchas cosas que nunca habrían de olvidársele, puesto que de quienes las aprendió, además de Altamira, fue de don Adolfo Posada, profesor y tratadista de derecho político, y don Aniceto Sela, catedrático de derecho

Fundación Juan March

internacional, que eran los más asiduos, con su fundador, a las reuniones del seminario.

* * *

Ocupaba la cátedra de derecho natural en la Universidad de Oviedo, de la que fue Ayala discípulo, don Leopoldo Alas, "Clarín". Don Leopoldo era muy mal profesor. No enseñaba la asignatura y tenía algo, y aun mucho, de dómine a la antigua. Pero, aparte de no ser buen profesor, "Clarín" sobresalía, en cambio, por sus dotes de gran maestro, porque hablaba de todo, siempre desviándose del tema y sin saber a dónde iría a parar, acumulando en su disertación gran cantidad de noticias fidedignas, de intuiciones sagaces y juicios sensatos.

Ayala conocía a "Clarín" de referencia desde unos años antes, dos o tres, de ser su discípulo. Ramón estaba veraneando en Gijón y "Clarín" también, en un pueblecito muy cercano. Aparecía don Leopoldo de vez en cuando en un coche, un *break* tirado por dos caballos que él guiaba. Por entonces, Ayala había leído en el *Madrid Cómico,* donde "Clarín" publicaba sus "Paliques", algo que decía de él mismo: "Yo, con mi pluma, gano más que un general de división", lo cual demostraba su infantilidad, cualidad profunda que es la que da verdadera humanidad y emoción a sus obras creativas literarias, cuentos y novelas. Por aquel tiempo, un artículo de las primeras firmas se pagaba de 15 a 25 pesetas, y esto podría servir de dato de lo que comúnmente se llama depreciación, puesto que con 25 pesetas se podían adquirir cosas que hoy no se pagan ni multiplicadas por ciento.

Personalmente Ramón Pérez de Ayala no conoció a "Clarín" el referido verano, pero amistades de su familia hablaban de él, y tenía fama de ser un Herodes de estudiantes, de complacerse en suspender abundantemente en los exámenes de fin de curso. "Clarín" tenía, en efecto, como catedrático, espíritu y formación de dómine. Pasaba lista todos los días, cosa que no hacían la mayoría de sus colegas, formados en buena parte en la Institución Libre de Enseñanza. Cuando un alumno faltaba a lista "Clarín" le ponía una falta, que equivalía

Fundación Juan March

a un cero, y un número determinado de faltas daba por resultado que el discípulo no pudiera presentarse a examen y perdiera el curso.

El texto que don Leopoldo imponía a sus alumnos era el *Derecho natural,* por Ahrens, traducido al castellano por Calderón. Ahrens, belga y profesor en Bélgica, fue de los pocos discípulos de Krause que llegaron a disfrutar de cierta reputación europea. El texto era excelente, pero "Clarín" no señalaba una lección diaria, sino que iba hablando durante tres o cuatro días y, de pronto, uno de esos días, preguntaba la lección por la que iban las explicaciones. Resultaba muy difícil darle satisfacción, porque él se había pasado divagando durante las clases anteriores en torno al texto de Ahrens, pero, a la hora de hablar el alumno, éste tenía que decir la lección al pie de la letra como figuraba en el texto. Y de ahí el carácter de dómine de don Leopoldo Alas.

Un día nombró a Ramón Pérez de Ayala y éste se puso en pie, al tiempo que le decía:

—No estoy preparado.

"Clarín" le replicó, recalcándolo:

—Cero.

Al día siguiente, paseando Ayala por el claustro con un amigo que estudiaba un curso adelantado, Manuel Corujo, éste le dijo:

—¿Has estudiado la lección de hoy?

Y Ayala le respondió:

—No, porque ayer me preguntó, y no me va a preguntar también hoy.

A lo que Corujo le respondió, previniéndole:

—Pues te preguntará, porque es su costumbre.

Y así sucedió. El resultado fue idéntico al del día anterior, volviendo "Clarín" a recalcar lo del cero.

Supuso mal Ayala que con aquellos dos ceros quedaría liberado por algún tiempo. Y su amigo Corujo tornó a ponerle en guardia.

En efecto, en cuanto dio comienzo la clase de derecho natural, don Leopoldo nombró a Ramón Pérez de Ayala.

—¿Está usted preparado hoy? —preguntó "Clarín".

Fundación Juan March

—Sí —le respondió Ayala.

Se hallaba Ramón situado a la derecha, hacia un costado, de "Clarín", quien, por lo tanto, se encontraba a la izquierda del alumno, de soslayo. De manera que el estudiante apoyó su brazo derecho en el pupitre, postura que le permitía ocultar el texto de Ahrens, que tenía abierto. Sin doblar la cabeza y forzando un poco la vista, fue leyendo la lección, pero intercalando algunos comentarios propios, lo cual agradó al catedrático, que en algunos puntos mostraba cierta disconformidad con el discípulo en las interpretaciones que hacía, mientras que en otros momentos le interrumpía para ampliarle y aclararle conceptos.

La maniobra a la que recurrió Ayala podía hacerse sin gran riesgo con "Clarín", porque éste, a pesar de usar lentes, era tan miope que no veía a una distancia, poco más o menos, de dos metros.

"Clarín" convirtió aquel día la clase en una especie de placentero coloquio con el muchacho. Y cuando el bedel dio la hora le dijo don Leopoldo mirando la lista:

—Usted es como si jugase a la ruleta y, a veces, le saliesen los ceros.

A partir de entonces don Leopoldo Alas mostró decidida predilección por Ayala.

* * *

Durante ese período escribía Ramón en un periódico que se titulaba *El Porvenir de Asturias,* republicano, que dirigía un señor Otero, gallego como todos los de ese apellido, al menos en su origen. Los catedráticos más conspicuos de la Universidad de Oviedo se caracterizaban por sus ideas republicanas. De "Clarín" no podía decirse propiamente lo mismo por castelarino, ya que Castelar, después de la primera República, de la que quedó bastante desengañado, creó un partido que se denominó posibilista, y a muchos de sus amigos políticos, y sobre todo a los más importantes, les recomendó que apoyaran a la monarquía de Alfonso XIII. Algunos llegaron a ser ministros de ella. En opinión de Castelar, una segunda

Fundación Juan March

República no podía proclamarse recurriendo a medios violentos, los cuales preconizaba Ruiz Zorrilla desde el destierro, sino mediante elecciones libres y pacíficas. Y Castelar entendía que, dada la mentalidad de Cánovas y de Sagasta, que había sido republicano, se podía entrar en un régimen constitucional estable. La fórmula se traducía en que "las formas de gobierno son accidentales y lo esencial es el contenido. El ideal: una República coronada a la manera de la monarquía inglesa o de la monarquía de Saboya". Esta misma idea o fórmula la conservó hasta última hora Melquiades Alvarez por magisterio de "Clarín" y algún otro hombre político eminente, como don Gumersindo Azcárate.

Ramón Pérez de Ayala empezó a colaborar en *El Porvenir de Asturias* enviando un artículo anónimo, sin esperanza de que lo publicaran. Se titulaba *El milagro del padre Padial.* Resultaba un trabajo algo, y aun bastante, volteriano. Se lo publicaron inmediatamente. En vista de su publicación continuó mandando otros artículos, también anónimos. Pero un día apareció una nota de redacción, inserta en el número, que decía: "Rogamos a nuestro colaborador que nos comunique su nombre." Y en esa nota se le instaba, además, a que prosiguiese su colaboración. *El Porvenir de Asturias* llegó a ser en la ciudad el órgano de la Universidad y del partido republicano.

En aquellos días vio la luz en Oviedo una revista semanal antirrepublicana y antiliberal. Estaba escrita por los seminaristas y tenía por título *El Zurriago Social.* En sus páginas aparecían unas sátiras en verso bajo el rótulo "Odas despampanantes". Ambos títulos, tanto el de la revista, como el general de los versos, eran fiel expresión del mal gusto, grosero y perpetuo, de aquellos seminaristas y de los ambientes clericales ovetenses. Varias de esas "odas" iban dirigidas contra Ramón Pérez de Ayala como reacción a sus artículos en *El Porvenir de Asturias.* Hallándose la llamémosla polémica en su apogeo fue a ver a Ayala a su casa el familiar del obispo de la diócesis, prelado que se llamaba Ramón Martínez Vigil. El obispo se distinguía por cacique y presumido. Le protegía la familia Pidal, que le había sacado de

Fundación Juan March

las brañas y enviado a Filipinas. El referido obispo habría de servirle a Pérez de Ayala como personaje en su novela *Belarmino y Apolonio.*

El familiar del prelado pertenecía a una familia que tenía amistad íntima con la de Ramón, y éste y el familiar se conocían desde niños. Ocurre, y no infrecuentemente, que los familiares aborrezcan a los obispos a quienes sirven, lo que sucedía en el caso en cuestión. La visita del familiar a Ramón no tenía otro objeto que el de decirle que estas pastorales del obispo están robadas a monseñor de Baudrillart, arzobispo de Burdeos, que disfrutaba de bien cimentada fama en Francia y en muchos otros lugares, aunque esa fama no había llegado a Asturias, donde, en cambio, las pastorales de Martínez Vigil eran célebres. Este no se había parado en publicarlas en tres volúmenes a todo lujo con una rica encuadernación en piel y regalaba ejemplares a los personajes importantes de Oviedo, entre ellos al alcalde, que se llamaba también Ramón Pérez de Ayala y era tío carnal de Ramón y que le prestó la obra para que la leyese.

En seguida pidió Ramón a Francia las pastorales de Baudrillart, valiéndose de un librero, Galán de apellido, y cuando las recibió pudo comprobar que, efectivamente, estaban copiadas al pie de la letra. En el acto se aplicó Ramón a traducirlas al castellano, procurando esmerarse en que la traducción fuera lo más semejante a la del obispo para demostrar su fraude. Una vez traducidas, empezó a publicar en *El Porvenir de Asturias,* a tres columnas, el texto francés, la traducción del prelado y la propia. El escándalo que aquello produjo en Oviedo fue descomunal. Al obispo debió afectarle sobremanera porque el pobre hombre murió pocos días después repentinamente, según el diagnóstico médico de flevitis, lo que no evitó que Ramón Pérez de Ayala tuviera durante toda su vida el remordimiento de pensar que había fallecido del berrinche.

Por entonces estaba Ayala suscrito a las revistas francesas *La Revue de Deux Mondes,* cuyo título se conserva en la actualidad, y *Le Mercure de France.* Esta última apoyaba a los nuevos movimientos literarios, mientras que la primera

Fundación Juan March

se manifestaba más tradicionalista. Su director, Brunetière, hombre muy ilustre, había escrito una historia de la literatura de su país magnífica, y "Clarín" leía sus trabajos constantemente y le seguía no pocas veces. A través del *Mercure* se puso Ramón Pérez de Ayala al tanto del movimiento poético francés a la sazón dominante, el simbolismo, que sucedía al parnasismo. Los dos corifeos más sobresalientes del simbolismo, Verlaine y Mallarmé, habían sido parnasistas. Y como quisiera Ayala conocer más en extremo las obras de los simbolistas las encargó a su librero, que las pidió a Francia, y así Ramón tradujo al castellano versos de alguno de esos poetas y los publicó en *El Porvenir de Asturias*. Las traducciones debió de leerlas en Madrid Pedro González Blanco, que era un joven escritor asturiano de Luanco, más o menos de la edad de Ayala, quien recibiría los periódicos de su región.

Pedro González Blanco frecuentaba en la capital las tertulias literarias de los llamados modernistas, y que podrían ser díptico de los simbolistas franceses. De fijo habló a sus amigos de las traducciones y se las enseñó. Debido a ello, sin duda, siendo Ramón Pérez de Ayala todavía un estudiante universitario en Oviedo, recibió, con dedicatorias entusiastas, libros de Benavente: *La comida de las fieras;* Villaespesa: un tomo de poesías; Valle-Inclán: *Sonata de otoño...* Los tres autores causaron en Ayala una extraordinaria impresión, a tal punto que se puso a escribir una novela corta, la primera de su vida, muy inspirada en la manera de Valle-Inclán, que tenía por título *Trece dioses* y se publicó en *El Porvenir,* mereciendo una "oda despampanante" de las más insultantes.

Fundación Juan March

VII

EL CASINO DE OVIEDO. BARAJA DE TIPOS

El casino de Oviedo se hallaba instalado en un viejo palacio señorial. Y sobre ese casino escribió "Clarín" un capítulo de *La Regenta,* maravilloso realmente, y escribieron los Quintero un acto de una de sus piezas, que está calcado del referido capítulo. Ayala entró como socio teniendo unos dieciséis o diecisiete años. Fue su padre, don Cirilo, quien le inscribió. Sin embargo, el lugar y el ambiente habían variado no poco de lo descrito por don Leopoldo Alas, que formaba parte de dicho centro desde mucho antes de que Ramón ingresara.

A "Clarín" le gustaba el juego del billar, pero, además de ser zurdo, era torpísimo, a tal extremo que uno de los socios, Luis Bustos —el Mármol de las novelas de Ramón Pérez de Ayala—, cuando jugaba una partida mano a mano con él le daba 49 carambolas de ventaja y la salida, y siempre perdía don Leopoldo. Como Ramón sentía gran admiración y respeto por él como escritor, y por haber sido su discípulo, en cierta ocasión le propuso una partida e hizo eso que solía llamarse "darle changuy" o sea, dejarle ganar. "Clarín", ingenuamente, se entusiasmó y se lo contó a todo el mundo. Atraía también particularmente a "Clarín" el ajedrez. Suponía que el ajedrez es juego de inteligencia y que a mayor talento mejor jugador, siendo, por el contrario —según opinión que Ayala sustentó siempre—, ejercicio de una función mecánica del cerebro, que corresponde a la corteza; manifestación asociativa, rutinaria y experimental. Y cuando hablaba de ello Ayala aducía, como prueba irrefutable, que hay niños, como lo fueron Capablanca

Fundación Juan March

y Pomar, grandes jugadores a los siete y ocho años, y, para mayor abundamiento, recordaba que en la Exposición Universal de París de 1880 había un muñeco que jugaba al ajedrez con todo el que quisiera y ganaba siempre por la razón mecánica de "a tal impulso, tal respuesta". En aquel muñeco estaban calculadas y mecanizadas todas las respuestas a la jugada contraria.

"Clarín" jugaba algunas tardes al ajedrez con el conocido Luis Bustos, y, como en el billar, también le ganaba éste siempre. Empleaba un método especial: de jugada a jugada prolongaba el tiempo, que parecía interminable al contrario. Adoptaba una postura semejante a la del "pensieroso" de Miguel Angel, con la mano en la barba y la mirada ausente. Añádase que se mantenía inmóvil como un caimán. En esas partidas de "Clarín" solía haber más mirones que de costumbre, y él se iba impacientando más y más, porque era muy nervioso. De pronto, ya sin poder aguantar, rompía a decir, dirigiéndose a los mirones: "¿Ustedes creen que está discurriendo? ¡Pues nada de eso!" Luis Bustos no hacía el menor caso. Permanecía en su actitud de ensimismamiento y lejanía. Estiraba todavía algo más el tiempo ya dilatado y terminaba ganando a su contrincante, "Clarín", que en alguna ocasión hasta llegó a tirar el tablero por alto. Otro individuo que también solía jugar con don Leopoldo Alas, y asimismo le ganaba, se significaba como tipo muy ordinario de aspecto, poco o nada conocido en la sociedad de Oviedo, pero perteneciente como socio al casino. Lo mismo que Mármol, se distinguía por su frialdad y, además, rezumaba grosería en sus palabras y modos. Cierta vez, en una de sus partidas con "Clarín", le dijo en un movimiento que iba a ser un cambio de piezas:

—Me como el alfil.

A lo que "Clarín" replicó:

—Eso no es comer.

Y el tipo, con su notoria falta de tacto, completó la frase:

—No es comer; es beber.

A don Leopoldo Alas le exasperó sobremanera la respuesta.

Fundación Juan March

Sin embargo, las aleatorias, o sea, los juegos de azar, constituían la mayor atracción de "Clarín". En el casino había una sala destinada a esos juegos. El "bacarrá" y el "treinta y cuarenta" contaban con mayor número de asiduos. Y a la estancia donde se hallaban esos juegos se la llamaba "sala del crimen", nombre generalizado en muchos casinos. Una tarde se le ocurrió a Ayala, llevado de su natural curiosidad, entrar allí coincidiendo con un momento en que "Clarín" tenía la banca. Al ver aparecer al muchacho se puso excitadísimo y empezó a llamar a sus amigos, diciendo a gritos: "¡Que saquen de aquí a ese joven! ¡Todavía estudia en la Universidad y me va a perder el respeto!"... Algún tiempo después se publicó *Resurrección,* de Tolstoi, que leyó Ayala en la primera traducción francesa, la cual también, naturalmente, había leído "Clarín". Y le hizo tanta impresión a éste que confesó a su antiguo discípulo que, a partir del momento de su lectura, había abandonado por entero los juegos de azar.

En la referida "sala del crimen" del casino de Oviedo, y en uno de sus costados, había un cromo grande, enmarcado, que representaba la "Sagrada Familia". Uno de los jugadores habituales era un procurador de los Tribunales apellidado Escosura, al que colgaban el apodo de "Chaquetilla", porque llevaba unas chaquetas muy cortas que le llegaban a media nalga. Este individuo, como todos los que jugaban, "pintaba" las cartas, que es ir barajándolas conforme se tienen juntas hasta ver la pinta: si son oros, copas, espadas o bastos. Mientras lo hacía miraba al cromo religioso y decía: "Jesusín, Virgencita"... Y cuando le salía la pinta en contra soltaba unas blasfemias espantosas, hasta que hubo de recibir la advertencia de que se reportara, primero por la imagen y luego por la falta de respeto a todos los circunstantes, ya que si no lo hacía no se le permitiría la entrada al lugar. La primera vez que jugaba después de haber recibido el aviso y que la pinta se le dio en contra, se tragó sus blasfemias, pero, mirando con ojos furibundos al cromo, exclamó: "¡Bueno, tú ya me entiendes!".

* * *

Fundación Juan March

Ostentaba la presidencia del casino de Oviedo en la época a la que nos referimos don Rafael Zamora, marqués de Valero de Urría, quien llegó a ser el más íntimo amigo de Ayala, amistad que no se interrumpió ni se empañó hasta la muerte del primero.

Valero de Urría había nacido en Cuba y tenía parentesco próximo con el conde de Peñalver, asturiano; y en uno de sus viajes a Asturias se enamoró de una muchacha de linaje muy distinto que se llamaba Carmen Sierra. A partir de su matrimonio se instaló en Oviedo. Desde niño había estudiado el marqués en París, un poco bajo la tutela del famoso poeta, también cubano, José María de Heredia. En la capital de Francia cursó humanidades a fondo, como allí se estudian, y sabía griego a la perfección. En la prosodia castellana de Valero de Urría siempre se advertían dejos de pronunciación francesa. Su amistad con Ayala surgió porque, habiéndose instituido por la Universidad lo que se llamaba "extensión universitaria", que consistía en conferencias semanales que daban los catedráticos en el casino, una serie de esas disertaciones corrió a cargo de don Félix de Aramburu, el rector y profesor de derecho penal, y resultaron llenas de competencia y muy al día, con noticias de los penalistas italianos, muy en candelero, Lombroso, Ferri y Garófalo. Dichas conferencias las reunió un editor en un volumen con el título de *La nueva ciencia penal.* Intervino igualmente en los cursos "Clarín", quien disertó sobre *L'Aiglon,* de Rostand, que se había estrenado por entonces. A Valero de Urría, aunque no era catedrático, pero teniendo en cuenta sus conocimientos de la literatura griega y de la francesa, le encomendaron dos conferencias, una sobre *La Odisea* y otra acerca de Baudelaire. Aprovechando la circunstancia Ayala escribió una reseña en *El Porvenir,* comentario de la disertación en torno a Baudelaire, puesto que estaba muy enterado de la poesía del vecino país y había estudiado con pasión a los simbolistas, de los que el referido poeta era el ídolo. La reseña se publicó sin firma, pero emergían de ella opiniones de carácter personal, lo que movió a Valero de Urría a dirigirse al periódico para enterarse del nombre del autor, sin omitir su extrañeza de que se hallase en Oviedo un persona tan enterada del

Fundación Juan March

tema que él había tratado. En *El Porvenir* le dieron la información que solicitaba, y de ahí partió la amistad.

Cuando vivía en París Valero de Urría escribió versos en lengua francesa, y en la *Antología del Parnaso francés,* del editor de los parnasianos, Lemerre, figura alguna poesía suya. Además hizo una traducción de *La Odisea* al castellano verdaderamente magnífica, que no llegó a publicarse, y debería haber visto la luz.

Ramón Pérez de Ayala leía francés corrientemente, pero, como es natural, no tenía el hábito de hablarlo, y en consecuencia su prosodia resultaba un tanto deficiente. Lo había estudiado con un canónigo de la catedral, don Sabino Laverdure, francés de nacimiento, y luego había interrumpido las clases. Pero más tarde Ramón propuso al canónigo que fuese a su casa para darle lecciones y soltarse en la conversación. Y a esas lecciones se asociaron un amigo, Anselmo González del Valle, y el hermano de Ramón, quien siempre quería hacer lo que éste. En la primera clase don Sabino empezó a explicar en qué se diferencian la prosodia francesa y la castellana, y como "au" es igual a "o" y "u" a "i" cerrada. El hermano de Ramón, nada más escucharle exclamó: "¡Pero eso es absurdo!" A lo que replicó el canónigo: "Será absurdo, pero así es." Y el hermano, poniéndose furioso, lanzó al tiempo que se levantaba de su asiento: "¡Yo no vuelvo!"

Por aquellos días de esas clases de francés se fue a vivir a Oviedo, y a casa de los Ayala, el padre Cejador, que acababa de salirse de la Orden de los jesuitas, pero al que según ciertas personas la Orden era la que le había separado de su seno. En los ratos que a Ramón le dejaban libre los cursos de la Universidad empezó a darle lecciones de griego. El hermano, siguiendo su costumbre, también se asoció. Y ocurrió algo semejante, si no igual, a lo sucedido con las clases de francés. El primer día don Julio Cejador indicó que, como todo el mundo sabe, hay una cantidad de palabras castellanas de origen griego y que sabiendo griego se conoce lo que quieren decir y, como ejemplo, se le vino a la memoria la palabra "idilio" que es diminutivo de "eidos", imagen: representación visible; y, en consecuencia, "idilio" quiere decir algo así como una viñe-

Fundación Juan March

ta, un dibujo representativo. El hermano de Ramón interrumpió: "Eso es ridículo." No hay quien no sepa lo que quiere decir "idilio", que para él era un dúo amoroso. Y repitió la escena con don Sabino. Se marchó y no volvió más.

Acerca de la salida de los jesuitas del padre Cejador corrieron por Oviedo, muchas de ellas llegadas de fuera, diferentes versiones. Una de las personas que afirmaba que había sido expulsado fue Unamuno. Este y Cejador se conocieron porque el segundo enseñaba griego en la Universidad de Deusto y sus discípulos tenían que ir a la de Salamanca para pasar sus pruebas oficiales, y allí era Unamuno catedrático de esa lengua. Y de ahí que Unamuno se considerase muy bien enterado de los pormenores de la salida de Cejador de la Compañía. Cuando el padre la abandonó conservaba un recuerdo vivaz de tres niños que estudiaron con él en los distintos colegios en los que impartiera sus enseñanzas: el más tarde conde de los Andes, José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala. Pero sobre todo recordaba la amistad trabada, y mantenida por correspondencia, con el progenitor del último, lo cual le determinó a irse a vivir a su casa en Oviedo. Debía tener por entonces don Julio Cejador de cuarenta a cuarenta y cinco años. Por un tío suyo abrazó la carrera eclesiástica e ingresó en ella como novicio de los jesuitas en edad muy temprana. El tío había tenido a su cargo a Cejador y a una hermana suya. Al primero le hizo jesuita; a la segunda, monja.

Don Julio Cejador poseía bastante hacienda en tierras, que, aunque disminuida por el tío y tutor, pasó en parte como dote de la hermana al entrar ésta en el convento, y en otra parte como patrimonio común de la Compañía de Jesús. Así, cuando Cejador salió de los jesuitas se le planteó el problema económico de considerar de qué bienes podía disponer, y si serían los suficientes que le permitiesen vivir de ellos en adelante. Quizá esa preocupación influyó en mucho para que se decidiera a ir a Oviedo con el fin de aconsejarse de don Cirilo.

Según aseguraba Cejador, entre sus bienes raíces había poseído ricos olivares que, mientras se tramitaba su salida de la Compañía, se los habían talado, transformándose de esa manera un terreno productivo en erial.

Fundación Juan March

Salió Cejador con gran fogosidad de la Compañía. Todavía nombre joven y después de tantos años de abstinencia sexual, él, que era por naturaleza bastante rijoso, irrumpió en el mundo como un toro en el redondel.

Procuró el padre de Ramón a Cejador algunas clases de francés, y especialmente de este idioma porque solían estudiarlo las señoritas de las esferas elevadas, según se decía entonces, "de adorno". Además, le consiguió una capellanía. Pero Cejador tuvo tropiezos debido a su aludida rijosidad, que le hacía perder la cabeza. En ocasiones se precipitó sobre algunas de las señoritas a las que daba lecciones y, como era lógico, la consecuencia consistía en que se le daba a entender, más o menos a las claras, que no volviera. En suma, fue quedándose sin lecciones. Aparte estos defectos, que no lograba dominar muchas veces, Cejador disfrutaba de una capacidad universal. Una de sus aficiones, la música, la cultivaba con verdadero conocimiento y deleite y con notorio gusto selectivo. Llegado el momento de dar por terminada su estancia en casa de los Ayala, lo primero que hizo, ya instalado en una pensión, fue comprar un piano y una biblioteca musical muy rica y extensa. Se proveyó de obras de la mejor que a la sazón había en España, la de Dotesio. Leía don Julio la música y la ejecutaba al piano espontánea y repentinamente, aunque envarilleándose un tanto, tal vez debido al entusiasmo que ponía como ejecutante.

Respecto a las clases de griego que diera Cejador a Ramón rindieron fruto satisfactorio en el discípulo y sus conocimientos de esta lengua contribuyeron a estrechar aún más la amistad que trabara con el marqués de Valero de Urría, con el cual practicaba la conversación en francés, amén de consultarle, como hacía con el propio Cejador, los temas que el griego suscitaba.

Se acostumbró Ramón Pérez de Ayala a ir todas las mañanas a casa de Valero, y allí pasaban buenos ratos mirando en la biblioteca libros que al primero podían interesar para llevárselos prestados y leerlos. Tenía Valero de Urría gran predilección por Rabelais, que Ramón leyó y que no dejó luego de influir en alguno de sus escritos. Por ejemplo: ese influjo se halla en "Una aventura del padre Francisco" —Rabelais se lla-

Fundación Juan March

maba François y había sido fraile— que abre el libro de Pérez de Ayala *Bajo el signo de Artemisa.* Otro de sus libros dilectos, y que asimismo utilizó, fue el *Trévoux,* diccionario que hicieron los jesuitas de Trévoux, y en el que se cita a cada paso a Feijoo, porque cuando los jesuitas lo redactaban y publicaban constituía lo más avanzado de la ciencia. Y es anterior a la Enciclopedia. En dicho diccionario había un artículo sobre la virginidad, que Ramón aprovechó como notas en la primera edición de su libro *Tinieblas en las cumbres,* que no publicó con su nombre, sino con el seudónimo "Plotino Cuevas". También acerca de la virginidad le había impresionado el largo y delicioso ensayo de la *Historia natural* de Buffon, el cual subraya la importancia excesiva y punto de honor que entonces daban a la virginidad femenina. Todas las obras antedichas que Valero de Urría prestara a Ramón las comentaron ambos a lo largo de no pocas conversaciones.

En uno de los libros de Ramón Pérez de Ayala en el que hay una sección de epigramas, dedicó uno de éstos a Valero de Urría:

Un gran filósofo que yo conocí
decía que toda ciencia es ilusoria
y sólo hay tres artes, llamadas así,
una la nemotegnia, otra la aleatoria,
y otra la ginecofilia; o sea:
el arte de beber, los juegos de azar,
y el arte de amar a la mujer.

Escribió Ayala este epigrama pensando efectivamente en Valero de Urría, puesto que practicaba a la perfección las tres artes. Y en la nemotegnia podía considerársele prodigioso.

Después de un rato de charla en casa de Valero de Urría solían salir éste y Ramón a eso de las once de la mañana. Iban a pie por la famosa calle de Uría, en uno de cuyos extremos vivía el primero. A mitad de esa calle había una tienda de ultramarinos, la más importante y mejor surtida de Oviedo, que se llamaba "Campomanes". Allí, como Valero era exacto igual que un reloj, le tenían preparado un vaso de cuartillo de

Fundación Juan March

aguardiente, triple, que él ingería de un golpe, y luego los dos amigos seguían caminando hasta un café, el "Café de Madrid", que se tenía por el más distinguido de la ciudad. A esa hora, de doce a una, se reunía una tertulia selecta y reducida. Acudían a ella Melquiades Alvarez, profesor de derecho romano, que aún no había sido elegido diputado; Manuel Longoria, marqués de la Rodriga, así como otros contertulios asiduos, entre los que, más esporádicamente, solía ir un señor Corbera, presidente de la Diputación, que más tarde aparecería en la novela de Pérez de Ayala *Belarmino y Apolonio* con el nombre de Novillo. En esta tertulia volvía a atizarse, o ingerir, Valero de Urría una gran cantidad de bebidas alcohólicas fuertes. Pero siempre permanecía normal y lúcido.

El marqués de la Rodriga era un hombre muy rico, y soltero; muy aficionado a la lectura y, sobre todo, al arte. Todavía por aquella época empleaba las horas del día para hacer su vida, pero poco después tomó la costumbre de dormir mientras había luz natural y levantarse cuando ya oscurecía. De su casa iba al casino, y allí estaba hasta el amanecer, que regresaba a su domicilio. El marqués de la Rodriga jugaba al billar portentosamente, al punto que resultaba casi imposible ganarle una partida.

* * *

La amistad y trato entre Ayala y Valero de Urría no se limitaba sólo a las horas matinales. Por las tardes solían citarse y se iban a un café, el "Café Suizo", donde se dedicaban a hablar de todo lo divino y lo humano. En casi todas las ciudades de España, y en Madrid por supuesto, había por ese tiempo un "Café Suizo", y corría la voz de que aquellos cafés pertenecían a los jesuitas. En el "Suizo" ovetense conversaban Valero y Ayala durante un par de horas y después se marchaban al casino.

Como Valero de Urría estuviese dedicado por entonces a traducir *La Odisea,* comentaba y consultaba cosas con Ayala, que seguía trabajando el griego con don Julio Cejador. Y en realidad las consultas siempre las hacía el traductor acerca de la precisión de una palabra que habría de emplear en castellano.

Fundación Juan March

Fundación Juan March

VIII

MAS SOBRE EL CASINO Y SUS TIPOS. CIENCIA Y MUSICA

Por las tardes, en el casino solían verse a diario "Clarín" y Valero de Urría, pero no se entendían muy bien, y ello se debía a puras futesas. Valero, como educado en Francia, al punto que cabría afirmar que su idioma original era el francés, utilizaba en la expresión coloquial, tal o cual vez, algún galicismo. "Clarín" se le echaba encima corrigiéndole el voquible —como escribe Cervantes en el *Quijote* respecto a Don Quijote y Sancho, que es el que dice voquible, lo cual impacientaba mucho a Sancho, y también a Valero de Urría—. Y, como replica Sancho en una ocasión, Valero solía responder: "Si usted no me ha entendido está bien dicho." Pero muchas veces a "Clarín" le faltaba la razón, y en tales casos se lo consultaba a Ayala, quien se la daba a Valero sin que a don Leopoldo Alas le hiciese chispa de gracia.

Entre los asiduos al casino había dos viejos muy famosos en Oviedo. Uno, don José Longoria y Carvajal, y otro, don José Sierra. Ayala siempre mostró gran inclinación a departir con los viejos, porque le proporcionaban un gran caudal de experiencia de la vida. Le ocurría, pues, lo contrario de lo que suele suceder a los jóvenes, que no les hacen caso, debido a que los viejos recaen con harta frecuencia en sus recuerdos, cuanto más lejanos mejor, y lo que más les place y rejuvenece es que se les escuche con atención. De ahí que aquellos dos viejos agradeciesen mucho la compañía de Ayala.

A don José Longoria y Carvajal se le tenía como el comadrón más reputado de Oviedo. Por entonces se pagaban con una onza de oro los servicios de un comadrón. Don José Longoria

Fundación Juan March

había asistido a los nacimientos de la mayor parte de los individuos pertenecientes a la burguesía ovetense, que él clasificaba diciendo: "Este, o ésta, es hijo mío, o hija", o bien: "Es nieto, biznieto o tataranieto." Los sábados por la tarde había concierto en el salón de baile del casino, y luego baile. Muchas veces Ayala se sentaba en un diván al lado de Longoria para ver cómo entraban las mamás y las niñas, y, mientras iban desfilando, don José hacía sus clasificaciones para informar a su joven amigo. Otra particularidad de este comadrón en el acto de un alumbramiento consistía en responder a la ansiedad del padre y de la madre por si la criatura era varón o hembra: "Tendrá que ponerse boca arriba, o tendrá que ponerse boca abajo", refiriéndose a que fuese niña o niño.

La costumbre de hacer regalos a los médicos, la cual no se ha perdido, se hallaba muy extendida, y sobre todo los presentes abundaban en la época de las Navidades. Entre los obsequios más apreciados figuraban las cajas de cigarros habanos. Don José Longoria no fumaba, pero guardaba todas las cajas en una especie de biblioteca con anaqueles que contenían centenares de ellas y miles de cigarros ya apolillados, porque si nunca fumó, tampoco dio un puro a nadie. Para asistir a los partos recorría la ciudad en un coche desvencijado, por viejo, de su propiedad, del que tiraba un penco esquelético y, en consecuencia, tardo. Don José andaba siempre vestido de levita y cubierto con chistera, como todos los varones de ciertas categorías sociales: abogados, ingenieros, catedráticos, etc. Una de sus características era el pánico que sentía por la velocidad. Siendo alcalde de Oviedo —y lo fue muy bueno y popular— se inauguró el ferrocarril a Gijón, que hacía un trayecto de unos 25 kilómetros. El tenía que asistir oficialmente y hacer ese viaje. La idea de subir al tren, de fijo que por primera vez en su vida, le ponía la carne de gallina. Cuando llegó a la estación se dirigió directamente al maquinista, y tendiéndole un cigarro de los que se llamaban "perreros" —no uno de su colección de habanos—, le dijo: "Mira chacho, yo no tengo ninguna prisa; de modo que vete despacín..., despacín." En cuanto a lo tocante a su popularidad, ésta se podía advertir a las claras, pues todo el mundo le respetaba y quería. Un día de la Ascensión

Fundación Juan March

presidía una corrida de toros en la que figuraban como espadas Lagartijillo y Bonarillo, y como los asturianos en general son un tanto retraídos en sus modos, porque tienen miedo al ridículo, cuando se hacía algo en el ruedo digno de despertar el entusiasmo y el aplauso lo manifestaban sin excesos: no arrojaban los sombreros a la arena como en tantas otras ciudades. Y aquel día, en uno de los mejores momentos de la corrida, don José, desde su palco de la presidencia, tiró su chistera al redondel, lo que fue inmediatamente imitado por numerosos espectadores; y desde esa ocasión también se adoptó la costumbre en Oviedo.

* * *

El otro viejo con quien tenía frecuente trato Ayala se llamaba don José Sierra, suegro de Valero de Urría. Tenía una personalidad extraordinaria. Debía alcanzar los ochenta años y disfrutaba de una planta señorial que no podía por menos de llamar la atención. Se decía que en don José se había inspirado "Clarín" para el personaje de *La Regenta* don Alvaro Mesía. A las señoras de cierta edad, entre ellas la madre de Ayala, se las oía referir: "¡Qué gallardo y qué guapo era don José!" Ya a una edad bastante avanzada tuvo don José una hija con una sirviente. Las hijas legítimas, la mujer de Valero una de ellas, que se llamaba Carmen, aconsejaron al padre que se casara con la madre de la niña con el fin de legitimarla. Esa mujer guardaba una veneración idolátrica por él y la persuasión de que aun frisando en los ochenta —ella tendría unos sesenta a la sazón— cuantas mujeres le veían se enamoraban de su marido, al que, por otra parte, trató siempre de usted, sin permitirse la menor familiaridad. Pero roían a la pobre tales celos que no le dejaban vivir. Consistía una de sus manías en que desde el interior de las casas hacían señas las féminas al esposo provecto. A don José Sierra le gustaba mucho trasnochar y se quedaba en el casino hasta que se marchaban los socios más nocherniegos, cerca de las tres, e incluso las cuatro de la madrugada. Su mujer permanecía todas las noches en lugar escogido y oculto, próximo al casino, esperando a que saliese para

Fundación Juan March

convencerse de que su marido había estado allí y no con ninguna mujer.

Don José Sierra abrigaba ideas carlistas o, como solía decirse en la época más corrientemente, tradicionalistas, lo mismo que Valle-Inclán toda la vida, y eso no impedía que poseyera una inteligencia sumamente liberal, incluso en materia religiosa. Tenía como filósofo preferido a Epicuro.

Siempre se ha mantenido —acostumbraba a sostener más tarde Ramón Pérez de Ayala cuando se sacaba a relucir el tema— que la característica del carlismo, la más poderosa, se fijaba en la beatería y la intransigencia respecto a la religión. Al carlismo se le llamó en rigor tradicionalismo hasta Vázquez de Mella, de mente también muy liberal. El tradicionalismo —aducía el escritor—, como su misma "muestra" enseña, pretendía mantener la tradición de la constitución política orgánica de España, y la división que ocasionó la primera guerra civil se debió a la cuestión de la herencia dinástica. La reina gobernadora, Cristina, madre de Isabel II, trajo a España propósitos constitucionales de tipo parlamentario y democrático. Por el contrario, el hermano de Fernando VII mantenía las tradiciones, y por eso a los que le siguieron se les llamó tradicionalistas. Lo del carlismo vino por el nombre del pretendiente, don Carlos, que, de haber reinado, hubiera sido Carlos V. En esa tradición lo principal se sustentaba en la libertad de regiones, o sea, en el mantenimiento de los fueros milenarios de cada región, por lo cual en esa primera guerra carlista se pusieron de parte de don Carlos todas aquellas regiones que habían tenido fueros y deseaban conservarlos; señaladamente Cataluña y las provincias vascongadas.

* * *

Toda la que podríamos llamar primera juventud de Ramón Pérez de Ayala estuvo estrechamente unida a la persona y al círculo de amistades del marqués de Valero de Urría, quien influyó desde luego no poco en el que habría de ser gran escritor, el cual guardó a lo largo de toda su existencia el recuerdo imborrable de ese período y del personaje para él central.

Fundación Juan March

Así nunca que se le presentase la ocasión dejaría de evocar los rasgos del marqués y sus múltiples aficiones. La biología le interesaba grandemente, y su interés le llevó a agenciarse un microscopio de los mejores que había para analizar tejidos de microbios. También los animales le producían enorme curiosidad, y cuanto más extraños e infrecuentes, mayor. Durante una larga temporada tuvo un mochuelo, ave noctílope que por el día está deslumbrada, con los ojos muy abiertos e inmóvil. Había puesto al mochuelo sobre su mesa-escritorio, colocándolo en una pequeña alcandra. El pájaro permanecía quieto con los ojos abiertos, aunque sin ver. Como Valero era gran helenista, Ayala lo asociaba a que no pudiendo tener a mano el búho de Minerva se conformaba con una réplica diminutiva de él. Otro animal que Valero conservó bastante tiempo a la vista y a mano fue un camaleón, al que Ayala observaba con frecuencia y con la máxima atención. Como es sabido hay la noción vulgar de que el camaleón se alimenta de aire y cambia de colores. Y ello no es cierto, puesto que aquel camaleón, que tanto Valero como Ayala observaban con particular detención, cambiaba, si acaso, ligeramente de matiz. A Ayala le parecía lo más interesante que sacaba la lengua a modo de dardo, una lengua tan larga como su propio cuerpo, y lo hacía siempre que viese un insecto: mosquito, mosca o lo que fuese. Lo adhería a la punta de la lengua y lo engullía.

Por la música sentía muy acusada inclinación Valero de Urría, al punto de que, pese a su edad madura, se consagró con ardor a estudiar composición. Tomó como maestro al canónigo doctoral de la catedral de Oviedo, que tenía fama de muy versado en la disciplina. El discípulo le salió aventajado, pues empezó rápidamente a componer, y se dio el caso de que algunas de sus composiciones resultaron admirables y fueron ejecutadas en los conciertos del casino.

Pero en Oviedo había otro músico excepcional: don Anselmo González del Valle y Carvajal. Su hijo Anselmo daba clase de francés con Ayala, y contaba como uno de los grandes amigos de su edad que Ramón tenía entonces. Don Anselmo padre vivía en un verdadero palacio, y en él había una amplia estancia que los de casa y amigos llamaban con propiedad la

Fundación Juan March

sala de música. Dos pianos de cola, uno Steinway y otro Pleyel, la enriquecían, y como además don Anselmo sentía mucha afición por la pintura, tenía al fondo del salón un gran cuadro al óleo de Nogales, que había obtenido primera medalla en una reciente exposición de Bellas Artes y que se titulaba *El milagro de Santa Casilda.* El cuadro, además de su aventajado tamaño, era magnífico, sobre todo en el centro, en el que había un gran espacio de flores pintadas de mano maestra.

Anselmo hijo y Ayala asistían periódicamente, tres días por semana, lunes, miércoles y viernes, a la sala de música, donde respectivamente en cada piano tocaban don Anselmo y un extraordinario pianista frustrado, Fernando Fresno, hijo de un fotógrafo del mismo nombre. Efectivamente, el pianista había cortado su carrera, ya en pleno triunfo, cuando su fama de concertista era europea. Fue acompañante de los artistas más célebres, como Sarasate, y un reputado barítono, Baldelli. En una de sus visitas a Oviedo se enamoró de una señorita de la localidad, se casó con ella, empezó a darle hijos y él se quedó allí anclado para no moverse más. Se dedicó a dar lecciones a las hijas de familia de la buena sociedad, matando sus ilusiones y sin echar de menos sus pasados éxitos. El cambio de su vida fue así radical.

Don Anselmo también había sido muy prolífico. Tuvo veinticuatro hijos, de los cuales doce se le murieron. Y Anselmo era el primogénito. Caracterizaban a don Anselmo la delicadeza de sentimientos y el refinamiento de gustos. A su mujer le regaló una pulsera muy ancha, de oro, y a cada niño que les nacía mandaba que incrustasen en la pulsera un gran brillante. La señora lucía en ocasiones la pulsera con los veinticuatro brillantes, uno por cada vástago.

Las reuniones musicales en casa de don Anselmo los tres días por semana se celebraban en círculo restringidísimo. En realidad, generalmente quienes acudían a ella no pasaban del propio don Anselmo, Fresno, Ayala y Anselmo hijo. Sólo raras veces había otro invitado. Los conciertos se elegían de improviso. Don Anselmo extraía de su espléndida biblioteca musical un cuaderno al azar y él y Fresno ejectuaban la composición, en unas ocasiones clásica y en otras de lo más moderno que se

Fundación Juan March

había escrito. Entre las obras más nuevas que se editaron entonces figuraban los valses de Brahms para dos pianos, los cuales alcanzaban enorme popularidad en el mundo entero, pero que en España todavía se desconocían. Cabe decir que en la sala de música de la casa de don Anselmo fue donde Ayala adquirió una educación musical bastante amplia, a tal extremo que cuando algún tiempo después se trasladó a Madrid como estudiante del doctorado de Leyes y asistía a conciertos de renombrados virtuosos, no constituían novedades para él piezas que sin duda lo eran para la gran mayoría de los melómanos.

Don Anselmo componía asimismo música para piano, y hallaba su fuerte en las rapsodias. Y, como ejecutante, en las de Liszt. De las rapsodias compuestas por don Anselmo, una tenía por título *Cádiz* y otra *España.* Ambas escritas sobre motivos populares. Y, andando los años, hallándose Ayala en Munich en compañía de un amigo, Agustín Heredia, que siempre iba con él, se anunció un concierto de una pianista española. Una de las piezas del programa se titulaba *Rapsodia española,* y como autora aparecía la propia pianista. Pero cuál no sería la sorpresa de Ayala al escucharla, ya que identificó en ella una de las rapsodias de don Anselmo González del Valle. Terminado el concierto, pasó Ramón Pérez de Ayala con su amigo a saludar a la pianista, y no pudo contenerse de decirle: "Esa rapsodia que usted ha tocado es de don Anselmo González del Valle." La pianista puso cara de vinagre y se quedó sin saber qué contestar.

Fundación Juan March

Fundación Juan March

IX

ANONIMOS. LA GUERRA DEL 98. UN AMOR JUVENIL

Aquel muchacho, Ramón Pérez de Ayala, al que distinguían personas muy calificadas de la ciudad y mantenían asiduo trato con él, y cuyo nombre sonaba, no era difícil que provocase la envidia, uno de los defectos más acusados y dañinos de las gentes de todas las esferas sociales de nuestro país, según no pocas opiniones. La envidia, para esos opinantes, nada faltos de razón, es una plaga que anida en los españoles, la cual no se ha logrado dominar. Y en el Oviedo de la época en cuestión la envidia crepitaba soterrada, para aflorar a menudo casi exclusivamente tomando la forma del anónimo.

Ramón Pérez de Ayala despertó pues la envidia y la padeció y supo de ella, porque fue injuriado y calumniado anónimamente. La primera experiencia la tuvo a través de su madre, que un día recibió un papel escrito, pero sin que asomara y se diera a conocer en él su autor, en el que se le decía que ese hijo suyo estaba podrido de sífilis. La señora, por supuesto sensata, y que además de vivir con el hijo conocía bien su modo de ser y su salud, se lo enseñó riendo y sin hacer el menor caso. En seguida Ayala se figuró de dónde provenía el escrito: de los seminaristas que redactaban *El Zurriago Social,* los cuales le odiaban ciega y furibundamente... Al poco tiempo llegó otro anónimo, y éste a nombre de Ramón Pérez de Ayala. Lo había motivado un cuentecillo que publicara en *El Porvenir de Asturias.* Sin embargo, la carga que el papelucho contenía no cayó directamente en las manos de aquel a quien iba dirigida, porque el cartero lo llevó al tío de Ramón, hermano de su padre, que tenía su mismo nombre y ostentaba el cargo de alcalde de la ciudad a la sazón. Este anónimo

Fundación Juan March

comenzaba con una sarta de injurias para proseguir con otra de amenazas.

El tío, una vez abierto el sobre y leer lo que había dentro, se quedó estupefacto, sin atinar a entenderlo. Pero después, y como se viera con el sobrino a diario, le dijo: "Mira, debe ser para ti."

A partir de entonces, y a lo largo de su prolongada vida, ya no dejaron de llegarle anónimos a Ramón Pérez de Ayala, pero esto ocurría siempre que aparecieron libros suyos en España y colaboró en publicaciones españolas. En cambio durante los catorce años que permaneció en la Argentina, y sus artículos veían la luz casi constantemente en el diario *La Prensa,* de Buenos Aires, recibía abundante correo, que nunca dejó de estar firmado. Unas cartas contenían palabras alentadoras y elogios, y también las había en las que el remitente, siempre con su firma al pie, le señalaba determinadas discrepancias o dudas, y en estos casos solicitaba de él atentamente la aclaración que deseaba. No obstante, como no hay regla sin excepción, hubo un anónimo en esa etapa; y provenía de un español, pues lo único que descubría, manifestándolo abiertamente, es que lo era.

Cuando en el año 1955 se hallaba Ramón Pérez de Ayala de regreso en España, volvió a recibir anónimos groseros e insultantes, y lo que suponía aún mayor vileza por parte de quienes los escribían es que bastantes de ellos iban dirigidos al director de *A B C,* con la idea, también desenmascarada, de perjudicar al escritor, que colaboraba en el periódico.

* * *

Por los días en que estalló la guerra del 98 entre España y los Estados Unidos de América Ayala estaría para cumplir los diecisiete o dieciocho años. Se produjo entonces, en todo el territorio español y en la inmensa mayoría de los españoles, un error patriótico, acompañado de ciego optimismo. Poco antes había sido asesinado Cánovas, al cual se atribuye la frase siguiente: "Hasta el último hombre y la última peseta." Los diarios y revistas del país daban por descontado que en un

Fundación Juan March

abrir y cerrar de ojos íbamos a derrotar a los yanquis, que así se llamaba a la sazón a los norteamericanos en España. Se publicaban cotidianamente artículos e informaciones de índole estadística y geográfica en que se "demostraba" nuestra superioridad en todos los órdenes. A los yanquis les llamaban también, no sólo los periódicos satíricos sino algunos serios, "tocineros". Comenzada la guerra, como quiera que los norteamericanos habían penetrado por sorpresa en la bahía de Manila y destruido nuestra escuadra, compuesta de viejísimos barcos de madera, el gobierno español decidió repartir las fuerzas navales que nos quedaban en dos direcciones: hacia Manila y hacia Cuba. La flota que tenía por destino Manila llevaba como buque insignia el "Carlos V", que mandaba el almirante don Ramón Auñón Villalón. Al llegar a la travesía del canal de Suez supo ya que en Manila no tenía nada que hacer. Cambió, pues, de rumbo y se volvió a España. Quien destruyó la escuadra española de Manila fue el comodoro Dewey. Los norteamericanos estaban perfectamente enterados de los recursos defensivos de los españoles y de sus efectivos navales. Así Dewey una madrugada penetró en la bahía de Manila, que es muy estrecha y tiene una isla, la del "Gobernador", dotada de mucha menos preparación de defensa y mucho menos agresiva, ya que de haber dispuesto de lo necesario no hubiera habido escuadra capaz de penetrar. De esa manera Dewey entró silenciosamente, con la mayor naturalidad, sin tropiezo y sin que nadie se enterase. Y cuando despuntó la luz ya tenía su escuadra dispuesta en círculo giratorio según navegaba. Cada vez que el barco correspondiente pasaba por delante del puerto de Cavite, que era donde se hallaban nuestros viejos navíos, disparaba su andanada de artillería, a la que nuestros barcos no podían responder, y proseguía aquel ejercicio de pista. A las ocho de la mañana el comodoro Dewey dio órdenes a sus barcos para que se detuvieran y permitir que las tripulaciones desayunasen, y después del desayuno mandó que prosiguiesen su ejercicio hasta que no quedase una sola pavesa de la escuadra española. Manila hubo de rendirse, y las negociaciones de la rendición las llevó el arzobispo Nozaleda.

Andando los años Ramón Pérez de Ayala conoció al como-

Fundación Juan March

doro Dewey a través de Mr. Huntington, fundador de la "Spanic Society", en la que Ayala figuraba como miembro del comité directivo. El comodoro tenía curiosidades e intereses sorprendentes, fuera de lo común. Había inventado un artefacto, estereoscopio manuable con eje central, que, según se acercaba o se alejaba la imagen, se graduaba a la vista del que lo manejaba y utilizaba, al extremo de que la referida imagen que había de ver o interpretar podía ser la reproducción casi microscópica de un libro. Esta idea le entusiasmó a Huntington y decidió llevarla a la práctica, pues ofrecía la ventaja enorme el susodicho invento, según él, de que podría reproducir todos los libros importantes, antiguos y modernos, en las pequeñas fichas que se colocaban en el estereoscopio, de suerte que en un pequeño maletín cabría llevar una biblioteca casi como la del Escorial, y luego, a solas, poder leerla y consultarla con la mayor comodidad. Una de las primeras obras españolas que Huntington hizo reproducir fue el *Diccionario* de Covarrubias. Tuvo Pérez de Ayala uno de aquellos artefactos, pero mirar por él le fatigaba tanto que abandonó el sistema de lectura. Sin embargo, el famoso estereoscopio le dio ocasión de conocer al comodoro Dewey.

En cuanto a la guerra del 98, a pesar del entusiasmo español al declararse las hostilidades, Ayala no participaba de ese entusiasmo, porque llevado de su curiosidad ingénita, se había enterado, a grandes rasgos y a través de publicaciones extranjeras, de los recursos que poseían los Estados Unidos, y consideró desde el primer momento disparatado que España pudiese derrotar a su enemigo. Por eso en las comidas de la familia sostenía su criterio frente a su padre, el cual se obstinaba en su optimismo y nada quería saber de los datos y hechos que su hijo le comunicaba y aducía. Y la única respuesta que le daba se reducía a: "Ramón, tú no eres español." Una de las veces que se lo dijo, éste le respondió: "Pues te voy a probar que lo soy", y sin decir más se marchó para alistarse en un regimiento que estaban improvisando en Oviedo, y que en realidad en vez de regimiento habría de ser un batallón con el nombre de "Batallón de Covadonga". Dada la edad que tenía Ramón, el padre consiguió impedir que realizase lo que

Fundación Juan March

pretendía. De todos modos, la marcha de Ramón no se hubiera llevado a efecto, porque aquel batallón, llamémosle fantasma, nunca salió de Asturias, pues no llegó a formarse.

En esa guerra contra los norteamericanos Winston Churchill, hijo de norteamericano, se alistó y combatió en Cuba por España. Por esa época comenzó a figurar el primer Roosevelt, Teodoro, que pasó a la historia por su fama de hombre enérgico y de presa; y de ello debía presumir, puesto que en todas sus fotografías se exhibía mostrando deliberadamente su dentadura de carnívoro. Por entonces desempeñaba el cargo de gobernador del estado de Nueva York, y creó un batallón especial que se llamó "Rough Riders", que estuvo con sus jinetes en Cuba, ya sin tener en realidad nada que hacer allí.

Después de la derrota, muy honrosa y heroica por parte del soldado español, hubo que repatriar al ejército de tierra que allí teníamos. Aquellos combatientes volvían en un estado pésimo. Parecían esqueletos, o espectros, metidos en sus trajes de rayadillo. Y el espectáculo del retorno de aquellos hombres, a los que en España se llamó "repatriados", hirió en el alma a todos los españoles. Fue por aquellos días cuando se estrenó *Gigantes y cabezudos,* donde hay el que se hizo célebre "Coro de repatriados".

Por fin te veo,
Ebro famoso...

Terminada la guerra con los Estados Unidos se entablaron negociaciones entre los gobiernos y fijaron como lugar de ellas París. El representante de España fue Montero Ríos, que tenía reputación de político muy sutil y astuto. Llegó a París, y cuál no sería la sorpresa de los norteamericanos, que estaban en la creencia de que la guerra que se había sostenido sólo atañía a Cuba, cuando Montero Ríos dio por sentado que Puerto Rico, que nada había tenido que ver en la contienda, y Filipinas, lugar ocasional de operaciones, también se habían perdido, considerándolos conquistas de los yanquis.

* * *

Fundación Juan March

Andaba Ayala por los dieciocho o veinte años, y esa edad es propicia para los grandes enamoramientos. Tenía Ayala una novia cuya familia le veía como un marido posible, y muy a gusto de ella, y lo mismo sucedía con la familia de Ramón. Ambas familias llevaban una relación íntima y pensaban en el enlace seguro y no lejano. Al joven su novia le parecía angelical, y en realidad lo era. Muy bonita, muy fina de tipo, muy dulce y, sobre todo, con unos ojos extraordinarios entre azules y violetas. Se llamaba Juanita y su ideal en lo referente a la vida se circunscribía en todos los aspectos a lo burgués. Esperaba que, una vez celebrado el matrimonio en Oviedo, allí se instalaría y vegetaría hasta el final de sus días. Pero los escarceos literarios de Ramón iban tomando aceleradamente mayor incremento y se afirmaba en él con fuerza irrefrenable su vocación de escritor, vocación que ella no comprendía. Pensaba que para vivir sobraban las inquietudes y preocupaciones, abrigados por la fortuna, pues pertenecía a una acaudalada familia. En una ocasión dijo a su novio con su habitual e imperturbable dulzura: "Ya se te pasará esa chifladura de ser literato." A Ramón, que soñaba con que ella compartiera sus ilusiones de escritor, sus afanes y sueños, al oírla se le cayó el alma a los pies, y esto fue la causa de que las relaciones se enfriasen hasta que sobrevino la ruptura.

Juanita, una niña entonces, no abandonó las ilusiones suyas respecto a Ramón, y continuó siendo para su novio de una constante fidelidad, al extremo de que cuando Ramón Pérez de Ayala tuvo su primer hijo y le puso Juan de nombre repetía a sus amistades que lo había hecho así pensando en ella.

Fundación Juan March

X

1902, MADRID. VALLE-INCLAN Y OTROS. ORTEGA Y GASSET

El año 1902, en que se coronó al rey Alfonso XIII, Ramón Pérez de Ayala había terminado su carrera de Leyes. Tenía grandes deseos, dadas sus relaciones epistolares con Valle-Inclán, Villaespesa y otros escritores, de ir a Madrid y conocer la Villa y Corte más extensa y detenidamente que cuando la visitara en compañía de su padre. Apenas expresado su deseo, sus progenitores le suministraron abundante dinero para que hiciera el viaje y disfrutara en la capital durante su estancia en las condiciones de mayor comodidad y holgura. Se alojó en el "Hotel Inglés" de la calle de Echegaray, que, con el "Hotel de París", de la Puerta del Sol, gozaban fama entonces de ser los más confortables y lujosos.

Nada más llegar, su primera visita fue para Valle-Inclán, quien constituía su admiración máxima. Vivía Valle-Inclán en el número 7 de la calle de Argensola, en el último piso. Cuando Ramón Pérez de Ayala acudió a verle a la media tarde lo halló acostado y escribiendo. Para escribir usaba una especie de cartapacio, que él se había ingeniado, en el cual mantenía sujetas las cuartillas por medio de chinchetas. Ese procedimiento lo empleaba porque el escritor ya estaba manco. Valle-Inclán escribía a lápiz.

Desde que entró en el cuarto en el que Valle-Inclán se hallaba se estableció una gran familiaridad entre él y Ayala, al que empezó a hablar con toda confianza, como a un amigo al que tratara personalmente desde mucho tiempo atrás. A la habitación de Valle-Inclán subían, entraban y pululaban por ella constantemente unos chiquillos bastante desarrapados y

Fundación Juan March

mocosos, de ambos sexos, que eran los hijos de los porteros del inmueble, los cuales tenían como pupilo en su vivienda al escritor y le prestaban asistencia.

Animado Ramón Pérez de Ayala por la confianza que Valle-Inclán le dispensaba, le preguntó intrigado ante tantas y tan pertinaces entradas y salidas de aquellas criaturas:

—¿Quiénes son todos estos pequeños y qué hacen aquí?

A lo que Valle-Inclán respondió con la mayor naturalidad del mundo.

—Zon —hablaba con la zeda en lugar de la ese— mi zervidumbre. Yo no puedo vivir zino rodeado de zervidumbre.

Eran, desde luego, los hijos de los porteros.

Durante el curso de la conversación también se le ocurrió a Ramón preguntarle:

—¿Y por qué razón fue usted a Méjico?

Se quedó Valle-Inclán un instante pensativo y contestó:

—Porque Méjico se escribe con equis, México.

Esta contestación que entonces dio a Ayala se ha repetido después, por escrito, innumerables veces, en alusiones y referencias a la vida de Valle-Inclán, lo que más tarde hizo que Ayala abrigase la duda de si en otras ocasiones había dado la misma respuesta, o si había contado aquella conversación.

Relató Valle-Inclán a Ramón Pérez de Ayala su llegada a Méjico desde La Habana. Estando en La Habana le quedaba muy poco dinero, lo suficiente tan sólo para pagarse el viaje de Cuba a Veracruz, más un centén de oro con el que llegó a la ciudad de Méjico. Se alojó en el mejor hotel, y por la mañana pidió los periódicos del día. En uno de ellos leyó: "Todos los gachupines —así llamaban en Méjico a los españoles— son unos canallas, desde Hernán Cortés hasta el último que ha desembarcado en Méjico." Entonces Valle-Inclán se levantó, se vistió y fue a la redacción del periódico en cuestión. Entregó su tarjeta para que la pasaran al director, que tenía el despacho en la base del edificio haciendo esquina a dos calles. La tarjeta de Valle-Inclán decía: "Ramón María del Valle-Inclán y Montenegro". El director del periódico le hizo pasar y le preguntó el motivo de su visita. Valle-Inclán le respondió.

Fundación Juan March

—Una cuestión personal. Un duelo.

El director le replicó.

—No tengo el gusto de conocerle, y no adivino a qué puede obedecer esa cuestión personal.

Valle-Inclán extrajo de su bolsillo el periódico y le mostró el párrafo insultante para los españoles.

El director adujo:

—Yo no podía adivinar que usted fuese el último que había desembarcado. De todos modos, en el número de mañana diremos que no nos referíamos a usted.

Valle-Inclán, que había tomado asiento para hablar con el director, se puso en pie en actitud agresiva y, dando un tremendo puñetazo en la mesa, le gritó al periodista:

—Pues en nombre de Hernán Cortés le desafío a usted.

Como Valle-Inclán había gritado, costumbre que tenía en estos casos con la deliberada intención de promover escándalo, se armó el alboroto consiguiente y acudieron en socorro del director varios de los redactores del periódico que expulsaron a la calle a Valle-Inclán a viva fuerza, quien, por cierto, solía decir irónicamente refiriéndose a sus actitudes belicosas: "¡Como yo tengo tanto pudor para armar broncas!"... Una vez en la calle, Valle-Inclán había de pasar ante las ventanas del despacho del director, que, como se ha dicho, correspondían a la planta baja donde se hallaba el despacho, las cuales estaban abiertas. Y añadía Valle-Inclán que, al ver de nuevo al periodista sentado tranquilamente a su mesa de trabajo, él dio un salto tan de tigre, tan de pantera, para entrar por la ventana y pegar a aquel hombre, que entonces se armó aún mayor escándalo ya en la calle, lo que dio enorme propagación al lance convirtiéndole en héroe defensor de la colonia española en la ciudad de Méjico, cuyos miembros más importantes empezaron a atenderle y darle facilidades para todo.

Entre las personas que inmediatamente trabaron relación con él se distinguieron unos asturianos muy acaudalados que se apellidaban Valdés, a uno de los cuales, llamado don Inocencio, dio Valle-Inclán la denominación que no podía menos de ser suya: "Un hidalgo asturiano, don Inocencio Valdés."

Fundación Juan March

Daba ia casualidad de que aquellos Valdés tenían amistad íntima con el padre de Ramón Pérez de Ayala, y el propio Ramón había visto algunas veces a don Inocencio en Oviedo.

Llevaba Valle-Inclán, cuando la visita de Ayala, el pelo, que lo tenía negro, en melena; larga barba, también negra, y cabalgaban su nariz unos anteojos con gruesa armadura de carey.

* * *

Durante esta estancia en Madrid conoció también en persona Ramón Pérez de Ayala a Francisco Villaespesa, hombre bueno de veras, bastante vanidoso y que vivía una vida imaginaria proyectada sobre su existencia real paupérrima. Tenía la manía de inventar y poner en marcha revistas que, a lo más, duraban tres números y mantener correspondencia con grandes escritores y poetas extranjeros de los que figuraban en el movimiento modernista. En puridad lo único que pudo comprobar Ayala de esas relaciones literarias de Villaespesa fue su comunicación asidua con Eugenio de Castro, gran poeta portugués en efecto. En seguida Villaespesa inspiró a Pérez de Ayala una simpatía en la que contaba quizá no poco de piedad. Además, entonces Villaespesa le parecía a Ayala un buen poeta, aunque inclinado al plagio y a la imitación.

Un escritor que acompañó a Ramón asiduamente por aquellos días fue Pedro González Blanco, a quien conocía Ayala desde su infancia. Participaba González Blanco en todas las tertulias literarias, en las que sus componentes solían llamarle con afecto "el Gato", porque algo había de felino en su cara, lo cual no correspondía a su carácter. De Luanco, lugar de nacimiento de la madre de Ramón Pérez de Ayala, provenía el conocimiento de éste, siendo niño, de Pedro y sus dos hermanos, mayor y menor, Edmundo y Andrés, hijos los tres del maestro de escuela del pueblo, en el que, como en todos los de Asturias y de España, a casi todos los vecinos les ponían apodo —cosa que el escritor dice en el prólogo de *El ombligo del mundo*—, y al padre de los González Blanco le apodaban "Lobo", lo que hizo suponer a Ayala que era su

Fundación Juan March

apellido verdadero. Así, en esta etapa madrileña empezó llamando "Lobo" a su amigo Pedro, quien, por supuesto, se apresuró a deshacer su error. Esta amistad, reanudada entre ambos, duró ya de por vida.

Por Pedro González Blanco, Valle-Inclán, o tal vez Villaespesa, conoció Ramón Pérez de Ayala a Jacinto Benavente y a otros escritores de ese tiempo, especialmente a los que, en mayor o menor grado, se consideraban incluidos en la escuela modernista. Benavente tenía la cara como de sátiro y la sonrisa mefistofélica. Fumaba ya grandes cigarros habanos e iba muy bien vestido. Deliberadamente componía figura de *dandy*. Llamó la atención a Ramón que Benavente llevase en el dedo índice una sortija de oro y que sobre ésta copiase a una serpiente cuya cabeza y cuya cola se unían en la parte que correspondía al dorso del dedo por un diamante. Hablaba Jacinto Benavente en tono bajo, suave y un tanto arrastrado. Cuando decía algo empleaba una frase sutil y a menudo satírica, y hasta agresiva, para la persona de la que hablase. Las frases irónicas de Jacinto Benavente, su sentido burlón e hiriente, empezaron a tener fama en Madrid y en toda España; y los dichos del dramaturgo corrían de boca en boca, y se popularizaron.

Después de pasar esta breve temporada en Madrid regresó Ramón Pérez de Ayala a Oviedo para trasladarse en el verano a Noreña donde lo pasaban sus padres. Pero, transcurridos los meses estivales, volvió a emprender el camino de la Corte con objeto de estudiar las asignaturas del doctorado de la carrera que el curso anterior terminara.

* * *

Una de las primeras personas con la que entabló amistad en esta nueva etapa madrileña, una amistad entrañable, fraternal, que habría de durar siempre, fue con José Ortega y Gasset. El tío de éste, don Rafael Gasset y Artimé, era propietario del periódico *El Imparcial* y muy aficionado a los toros. Su sobrino, por influencia suya, también tenía esa afición. Ayala, en cambio, por aquel entonces no sentía gran inclinación por "la fiesta"; más bien le parecía una diversión

Fundación Juan March

un tanto estúpida y repugnante. Don Rafael Gasset protegía a Manuel Mejías Bienvenida, e hizo eficaz presión para que debutase en Madrid como novillero. En una de las primeras novilladas sufrió una cogida en la ingle; y un día que José Ortega y Gasset y Ayala salieron a dar una vuelta, le dijo el primero: "¿Quiere usted ver a Bienvenida?" Ayala respondió que no tenía inconveniente.

Estaba Bienvenida alojado en una casa de la calle de Alcalá, entre la de Sevilla y la Puerta del Sol. Por los aficionados a los toros se leía entonces mucho un semanario titulado *Sol y Sombra,* que publicaba un buen número de fotografías llamadas "instantáneas" y que, en rigor, resultaban muy estéticas. En esas instantáneas había aparecido hacía poco una de Bienvenida toreando. Ortega y Ayala subieron a la casa de huéspedes donde se alojaba Bienvenida y pasaron a la habitación en la que éste se encontraba. Hallaron al diestro con la pierna herida apoyada en una silla. Además de la fotografía que había publicado *Sol y Sombra,* les enseñó una carta de su madre en la que le decía: "No te arrimas. Así no se gana fama ni dinero." A Ramón Pérez de Ayala le hizo recordar esa carta algo que relata Plutarco de los espartanos. Se dice en ese relato que en ocasión en que un joven iba a la batalla, empuñando la espada confió a su madre: "Esta espada es muy corta." A lo que respondió la madre: "Añádele un paso."

Ramón Pérez de Ayala empezó a ir a menudo a ver corridas de toros, aunque no sin resistirse y arrastrado por los amigos. En una de ellas toreaba "Bombita", y aquella corrida le hizo comprender que "la fiesta" tenía un gran valor estético, lo que convirtió al antes refractario en espectador y aficionado asiduo a tal punto que ya por la mañana, los días de cartel taurino, se iba con un amigo, Miguel Ródenas, a ver los toros en el apartado. Cuando acudió por primera vez se fijó en una inscripción bastante tosca y en letras colosales que había en una pared entre el corral y el pasillo por donde los toros entraban en los chiqueros. La inscripción decía: "Murió la vergüenza torera con el pobre Maoliyo Espartero el 27 de mayo de 1894."

Después del apartado se iba Ayala con su amigo a almor-

Fundación Juan March

zar en un ventorrillo de las Ventas en el que servían callos, caracoles y buen vino tinto. Ellos llevaban cigarros habanos de los más apreciados en la época, los llamados brevas de Caruncho, que costaban —precio desaforado— 1,25 pesetas. Además, guardaban otro cigarro de repuesto para fumarlo en la plaza, porque un espectador de toros sin cigarro puro parecía un ser desprovisto de la debida dignidad. El cigarro era, pues, uno de los complementos casi indispensables del ritual de "la fiesta", al extremo de que cuando el torero hacía una gran faena y daba la vuelta al ruedo, cosa entonces rarísima, le arrojaban los espectadores como premio cigarros puros. No se le tiraban flores, porque apenas si había una mujer presenciando el espectáculo. No pocos de los aficionados se presentaban a presenciar la lidia tocados con sombrero andaluz, preferentemente el sevillano, que es el de alas cortas, y también en nutrido número lucían corbatas encarnadas.

Fundación Juan March

Fundación Juan March

XI

EL ATENEO: TERTULIAS. LA BIBLIOTECA. SICALIPSIS

Gozaba el Ateneo de Madrid, cuando Ramón Pérez de Ayala estudiaba el doctorado de Leyes, de un gran predicamento, no sólo literario, sino político y social. Desde su fundación los ateneístas habían ido eligiendo para presidente a un político de primera fila. Cánovas, por ejemplo, lo fue muchos años. Al ingresar Pérez de Ayala presidía el prestigioso centro don Segismundo Moret. Don Segismundo tenía reputación muy merecida de gran orador, aunque los exigentes en la crítica le tachaban de excesivamente florido. Sin embargo, todos los oradores de la época, políticos y no políticos, lo eran en demasía. La tradición venía de Donoso Cortés, porque en el origen parlamentario español, que es el de las Cortes de Cádiz, no había oradores floridos, ni aun Argüelles, a quien apelaron "el Divino". Otra característica del tiempo inmediatamente posterior al referido de las Cortes de Cádiz y a sus políticos consistía en la austeridad económica de éstos. A don Segismundo Moret, cuando murió, le tuvieron que pagar sus amigos el entierro, porque en su casa no había un céntimo. El propio Cánovas vivió austeramente hasta que, ya entrado en años, se casó con doña Joaquina Osma, a la que en Madrid llamaban Joaquinita, hermana de don Joaquín Osma, fundador del Instituto de Valencia de Don Juan, y de la condesa de Casa Valencia, esposa de un Alcalá Galiano, primo de don Juan Valera, quien de segundo apellido llevaba el de Alcalá Galiano. Otro ejemplar de la mencionada honestidad política fue don José Sánchez Guerra, que vivía en un modesto tercer piso y, al caer en desgracia y tener que desterrarse durante

Fundación Juan March

el gobierno del general Primo de Rivera, hubo de afrontar la amarga situación sin disponer de medio alguno de vida. Don Torcuato Luca de Tena, fundador de *ABC,* comprendiendo su angustia económica, le dio colaboración en el periódico retribuyéndole con un sueldo mensual que le permitiera vivir.

Todo joven que llegaba a Madrid con afanes literarios, artísticos y aun políticos por la época en que Ramón Pérez de Ayala lo hizo, y a lo largo de bastantes años después, ingresaba en el Ateneo, donde se pagaba como socio una cuota mensual de 10 pesetas. El Ateneo poseía el edificio que continúa ocupando, amplio y bien distribuido, en la calle del Prado. En el piso principal se hallaba la sala de conferencias y de sesiones polémicas, que se celebraban mensualmente, tres o cuatro veces, conforme a las diferentes secciones directivas en que estaba dividida la junta central de la casa. Existían la sección literaria y la política, que reunían mayor número de ateneístas y atraían a un nutrido público del exterior, y otras que agrupaban diferentes ramas y disciplinas intelectuales. En las primeras se ejercitaban los aspirantes a ser el día de mañana escritores de nota, o grandes parlamentarios destinados a ocupar relevantes cargos políticos. Muchos de esos aspirantes a la celebridad política, de los cuales probablemente ninguno llegó a ver cumplidas sus aspiraciones, ofrecían la particularidad bastante curiosa de pretender a las hijas de los políticos ya establecidos y famosos, pensando de fijo que, para ascender en la carrera que se proponían seguir, la escala más fácil era la del nepotismo y no la elocuencia.

Al extremo del piso principal del Ateneo había un largo pasillo denominado "de los retratos", porque una de las paredes estaba cubierta por entero con pinturas al óleo de escritores, artistas, políticos, científicos y demás personajes sobresalientes en la historia de España del siglo XIX. Según se entraba, al extremo izquierdo, dicho pasillo daba acceso a un salón llamado "de los tapices", cuyos muros exhibían tapices simulados, obras de Mélida, quien, además, había influido notablemente en la decoración total de la casa. Y al extremo derecho frontal, según se entraba, se hallaba la celebérrima Cacharrería, sala más bien recogida.

Fundación Juan March

Al salón de tapices solía acudir una concurrencia, por lo general escasa, y se agrupaba en una tertulia. De ella formaban parte los Quintero, Luis Terán, Enrique de Mesa, Mariano Miguel del Val, Luis Gorostiaga, Práxedes Zancada (soñador de futuros cargos políticos) y José Igual. Todos estos se dedicaban preferentemente a los juegos humorísticos paródicos. Organizaron en cierta ocasión una parodia satírica de los juegos florales, que a la sazón, aunque artificialmente, disfrutaban de alguna boga en España. A la referida parodia la titularon "Huevos florales"", y lo cierto es que tenía mucha gracia. También se dedicaban los contertulios a la música, igualmente paródica y grotesca. A un vals que se tocaba mucho le pusieron letra nueva con los nombres de todos los asiduos a la reunión. La letra decía así:

Luis Gorostiaga,
Terán, Terán,
Zancada, Práxedes,
y Pepe Igual.

Y al final:

Val, Val, Val.

Que era Mariano Miguel del Val.

Así la juventud estudiosa y con inquietudes intelectuales se manifestaba, al propio tiempo, ingenua y creativa, y no estaba sofisticada.

La concurrencia a la Cacharrería era mucho más numerosa. La presidencia, o, por decirlo así, el centro de gravitación, se fijaba en la persona de don José Echegaray. Casi siempre permanecía callado y con la mirada benévola para los demás.

Absorbía la Cacharrería como una ventosa personajes muy curiosos y un tanto extravagantes, que se explayaban hablando y discutiendo sin cesar. Entre ellos había un canario llamado Dorestes, que se arrogaba la condición de filósofo y entendido en ciencias ocultas y del que Ayala comenzó a aprender hechos y textos, que se aplicaba después en comprobar. Asimismo, acudía don Tomás Maestre, catedrático de medicina legal de

Fundación Juan March

la Facultad de Madrid, e igualmente ingresó en la reunión don Mario Roso de Luna, teósofo. Por cierto que los teósofos de la Cacharrería llegaron a celebrar en ella matrimonios y bautizos teosóficos. Pero lo que a Ramón Pérez de Ayala, que observaba las cosas desde fuera, le parecía lo más extraordinario era que para todos aquellos señores, el conjunto de contertulios, constituyese el entretenimiento predilecto la solución de charadas. Por entonces todos los periódicos publicaban a diario, en su sección de pasatiempos, una charada; y en los almanaques de pared, que había en todas las casas, la hoja correspondiente al día, que se arrancaba todas las noches, llevaba al dorso, indefectiblemente, un dato histórico, un chiste y una charada. La solución de esta charada venía al dorso de la hoja del día siguiente.

Don José Echegaray poseía singular agudeza para proponer charadas, que los otros contertulios trataban de sacar, y se devanaban, para ello, durante largo rato la cabeza. A la postre acababa don José por darles la solución, que solía ser simplicísima.

Por ejemplo, una de las charadas propuestas:

En segunda de primera
van mil todos
por la acera.

Y la solución:

Tipos. *En pos,* que es la segunda, de primera, que es *ti,* van mil todos, *tipos,* por la acera.

Otra:

Todo no es todo,
pero prima es todo.

La solución:

Verbo. La palabra verbo no es verbo. Pero *ver* es un verbo.

* * *

El sanctasantórum del Ateneo lo representaba la biblioteca situada en el piso primero, a un extremo de la planta. En la sala de amplias dimensiones se alineaban, en sus estanterías,

Fundación Juan March

los libros apreciados justamente como colección muy completa. Por tres lados de la estancia corría una fila de pupitres enfrentados y pariguales con una luz de pantalla verde medianera de un pupitre a otro. Desde años atrás trabajaban allí dos bibliotecarios, que se conocían la biblioteca al dedillo y que se llamaban Maestre y Matías. Libro que se les pedía iban derechamente a buscarlo, sin equivocarse nunca. Vestían con un blusón de color garbanzo como el de los guardapolvos que en aquel tiempo usaban los automovilistas. A Maestre le ayudaba un muchacho, hijo suyo, que en seguida se hizo perito en el conocimiento de los libros. En la biblioteca, hacia el fondo, se hallaba una vitrina horizontal con las últimas novedades de obras recién adquiridas y una especie de álbum o cuaderno para que el socio solicitase la que le interesaba. El bibliotecario nombrado por la junta directiva era Bernardo G. de Candamo, hombre de letras sumamente instruido y curioso de la evolución, al día, de la literatura, y muy particularmente de la francesa, el cual se ocupaba tanto de cumplimentar las peticiones que se hacían en el referido álbum o cuaderno como de surtir de volúmenes de interés de inmediata publicación el gran fondo con que ya se contaba.

A quienes acudían a la biblioteca del Ateneo se les proporcionaban cuartillas en la medida que deseaban, aunque ello se prestase a algunos abusos por parte de socios que se llevaban a sus casas centenares de las mismas. Estos abusos eran igualmente frecuentes en los aseos de los que a diario y durante varias veces desaparecían pastillas de jabón, toallas de mano y papel higiénico. Tal instinto depredatorio es esencialmente humano desde la niñez, como explica Hobbes en el *Leviatán*. Efectivamente, bastantes años después pudo Ramón Pérez de Ayala comprobar que en algunos distinguidos clubs británicos, de los que era miembro de honor como embajador de España, se practicaban las mismas extracciones por parte de los *gentlemens* ingleses.

La biblioteca del Ateneo estaba siempre repleta de lectores. Acudían a ella personas graves, principalmente catedráticos, opositores a cátedras y licenciados de las Facultades, que preparaban tesis doctorales. Como los opositores, por lo gene-

Fundación Juan March

ral, vivían muy estrechamente en ínfimas casas de huéspedes. sin alimentarse apenas, y se pasaban de la mañana a la noche, hasta bien entrada ésta, estudiando sin parar cada cual a su modo, les ocurría que, como a Don Quijote, de tanto leer se les secaba el cerebro. Había no pocos chiflados, epilépticos y aun en las lindes de la locura. En más de una ocasión, y en el silencio de la biblioteca, le daba a uno un ataque o patatús nervioso. Estas formas de desequilibrio momentáneo revestían diversas manifestaciones muy conocidas de los psiquiatras: la ruidosa consistía en el patatús con gritos; la agresiva, con variaciones de gesto, oral y hasta de hecho, pues cierta vez una de esas víctimas del paroxismo sacó de una chimenea abierta, que había arriba, un hierro candente y empezó a perseguir a diestra y siniestra a los inofensivos socios que se hallaban allí en aquel momento. También se daba la manifestación erótica, que se traducía en dibujos obscenos en los cuartos de aseo, y, singularmente, un hecho repetido: a la entrada del Ateneo, del punto de arranque de la escalera, a un lado y otro, se alzaban sendas estatuas de escayola, de tamaño un poco mayor que el natural, reproduciendo figuras clásicas, y cabe decir que raro era el día en que las partes pudendas de esas estatuas no aparecían manchadas o pintadas con carboncillo para simular la pilaridad sexual. Y hasta sucedió que en una ocasión adhirieron a las susodichas partes un peluquín.

Entre la gente chiflada que acudía al Ateneo había un individuo cuya obsesión la constituía don Juan Valera. Todas las obras del escritor, que guardaba la biblioteca, las había él acotado; en primer lugar, corrigiendo los vocablos y todo lo referente a la gramática, y como aditamento incluía algunas contumaces injurias.

Para Ramón Pérez de Ayala supuso esto una propedéutica eficaz para el resto de su vida. Admiraba a don Juan Valera espontáneamente, y no menos por influjo de mayores y maestros. Tenía, pues, Ayala a Valera por un gran escritor y no fundamentalmente debido a sus condiciones creativas, sino más bien por su perfecto dominio del castellano. Por aquel tiempo hubiera deseado escribir con el conocimiento y señorío que

Fundación Juan March

patentizaba don Juan, y por ello aquella táctica del chiflado o maníaco le sirvió para que, en el futuro, tantas veces como algún espontáneo, más o menos mal intencionado o ignorante, le corrigiera y aun maltratara como escritor, se quedase absolutamente tranquilo recordando al obseso del Ateneo.

Ramón Pérez de Ayala iba a la biblioteca mañana y tarde, y así fue conociendo de vista o de trato a multitud de ateneístas. Uno de los asistentes era don Joaquín Costa. Sólo se servía y apilaba en su pupitre diccionarios enciclopédicos. A Ramón le causaba cierto asombro, porque pensaba que lo que pudiera aprender en una enciclopedia no alcanzaría mayor nivel que el de instrucción elemental. Sin embargo, al cabo de los años, comprendió que un buen diccionario enciclopédico es indispensable como libro y fuente de referencia.

Don Joaquín Costa tenía la figura corpulenta y majestuosa, la cabeza muy noble y un tanto erguida. Se dejaba crecer el bigote, poblado, y una gran barba. Vestía de chaqué y su porte resultaba siempre admirable. No obstante, padecía un complejo de inferioridad a causa de sus pies, demasiado pequeños y casi femeninos, al punto que podía decirse de él: "un coloso con la base deficiente". No es difícil suponer que a este complejo se debiese la energía, a veces destemplada, con que se producía oratoriamente. Que la pequeñez de sus pies le mortificaba lo demuestra un hecho del que fue testigo Ramón Pérez de Ayala. Solía éste sentarse a ratos en unos divanes colocados a lo largo del rellano de la escalera que subía del piso principal a la biblioteca. En ellos hacía un paréntesis en su trabajo, que aprovechaba para hablar con algún amigo. En esa ocasión estaba sentado en compañía de varios ateneístas, uno José Ortega y Gasset y también Mariano de Alarcón. Y los tres miraron a don Joaquín Costa que se hallaba próximo. Todos sentían una gran admiración por él, por lo que sus miradas traslucían el mayor respeto. Pero Mariano de Alarcón, acaso como levantino, se producía espontáneamente más expresivo y fijó en Costa su mirada con mayor insistencia, deteniéndose en su contemplación de pies a cabeza. A don Joaquín se le antojó que lo hacía con burla y en particular a sus pies y, no pudiendo contenerse, se fue a él y le armó una

Fundación Juan March

estruendosa bronca, al extremo de que tuvieron que intervenir los amigos para poner las cosas en claro y disuadirle de la malicia de Mariano de Alarcón, que estaba verdaderamente acongojado.

También por aquel año de 1903 era asiduo a la biblioteca del Ateneo Pío Baroja, el cual solía sentarse en el pupitre de la izquierda del de Ramón Pérez de Ayala. Afectaba y declaraba, con un tanto de vanidad infantil, que no sabía gramática y la despreciaba. En su pupitre, más que leer, pergeñaba artículos y capítulos enteros de sus libros.

* * *

Lo que se llamaba sicalipsis empezó a ponerse en boga por esos días en que Ayala frecuentaba el Ateneo y vivía en Madrid sin preocupaciones, a sus anchas. La palabra, que hallaría resistencia en ser aceptada por el diccionario, la adoptaron inmediatamente las gentes. Por sicalipsis se entendía lo obsceno revestido de más o menos ingenio. Creía Ramón Pérez de Ayala que se había inventado en Barcelona, que se adelantó e implantó el género sicalíptico antes que el resto de España. Los barceloneses, dicho sea en honor suyo, son bastante sensuales en todos y para todos los sentidos. Son mediterráneos del golfo de Lyon, en cuyas márgenes hay dos ciudades importantes que asumen la antedicha característica: Marsella y Barcelona. En Barcelona se publicaba una revista titulada *La Saeta,* que insertaba muchas fotografías de mujeres desnudas. Se advertía por lo general que eran criaturas sin belleza alguna, muy ordinarias, seguramente pupilas de algún prostíbulo. El género sicalíptico, que diera principio y cobraba auge en Barcelona, se inició con "La bella Chiquita", que bailaba en ciertos teatros secundarios la danza del vientre, traída desde París, donde hacía furor en el "Folies Bergère", y se bailaba en una sesión reservada e intermedia de las dos revistas que se representaban en el teatro. Solían bailar la danza del vientre mujeres argelinas. "La bella Chiquita" provocó cierto escándalo entre las personas pudibundas y contribuyó a que, como reacción, se fundase una asociación, "Los padres de familia",

Fundación Juan March

que temían la corrupción de sus vástagos. El primer paso que dieron los referidos "padres" fue solicitar de las autoridades locales la prohibición de las exhibiciones de "La bella Chiquita". Un periódico humorístico y satírico catalán —los catalanes tienen muy agudizados esos sentidos— comentó: "¿Por qué se prohíbe bailar a 'La bella Chiquita'? ¿Porque mueve el vientre? ¡Pues debían prohibir todas las purgas!"

La introductora del género sicalíptico en Madrid desde el escenario del "Teatro Romea", que llegó a ser la capilla sixtina de la sicalipsis, fue una francesa llamada Augusta Berger, mujer nada bonita, pero dotada de indiscutible gracia personal y de ingenio repentino. Por lo pronto, mostró, con pasmo de los espectadores, trucos de baile desconocidos en España y que, sin embargo, eran habituales en Francia en las chicas que deseaban ejercitar la danza, desde el ballet clásico de la Opera hasta los círculos bailantes más ínfimos. La base del ballet clásico francés consiste en el descoyuntamiento de las extremidades abdominales. Al final de muchas danzas la mujer se despatarra en el suelo, una pierna delante y otra atrás en línea recta y tocando la tierra con el periné. Otra figura, o la misma, pero ejecutada verticalmente, se realizaba —y perdura— formando un ángulo recto con una pierna alzada y la que sirve de sustento al cuerpo. Augusta Berger componía esa figura admirablemente: alzaba con el brazo derecho una pandereta bastante arriba de la cabeza, luego lanzaba la pierna derecha y con la punta del pie rompía el parche de la pandereta. A los isidros de Madrid, pues todos eran isidros entonces respecto al extranjero, esto les producía gran estupefacción y entusiasmo. Trajo, igualmente, Augusta el cuplé de "La pulga", que cantaba en camisa con mucha insinuación y malicia y en un castellano gangoso que hacía las palabras más picantes. El cuplé lo adoptaron en seguida un sinfín de cupletistas, incluso Raquel Meyer. El caso es que la "Asociación de padres de familia" de Barcelona fue imitada en la Villa y Corte y consiguió que en el "Teatro Romea" hubiese siempre un comisario de policía para contener, o prohibir en el acto, los excesos provocativos de las artistas. El comisario solía colocarse al extremo posterior del pasillo central, entre

Fundación Juan March

las dos bandas de butacas. Como es lógico y humano le interesaba tanto como a los demás espectadores lo que ocurría en el escenario, aunque, por obligación, tenía que poner coto a las demasías. Una noche en que Augusta Berger se puso a cantar "la pulga", el comisario, desde el fondo del teatro, la atajó diciendo sonoramente:

—Señorita, "la pulga" está prohibida.

A lo que ella respondió de manera fulminante:

—No importa, cantaré "la chinche".

Y empezó a cantar:

—"Tengo una chinche dentro de la camisa..."

A la que antes se llamaba danza del vientre, o sea, el movimiento rotatorio y más o menos convulsivo entre la cintura y los fémures, el pueblo madrileño, con esa facilidad que muestra para el neologismo, la denominó "el molinillo". Así, cuando el molinillo de una de las actuantes funcionaba con exceso de vehemencia el pobre comisario tenía la obligación de interrumpir; pero ocurría que, a veces, se entusiasmaba él tanto como el público. En cierta ocasión, arrebatado por su entusiasmo, en lugar de poner el veto gritó: "¡Duro con el molinillo!"

Durante ese primer año del asiento de Ramón Pérez de Ayala en Madrid actuaba como estrella más brillante del "Teatro Romea" Consuelito Bello, "La Fornarina". Pasaba por ser una belleza, aunque fuese más bien una chica bonita, graciosa, inteligente, con especial atractivo. Ayala, por ese fenómeno de las simpatías recíprocas, se hizo muy amigo de ella, con una amistad en el estricto sentido de la palabra. Tenía "La Fornarina", como era entonces obligado por esas chicas, su chulo, un periodista, José Juan Cadenas, quien, como todos los profesionales de la chulería, formaba con su pareja una especie de comunidad utilitaria. El la ayudaba en la propaganda y al propio tiempo se aprovechaba de los amores rentables y marginales de Consuelito. La artista, aparte ese contubernio y de los módicos ingresos que percibía en el teatro, se lucraba con amores mercenarios en su propia casa. El estipendio lo fijaba en 100 pesetas por noche, cantidad respetabilísima en aquellos tiempos.

Fundación Juan March

Había en el "Teatro Romea" una especie de saloncillo en una estancia lateral, y allí solían reunirse los artistas y algunos de los espectadores que llevaban trato con la empresa y acudían asiduamente al local. Una de las muchachas que bailaron a la sazón en "Romea", una chiquilla aún, se llamaba Antonia Mercé, que más tarde había de ser universalmente célebre como "La Argentina". Entraba en ocasiones en el saloncillo acompañada de su madre. Chocaba por lo modestita, tanto en sus modales como en el vestir. Siempre usaba medias de algodón. Antonia Mercé, aun cuando la aplaudían, no llamaba la atención, ni se fijaba personalmente nadie en ella, ni nadie podía presumir en su persona el talento y el temperamento de una bailarina excepcional, única. Sin embargo, Ramón Pérez de Ayala se dio cuenta en seguida de que en aquella muchacha como esfumada se hallaba el brote de un arte egregio e inigualable, lo cual no se cansaba de repetirlo a sus amigos y a las chicas que les acompañaban. Y, asimismo, trabó con Antonia Mercé una firme amistad que se mantuvo hasta que la ya mundialmente aplaudida artista murió.

Otra bailarina luego famosa de las que por aquellos días debutaron en "Romea" fue Pastora Rojas, "la Imperio", Pastora Imperio. Era muy jovencita, flaca y algo andrógina. Bailaba vestida de hombre con cierta especie de epilepsia, quizá sincera por autosugestión como sucede con los derviches danzantes y con todos los gitanos, por supuesto. Emilio Bobadilla, escritor satírico cubano que firmaba con el seudónimo de "Fray Candil" y que solía vivir en Madrid a temporadas, de paso, escribió en un periódico madrileño una crónica después de haber ido una noche a "Romea" en la que mencionaba a Pastora Imperio diciendo que era más fea que "Lagartijo". Al punto escribió Ramón Pérez de Ayala otra crónica, quizá la primera suya que apareció en la capital, que se titulaba *Cerca de Pastora Imperio.* El trabajo vio la luz en una revista semanal, *España,* que en nada se parecía a la *España* que luego habría de fundar con José Ortega y Gasset y otros escritores. En esa crónica, hoy olvidada, rectificaba a "Fray Candil", primero, porque, aunque cuando nunca había visto Ayala a "Lagartijo", era opinión unánime que había sido un ejemplar de hermosura

Fundación Juan March

y arrogancia varoniles, y, segundo, porque Pastora Imperio no era fea en absoluto, sino que poseía una belleza original. Tenía ojos verdes de ofidio, las facciones regulares y bien dibujadas y, en conjunto, una cabeza bellísima y sobre todo el busto, comenzando por el cuello y con el aditamento de los brazos perfectamente en su punto. Estos, ni gruesos ni flacos, formaban parte esencial de lo que bailaba, moviéndolos como los mueven las bayaderas orientales. No obstante pasar Pastora Imperio por gran bailarina, no lo era de cintura para abajo, como deben serlo todas las bailarinas verdaderamente grandes. Tantas veces como tenía que hacer un giro rápido perdía el equilibrio. En las danzas españolas y acompañada por su hermano en la guitarra bailaba baile flamenco luciendo falda de faralaes y larga cola arrastrada, que se llamaba pico de pato. En esas danzas es de ritual que la bailarina ejecute a veces un giro rápido con el cual le queda la cola por delante y ella la vuelve a su sitio con una patadita con el talón. Esto lo hacía Pastora con mucha gracia, aunque la atención del espectador se centrase en sus movimientos de cintura para arriba. Poco después Pastora Imperio empezó a exhibirse con traje de andaluza, generalmente llamativo y no de muy buen gusto, y con mantón de manila que al salir al escenario manejaba con mucho garbo haciendo mil fantasías y revoloteos a la manera de las suertes del toreo: faroles, verónicas, navarras, etcétera.

La sicalipsis no se reducía, sin embargo, a la exhibición de cupletistas y bailarinas más o menos en rudimento. También se escribían y estrenaban piececillas breves que llevaban siempre por título un retruécano prosódico alusivo a la vida libertina. Una de esas piececillas se titulaba "El yate Juddith", otra "Las más monas", y, para ponerlo más claro aún, otra "Las trompeteras", que es como se denominaba en el tiempo a las del oficio vil que ejercían algunas mujeres desgraciadas. Todas estas chabacanerías las hallaban muy ingeniosas los asistentes a esa clase de espectáculos y celebraban por lo grande aquellas zafias ocurrencias, que, naturalmente, repugnaban a Ramón Pérez de Ayala.

Fundación Juan March

XII

LA INSTITUCION LIBRE. PERSONAJES. UNA REVISTA

Había traído a Madrid Ramón Pérez de Ayala recomendaciones muy especiales para la Institución Libre de Enseñanza, ya que los profesores más eminentes y notorios de la Universidad de Oviedo estaban formados en ese centro. Así que no dejó pasar mucho tiempo hasta dirigirse a la casa del Paseo de Martínez Campos donde la Institución tenía su sede. Resultaba característico el inmueble por sus condiciones y aspecto nada comunes. Tenía una aire de austeridad a tal punto que, apurando las cosas, podía producir la impresión de una casa religiosa. Sin embargo, dentro de la austeridad, se advertía en todos los detalles un gusto exquisito. En la Institución vivían don Francisco Giner de los Ríos; don Manuel Bartolomé Cossío, casado, con dos hijos, y el señor Rubio, casado igualmente y también con dos hijos.

Cossío gozaba, además de sólido y bien ganado renombre como crítico e historiador de arte por su libro sobre El Greco, que no ha sido superado, justificada fama y no menor autoridad como especializado en pedagogía. Por entonces, o poco antes, debido sin duda al influjo que la Institución ejercía con un poder de sugestión e iniciativa en los políticos, se había creado el Museo Pedagógico, del que era director Cossío.

Don Francisco Giner de los Ríos y las dos familias de Cossío y Rubio vivían en una intimidad casi de parentesto consanguíneo, desde luego, en cuanto al espíritu unánime que se respiraba en toda la casa. Don Francisco era un viejecito más bien menudo, flaco y frágil, con una cabeza, por lo grande, algo desproporcionada con relación al cuerpo. De un

Fundación Juan March

lado, se asemejaba de un modo evidente a la de Sócrates y, del otro, a la de San Francisco de Asís. En lo que respecta al parecido con Sócrates, su espíritu tenía gran similitud con el del filósofo griego. Además, en la cátedra de filosofía del derecho de la Universidad Central correspondiente al doctorado, que él explicaba y regía, su método de enseñanza era exactamente el socrático, o sea, el diálogo inquisitivo. Cuando Ramón Pérez de Ayala asistió por primera vez a esa cátedra, don Francisco Giner, como tenía por costumbre, no ocupó el estrado de profesor, sino que se sentó en una silla al pie del mismo y lo más cerca de los alumnos que empezaban el curso. Lo primero que dijo fue: "Señores, en esta clase no se pasa lista ni se tiene en cuenta a quienes asisten ni a quienes no. Y, por supuesto, al final del curso todos ustedes serán aprobados. De manera que yo aconsejo que vengan aquí solamente aquellos a los que interese lo que se hable." No tardó mucho en quedarse reducida la clase a un número muy escaso de asistentes, únicamente a los que sentían verdadero interés por ella. Pero, en cambio, siempre acudían algunas personas mayores, por lo general catedráticos de Universidad, que iban a escuchar y aprender.

Don Francisco Giner estaba al día de toda la ciencia jurídica del extranjero, sobre todo la alemana; pero conocía a fondo, asimismo, la inglesa, la italiana y la francesa. Como San Francisco, se había desposado voluntariamente don Francisco Giner con la pobreza. Vestía con decoro, con gran sencillez y siempre con escrupuloso cuidado y aseo de su persona. Era un hombre eminentemente caritativo. Cuando, a principio de mes, cobraba su paga en la Universidad, al llegar a la Institución no tenía ya un céntimo porque la había repartido por entero en dádivas y limosnas, y ello hizo que las personas íntimas que le rodeaban y se consideraban sus familiares determinasen, mediante un poder delegado, ir a cobrarle el sueldo.

A don Francisco le parecía que la ropa que vestía estaba siempre en buen uso, así que para obligarle a que se hiciese un traje o un gabán precisaba librar con él una verdadera batalla o encargarle esas prendas a espaldas suyas, cosa que

Fundación Juan March

hacía doña Carmen Cartón, esposa de don Manuel Bartolomé Cossío.

La humildad y la sencillez de don Francisco Giner se evidenciaban absolutamente franciscanas, como si él fuese una nueva encarnación de San Francisco. Todos los que le rodeaban, y en ellos sus numerosos discípulos de la Institución, le reverenciaban como a un santo. Pero Ramón Pérez de Ayala jamás advirtió que diese señal alguna de percibir esa adoración.

Fue don Francisco Giner quien inició en Madrid el amor al campo e impulsó, en principio rudimentariamente, las excursiones a las proximidades de la capital por la sierra de Guadarrama. Le gustaba andar, y para los días de excursión se llevaba un pedazo de pan y otro de queso. Al volver de una de esas salidas campestres tenía que hablar algo con uno de sus discípulos que más le respetaba, don Francisco Acebal, quien editaba una revista, la única literaria a la sazón en España, que se titulaba *La Lectura,* y que, además, creó la Biblioteca de Autores Castellanos, colección de consulta que sigue siendo actual y que, por falta de elementos, no se podría hoy hacer. Don Francisco Acebal, asturiano, disfrutaba de buena posición. Vivía en una casa espléndida rodeado de objetos y obras de arte, entre otras de un Goya magnífico. Su esposa sentía gran afición por la música y tocaba el piano con exquisita sensibilidad y dominio de la ejecución. Los domingos por la tarde solían celebrar reuniones con personas de análogos gustos y cultura. Ello es que aquel domingo en cuestión, por la tarde, de vuelta de la sierra, llegó don Francisco Giner al portal del domicilio de Acebal. El portero le dijo al ver su facha, debido quizá a que por entonces se colaba mucha gente en las casas para dar sablazos, que el señor Acebal no recibía; y como don Francisco insistiese en que tenía que hablar con él, le indicó desabridamente que subiese por la escalera de servicio que daba a la cocina del piso. Don Francisco Giner subió con toda naturalidad por esa escalera. Llamó a la puerta de la cocina y a una de las domésticas que salió a abrirle le expresó que deseaba ver al señor Acebal. Y la muchacha que, como el portero, sospecharía que se trataba de un sablista, le respondió:

Fundación Juan March

—No creo que le pueda usted ver. De todos modos se lo diré al señor. Mientras, tome asiento, si gusta, aquí, en la cocina.

Don Francisco Giner tomó allí asiento armado de paciencia.

Y ocurrió que, como era día de reunión y en las habitaciones principales donde se hallaba la concurrencia se servían refrescos, té, pastas y otras delicadezas reposteriles, una de las hijas de Acebal, a fin de buscar algo o de activar el servicio, entró en la cocina y en ella encontró a don Francisco, menudito, encogido y sentado en un rincón. Al verle, la pobre chica dio un grito, exclamando: "¡Don Francisco!"

Al saberse en las habitaciones donde la reunión se celebraba que don Francisco Giner estaba en la cocina de la casa se produjo general consternación. Fueron los dueños a buscarle deshaciéndose en mil excusas, en tanto que don Francisco lo tomaba de la manera más natural, como si la cosa no fuese con él, disculpando al portero y a la criada, y repitiendo que no acertaba a comprender por qué le habrían de tratar de otro modo que a cualquier persona que no conocían.

Nunca se podrá encarecer bastante la influencia que ejerció la Institución Libre de Enseñanza entonces y desde entonces. Todas o casi todas las personas o personajes descollantes y de valor auténtico pasaban por ella e iban a visitar a don Francisco. Y, a partir de aquellos días, no hubo obra u hombre importante cuya eficacia no procediera del impulso original de la Institución. Entre los más íntimos y asiduos en frecuentarla se contaban Ramón y Cajal, Sorolla, el doctor Simarro...; y de los políticos: don Segismundo Moret, al que Ayala conoció en el Ateneo, que presidía, y del cual, aunque socio novato, era ya Ramón secretario de la sección de literatura.

Don Segismundo Moret ostentaba y desempeñaba la jefatura del partido liberal. Como orador se le consideraba uno de los primeros junto a Vázquez de Mella, el número uno en cuanto a renombre, Canalejas y Maura. Se sobrentiende, al hablar de oradores y teniendo en cuenta la época, que se trataba de oradores parlamentarios. A don Segismundo le oyó decir Ramón Pérez de Ayala, y no una sola vez: "La persona

Fundación Juan March

de cuyos consejos me fío más es don Francisco Giner, porque tantas veces como he ido a consultarle en un trance difícil lo que me ha dicho siempre ha sido desinteresado y objetivo, dejando al margen sus ideas personales."

Don Segismundo Moret era uno de tantos políticos del tiempo de austeridad inmaculada. A pesar de su posición y de su bufete cargado de asuntos no hizo ninguna fortuna y, como se recordará, cuando murió tuvieron que sufragar su entierro los amigos. La mala fama de lucrarse, aprovechándose del cargo político, pesaba sobre tres o cuatro personajes más o menos sobresalientes y algunos militares que habían ocupado el puesto de capitán general en ultramar: el viejo Primo de Rivera, Polavieja y Weyler. Que esos nombres eran así traídos y llevados lo demuestra, entre otras cosas, una caricatura publicada en la primera plana de un periódico político que se titulaba *Gedeón*. En ella estaban representados alrededor de una mesa, jugando al tresillo, los tres magnates castrenses citados. El pie repetía las frases de rigor en el juego. Uno de ellos decía: "Paso". El otro también decía: "Paso". Y el tercero: "Yo voy al robo".

Pero, en conciencia, hay que señalar que las fortunas que esos señores trajeron de ultramar eran bastante hipotéticas, y en la actualidad parecerían irrisorias.

* * *

La revista *Helios* ve la luz en 1903. La fundan varios amigos, los cuales firman la presentación que lleva por título "Génesis". El número 1.º corresponde al mes de abril, y el pie de imprenta reza: "Ambrosio Pérez y Compañía, impresores. Madrid, calle de Pizarro, número 16". Los firmantes fundadores son Pedro González Blanco, Juan R. Jiménez (Juan Ramón, por supuesto, que entonces intercalaba la inicial), G. Martínez Sierra, Carlos Navarro Lamarca y Ramón Pérez de Ayala. Navarro Lamarca, madrileño, había vivido mucho tiempo en la Argentina ejerciendo allí de profesor de historia. Los gastos los sufragaban a prorrateo con una contribución mensual sumamente módica. El escultor Querol también contri-

Fundación Juan March

buyó económicamente, aunque no figuró en letras de molde como fundador. Llevaba, sin confesarlo desde luego, sus miras en el sentido de la propia propaganda. A poco de aparecer la revista se inauguró el frontón del edificio del Palacio de Bibliotecas y Museos, obra suya, y acerca de la cual Ramón Pérez de Ayala escribió algún artículo. La inauguración fue oficial y muy solemne y a ella acudieron los amigos del escultor. Entre los invitados, y de fijo representando a algún periódico, se hallaba "Azorín". En esa ocasión Ayala le conoció personalmente, lo que le satisfizo sobremanera, ya que sentía gran admiración por él, debida principalmente a su novela *La voluntad*. Desde aquel instante la amistad entre Ramón Pérez de Ayala y "Azorín" se estrechó y se hizo cada vez más íntima y fraternal, manteniéndose inquebrantable.

Ramón Pérez de Ayala solía ir varias noches por semana a la casa-estudio de Querol, donde éste recibía a una pequeña tertulia. Los tres escultores a la sazón más famosos de España eran Querol, Benlliure y Miguel Blay, que vivía en Barcelona. La competencia entre Querol y Benlliure se traducía en acritudes por ambas partes. Se disputaban, poniendo en juego las influencias y amistades respectivas, la elección para erigir monumentos oficiales, tanto en el territorio español como en las Repúblicas hispanoamericanas. Además, existía entre ellos una diferencia o contraste de conceptos de la escultura que indudablemente les separaba. Querol tendía a lo clásico, o sea, a lo permanente de las formas desde Grecia hasta nuestros días; Benlliure, influido por la moda italiana, cultivaba el impresionismo, término calcado de la pintura. Trataba, en consecuencia, de ofrecer en cada una de sus esculturas una impresión como fugaz y casi pictórica, lo cual le dio renombre. Uno de sus primeros triunfos, o tal vez el primero, lo debió a *El monaguillo,* que representaba a uno de esos chicos que, dándole al incensario, se quemaba los dedos y se los llevaba a la boca para aliviar la sensación soplándolos. El monaguillo se mostraba en su gesto correspondiente y con los aspavientos de brazos y piernas idóneos a la circunstancia. La escultura resultaba sumamente movida, dinámica, a lo que contribuía

Fundación Juan March

el procedimiento mediante pequeños toques de pulgar y pellizcos en el barro.

Tanto Benlliure como Querol se buscaban afanosamente amigos y valedores en la prensa que hablasen de ellos, pues entonces, aun cuando a la prensa se la llamase el "cuarto poder", constituía en realidad el "primer poder", al extremo que podía derribar gobiernos a su antojo con un artículo editorial, y creaba genios y encumbraba personajes. Por las mañanas, sin dejar una, Benlliure y Querol repasaban los periódicos. Si no hablaban de ellos se llevaban un gran disgusto, y si hablaban del otro, del competidor, sufrían un verdadero berrinche.

La tertulia de Querol solía durar habitualmente hasta muy avanzada la noche, y a menudo se disolvía con las luces del amanecer. Obsequiaba el escultor en su casa a los amigos con café, coñac de buena marca francesa y cigarros habanos. Ramón Pérez de Ayala no fumaba, pero Querol, como los demás contertulios, le insistía para que lo hiciese. Por fin una noche se decidió. La vitola con la que Ayala celebró su primeras nupcias con el tabaco se conocía como "Crema". Y sus cigarros se distinguían por suaves y aromáticos. A partir de aquel momento, y ya durante toda su vida, Ramón Pérez de Ayala guardó fidelidad al tabaco y no fumó otra cosa que cigarros habanos.

Entre los contertulios de Querol figuraba el marqués de Aliaga, hijo del duque de Hijar, que fue suegro del duque de Alba. El marqués de Aliaga tenía, asimismo, mucha amistad con don Benito Pérez Galdós, y quizá fue él quien le proporcionó muchos datos íntimos de palacio para su cuarta serie de los *Episodios nacionales*. El marqués de Aliaga se expansionaba en aquella tertulia de Querol con toda llaneza y sinceridad. Gentilhombre de Cámara de la reina Cristina, iba a acompañarla tales o cuales días de la semana a la cena hasta que la señora se retiraba a sus habitaciones. A la reina madre le gustaba jugar al tute, y Aliaga refería que no podía dominar su tacañería y organizaba a veces grandes disputas por una perra gorda. Esa especie de espíritu económico que anidaba en ella lo conocía la gente y, sobre todo, los madrileños. A los

Fundación Juan March

proveedores de palacio les costaba infinito cobrar las cuentas. Les hacían ir y venir con el "vuelva usted mañana" de Larra, y así se pasaba un tiempo indeterminado nada corto. Los Baroja, que entonces regentaban la panadería de su tía Juana Nessi, proveían de pan a palacio, y Ricardo coincidía en contar lo mismo que el marqués de Aliaga respecto al cobro de lo que el negocio de la tía suministraba.

La reina Cristina, mientras fue regente, disfrutaba de una lista civil bastante pingüe de la cual ahorraba casi todo y encomendaba la administración a su hermano el archiduque de Austria. Desdichadamente, en la primera guerra europea lo perdió todo.

Otra de las personas a las que solía ver Ramón Pérez de Ayala con gran frecuencia era Valle-Inclán, que ya estaba casado y cuyo trato resultaba a Ayala delicioso. Valle-Inclán había contraído matrimonio con la actriz Josefina Blanco, sumamente notable en los papeles de ingenua que le confiaban. Trabajaba en la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, y estrenó en aquellos días un papel de niño en la obra de Eduardo Marquina *En Flandes se ha puesto el sol.* Valle-Inclán, que tenía un gran instinto y un depurado concepto teatral, la aleccionaba para una escena muy importante de la pieza: la del aprendizaje de un chico a esgrimir.

También solía acudir, aunque sin gran asiduidad, Ramón Pérez de Ayala a las reuniones en casa de un cónsul llamado José Cubas. Se celebraba por lo general la tertulia después de la hora de la cena y a veces acompañaba a Ayala José Ortega y Gasset. Allí encontraban indefectiblemente a Navarro Ledesma, gran escritor que se malogró por muerte prematura. Tanto Navarro Ledesma como José Cubas sentían admiración idolátrica por Ganivet, que hacía poco se había suicidado en Helsinki, donde se hallaba destinado como cónsul. Los tres habían sido compañeros de Universidad y amigos íntimos, y Navarro Ledesma y Cubas relataban a Ayala y Ortega y Gasset un sinnúmero de hechos auténticos y realmente extraordinarios del autor de *El Idearium* y *Pío Cid.*

* * *

Fundación Juan March

Por ese año publicó Ramón Pérez de Ayala su primer artículo en *Los Lunes de El Imparcial.* Los buenos oficios de José Ortega y Gasset le introdujeron en el periódico. El fundador de *El Imparcial* y propietario había sido un Gasset y Artimé, con una de cuyas hijas se casó don José Ortega y Munilla, novelista y cronista brillante y florido por quien su hijo, José Ortega y Gasset, sentía gran afecto filial y profunda estimación literaria.

El Imparcial publicaba semanalmente sus "Lunes", que consistían en una hoja especial consagrada a la literatura, titulada *Los Lunes de El Imparcial.* La idea de publicar la página como de ponerle ese título se le debieron ocurrir a don José Ortega y Munilla pensando en Sainte-Beuve, que publicara en París unos folletones titulados *Les Causeries du Lundi.* A Sainte-Beuve se le consideraba la primera autoridad en crítica literaria, no sólo de Francia, sino de gran parte de Europa.

Los Lunes, que así es como todo el mundo conocía aquella hoja de *El Imparcial,* representaban, por decirlo de esta manera, el semáforo de la vida literaria española. Colaboraban en ellos don Juan Valera, don Marcelino Menéndez y Pelayo, "Clarín", y otros escritores prestigiosos. Don José Ortega y Munilla, buen catador de literatura, sabía apreciar los valores nuevos, puesto que tan pronto como empezaron a escribir Valle-Inclán y Pío Baroja les publicó artículos. José Ortega y Gasset llevó un artículo de Ramón Pérez de Ayala a su padre y éste lo hizo insertar en seguida. Por esas fechas se había fundado un periódico diario de la noche con el título *El Gráfico,* que dirigía Julio Burell, quien ya ocupaba puestos relevantes en la política y gozaba de gran renombre como periodista. Ese renombre lo había alcanzado con un solo artículo, *Cristo en Fornos,* que apareció en *El Liberal* y que armó un gran revuelo. En esa época se podía atracar a la fama con un solo escrito. Ramón Pérez de Ayala recibió, a través de *El Imparcial,* una carta de don Julio Burell en la que le daba cita en su despacho de director de *El Gráfico.* Acudió Ayala. Enseñó al ordenanza la carta y éste le hizo pasar al despacho de Burell, quien al verle le dijo: "Siéntese usted", lo que el visitante efectuó discretamente en una sillita que

Fundación Juan March

había en un rincón. A continuación Burell se dirigió al ordenanza diciéndole: "Ahora que pase el señor Pérez de Ayala." Al escucharle Ayala se puso en pie y le indicó, no sin cierto embarazo: "El señor Pérez de Ayala soy yo." Manifestó Burell un gran asombro que vino a aumentar los "tacos" que él, como tantos y tantos españoles de entonces, sin distinción de clases sociales, tenía por costumbre de entreverar en la conversación: "C... P... C..., me había imaginado por su artículo (lo primero que había leído suyo) que era usted un hombre de cuarenta años." En suma, para lo que le había llamado el flamante director de *El Gráfico* era para encargarle que escribiera dos crónicas a la semana retribuidas (en la época magníficamente) con 50 pesetas cada una.

Muchos años después consideraba Ramón Pérez de Ayala ese momento suyo de los veintidós a veintitrés años, poco más poco menos, como el vértice de su vida. Y a partir de aquel instante estimaba los demás como líneas que, arrancando del vértice, van en distintas direcciones.

* * *

No fue el teatro serio ajeno a Ramón Pérez de Ayala en esos tiempos en los que enriquecía sus relaciones literarias y artísticas en Madrid. Hizo amistad con María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza y Eduardo Marquina, quien iba adquiriendo creciente fama de autor dramático en verso. Este se había ya revelado como gran poeta con un primer libro titulado *Vendimión*. Pero, además, le distinguía su inagotable bondad. Catón el Viejo dice definiendo al orador: "Vir bonus dicendi peritus." O sea, que lo que estima, de preferencia, es ser bueno. Ayala abundaba en la misma opinión. Estaba persuadido de que para todas las actividades humanas, tanto prácticas, como intelectuales y artísticas, y, por lo tanto, las literarias, era ésa la condición básica, el terreno de cultivo del cual nace toda vegetación sana.

Con Fernando Díaz de Mendoza simpatizó de una manera fulminante, dándose cuenta de que la simpatía era mutua, pese a ser Ayala un joven de veintidós o veintitrés años y el artista

Fundación Juan March

de la escena un actor consagrado. Siempre le invitaba a los ensayos generales de la obra que iba a estrenar a la noche siguiente. Le hacía sentarse en una de las butacas de las primeras filas, a su lado, y durante el ensayo le pedía su opinión, que el joven escritor le daba tímidamente, porque consideraba que no poseía autoridad y preparación suficientes en materia teatral.

Para Ayala encarnaba Díaz de Mendoza al gran actor, puesto que concebía, caracterizaba y definía plásticamente al personaje que había de representar. Le ocurría, sin embargo, que carecía de facultades físicas, salvo la figura, por naturaleza señorial y elegante. Su voz resultaba más bien opaca, casi sin timbre y sin matices, y no oía con la perfección necesaria, lo cual le esclavizaba en escena a estar demasiado pendiente de las palabras de los demás actores y actrices para intervenir a punto y contestar a tono. Pero, por otra parte, a todas las figuras dramáticas que creó supo darles el tipo correspondiente y único, que los actores que le sucedieron en el tiempo imitaron.

María Guerrero, en cambio, disfrutaba de unas facultades extraordinarias, entre ellas una voz de timbre que variaba en todo el diapasón, desde el grito, que es lo más difícil de lograr en escena, hasta la voz confidencial y tierna que, en ocasiones, deriva en un sonido casi inarticulado semejante al arrullo. En toda esa gama tónica daba en lo maravilloso y se apoderaba del auditorio por comunicación inmediata.

Si el teatro había interesado a Ramón Pérez de Ayala desde el comienzo de esta estancia suya en Madrid, la pintura constituía una afición más antigua en él y le llevó a relacionarse con los pintores a la sazón de mayor y menor relieve. Entre los que gozaban de cierta fama contaba Cecilio Pla, que fue de los primeros en colaborar asiduamente en la revista *Blanco y Negro*. Sin embargo, como muy especialmente se le estimaba era como maestro en el sentido de que en su estudio daba clases a muchachos y también a alguna chica que comenzaban a pintar. De sus discípulos había dos verdaderamente notables: López Mezquita y Acosta. Al primero podía calificársele como descendiente de Velázquez, por sus similares características.

Fundación Juan March

Por supuesto, la herencia artística no es como la biológica. No se trata de que cada uno de los tramos o escalones de la descendencia intente conscientemente unirse al ascendente y proseguir la cadena, sino que, sin escalones intermediarios, se produce lo que vulgarmente se llama el salto atrás espontáneo, que los que estudian genética lo atribuyen, desde hace no poco tiempo, a los elementos últimos y más íntimos de la generación, que son los genes y los cromosomas. Y de aquí que un individuo singular salga, inopinadamente, pintiparado a un bistatarabuelo, lo cual ocurría con López Mezquita respecto a Velázquez.

Desde 1903 hasta 1907, aproximadamente, la vida de Ramón Pérez de Ayala transcurrió homogénea. Cultivó las mismas relaciones y amistades en sus ocios y se dedicó a escribir sus artículos de colaboración, que hubo de incrementar en número, porque aumentaban con celeridad las peticiones. Pasaba en Madrid de septiembre a junio, y los veranos en Asturias, por lo general en la villa de Noreña, donde sus padres habían tomado una casa con una huerta grande.

Fundación Juan March

XIII

MADRID-ASTURIAS DE 1903 A 1907. FORNOS. VIAJES DE AMIGOS

Cuando vino Grandmontagne a Madrid, tras una muy prolongada estancia en la Argentina, donde gozaba de un prestigio muy merecido, se le acogió en toda la prensa como embajador intelectual de aquel país. De su arribada allí Antonio Machado legaría —haciendo historia— unos hermosos versos:

Arribado a un ancho estuario,
dio en la argentina Babel.
El llevaba un diccionario
y siempre leía en él:
era su devocionario.

Y en la ciudad —no en el hampa—
y en la Pampa
hizo su propia conquista...

Ramón Pérez de Ayala se hizo amigo de Grandmontagne casi desde el mismo momento de ser presentados. Por esos años había tertulia en Fornos al caer de la tarde. Y Grandmontagne fue un asiduo de ella. Valle-Inclán, Maeztu, Pedro González Blanco y otros escritores de nota acudían a diario. Valle-Inclán se complacía hostigando a Maeztu. Esa proclividad al ataque resultaba difícil de explicar. Acaso se debiera a que Valle-Inclán tenía una formación académica. Tras las enseñanzas primaria y secundaria, había estudiado en la Facultad de Leyes de Santiago de Compostela. Maeztu, en cambio, era

Fundación Juan March

un autodidacta, con gran inteligencia. Sus estudios oficiales había tenido que interrumpirlos por un revés económico de su familia. Se hizo bachiller, pero no pudo pasar de ahí. Atravesó por unos inicios juveniles muy broncos, muy ásperos. En Cuba, a donde emigrara, se tuvo que conformar con ganarse la vida ejerciendo humildes menesteres. Su avidez de aprender le empujó a formarse por sí solo, con lecturas desordenadas. De madre inglesa, poseía, desde luego, el inglés. Y esto habría de servirle de mucho. Su ilustración era aleatoria, a través, como hubimos de escribir otras veces, de periódicos y revistas. En trabajos salidos de nosotros anteriormente y en concreto consagrados a las figuras de Valle-Inclán y Maeztu ya habíamos señalado esa especie de antagonismo de ambos. Valle-Inclán era zahiriente. Quería poner de manifiesto la falta de instrucción elemental de su colega escritor. En medio de la tertulia, y cuando ésta rebosaba de animación, le preguntaba subrayando el tono de solemnidad y peinándose las luengas barbas: "Vamoz a ver, ¿cuántaz zon laz vocalez?" (No hay que olvidar que don Ramón por un defecto de pronunciación convertía las eses en zedas.) O: "¿Qué ez una oración primera de activa?" Y, a la menor vacilación de Maeztu, actuando muy a lo marqués de Bradomín, llamaba al camarero y le espetaba mientras miraba al preguntado: "Barra uzted eza bazura." Sin embargo, por fortuna, las cosas no pasaban a mayores. Todos reían y hasta el propio Maeztu, a quien, pese a su risa, la procesión debía andarle por dentro.

Fue por aquellos tiempos cuando estalló la guerra ruso-japonesa. Valle-Inclán se manifestó rusófilo apasionado, debido, de fijo, al concepto que abrigaba de la monarquía tradicional, el zar, los grandes duques, los señores territoriales, la Iglesia y el Estado unidos... Las discusiones sobre la marcha de la contienda y su futuro desenlace se encendían. Maeztu, muy bien informado, principalmente por la lectura asidua de periódicos y revistas que le llegaban de Inglaterra, opinaba que los japoneses triunfarían muy pronto, opinión en la que Pérez de Ayala abundaba, porque poseía la misma información. Pero Valle-Inclán no se daba a partido. Despreciaba a los asiáticos como una raza inferior que no había llegado a la cumbre de la

Fundación Juan March

evolución: el hombre blanco. Y solía exclamar: "¡Ya lez cortaremoz el rabo a ezoz puñeteroz monoz!" Aunque la guerra iba definiéndose, Valle-Inclán se mantenía en sus trece, y solía soltar en una de sus salidas improvisadas: "¡No pueden ganar, porque todoz zon miopez!"

Ayala solía poner colofón a esa frase sólo en lo que a la miopía atañía. Y decía que esa miopía se debía a que todos los japoneses se educaban en cuclillas y que, a fuerza de mirar hacia abajo, la pupila adquiría una forma aperaltada, y ese defecto visual era preciso corregirlo con las gafas.

Cuando la boda del rey don Alfonso XIII, Valle-Inclán, gran aficionado a darse paseos, solía ver, de ocasión, durante ellos a los personajes más principales que habían llegado a Madrid invitados para asistir a la ceremonia, príncipes de familias reales y personalidades de elevados cargos en los países republicanos. A la hora de acudir a la tertulia de Fornos llevaba, pues, acopio de información, que subrayaba comentando el buen aspecto y presencia de los representantes de la realeza y la plebeyez de los segundos.

Después de la bomba que arrojó Mateo Morral en la calle Mayor a los monarcas, de la que se salvaron de milagro, los comentarios arreciaron entre los contertulios, que se interesaron en el suceso e indagaron acerca de los pormenores, que luego se fueron aclarando y conociendo más al detalle.

El caballerizo del rey, Fernando Dorado, oficial de caballería, que cabalgaba junto al soberano al estallar la bomba, que mató a los caballos y destrozó el tiro de la carroza, contó a Ramón Pérez de Ayala cómo él hubo de ayudar a descender al rey y a la reina. Esta tenía el traje manchado por la sangre de los caballos reventados, y Dorado alababa la serenidad del uno y la otra, los cuales tuvieron que trasladarse a la carroza de respeto que iba en la escolta. Por cierto que en una revista londinense muy famosa, la *Ilustrated London News*, apareció una instantánea tomada en el mismo momento del suceso, que recogía los caballos encabritados, antes de caer, y el pánico del público. Y al pie daba el nombre del fotógrafo, un inglés turista; y hacía la advertencia, con ese candor y escrúpulo de los puritanos ingleses: "Esta instantánea se tomó

Fundación Juan March

por casualidad, ya que el fotógrafo aficionado que la obtuvo no sabía de antemano que la bomba iba a ser arrojada."

* * *

Durante los veranos de 1903 a 1907 que Ramón Pérez de Ayala pasó en Asturias recibió notables visitantes, algunos de ellos invitados por el propio Ramón.

En uno de esos veranos en que Rubén Darío se hallaba en España y no sabía a dónde ir, encargó a Ayala que le buscase una casa en Asturias y éste mandó alquilar uno de los chalets que se habían construido no hacía mucho y resultaban muy apropiados para la temporada veraniega. Estaba situado en la desembocadura del río Nalón, en un lugar llamado Las Arenas.

Ramón Pérez de Ayala y Rubén Darío hicieron el viaje juntos desde Madrid, y les acompañaba Francisca Sánchez, mujer dulce, comprensiva y verdaderamente simpática, que Darío inmortalizó en sus versos. Después de haber cenado en el coche-restaurante, Rubén Darío no cesó de beber coñac o ginebra —siempre Baco destilado— ingiriendo detrás un buche de agua gaseosa. Al propio tiempo leía el libro de Ayala, acabado casi de publicar, *La paz del sendero,* del que luego escribió una crónica en *La Nación,* de Buenos Aires, periódico en el que ejercía de corresponsal, muy bien pagado por cierto, aumentando con aquellos emolumentos los que percibía como diplomático de Nicaragua, su patria. El día, o los días, en que permaneció Rubén Darío con Francisca Sánchez en Oviedo Ramón Pérez de Ayala les sirvió de guía, enseñándoles lo que consideraba más importante en la ciudad. Entre otros sitios dignos de ser visitados les llevó a la Cámara Santa, capilla o cripta románica en los mismos cimientos de la catedral ovetense, famosa, aparte de las esculturas que se encontraban a los lados, por sus reliquias tenidas como únicas. La historia, o leyenda, dice que tras la derrota de Guadalete los godos fueron retrayéndose con Pelayo hacia Asturias. Guardaban un arca que encerraba las reliquias que antes andaban esparcidas por España. Y ésas eran las que se mostraban a los

Fundación Juan March

curiosos visitantes. Las manifestaba y explicaba un canónigo de la catedral al que en Oviedo se conocía por el sobrenombre de Angelón debido a su figura gigantesca. Angel tenía por patronímico. El canónigo dirigía un periódico, *La Cruz de la Victoria,* en el que escribía a diario, casi siempre anónimamente, aunque todo el mundo identificaba sus escritos. Su principal manía consistía en atacar a "Clarín", dándoselas de más docto y enterado que él y rectificándole, sobre todo, cuando hacía una cita en latín, lo que al célebre escritor enfadaba sobremanera.

Las reliquias atesoradas en la Cámara Santa eran, desde luego, estupefacientes. Entre ellas, por mencionar alguna, figuraba un paño empapado en leche de la Virgen, un trozo de mano de San Bartolomé (cuyo martirio fue la desollación) y otras por el estilo. Rubén Darío contemplaba y escuchaba al canónigo con esa especie de pasmo característico de los indios, actitud que más tarde comprobó muchas veces Ayala en América al acudir a los oficios divinos en pequeñas parroquias lugareñas cuya asistencia se componía casi exclusivamente de ellos. De esa visita a la Cámara Santa escribió Rubén Darío una crónica excelente para *La Nación,* de Buenos Aires, en la que llamaba a Angelón "el angelón", sin intención torcida, sino porque él lo había entendido así.

El chalet que Ramón Pérez de Ayala había procurado a Rubén Darío era una casa cómoda y bien situada. Frontero a Las Arenas se hallaba San Esteban de Pravia, que a la sazón disfrutaba de un hotel bastante bueno. Ayala fue a menudo aquel verano a San Esteban, porque tenía novia en Riberas y desde allí la travesía a este lugar apenas duraba. Se hacía corrientemente en un bote llevado a remo por un marinero, y el que tomaba como pasajero al joven escritor era un viejo pescador al que se conocía por el mote de "El Bergantín". Algunas veces Ayala remaba.

Rubén Darío solía invitar con frecuencia a Ramón Pérez de Ayala a pasar el día con él, y Ayala acostumbraba a hacerse acompañar por Pedro García Conde, más tarde distinguido diplomático, el cual veraneaba con su familia, muy amiga de la de Ramón, en Riberas.

Fundación Juan March

Después de la cena, o al atardecer, se iban Rubén Darío, Ramón Pérez de Ayala y Pedro García Conde a la playa para charlar. Rubén llevaba consigo invariablemente su botella, o más de una, y vasos, que distribuía para la bebida. A cada momento llenaba el propio y el de sus amigos a compás de lo que él bebía. Estos no podían resistir tan insistentes libaciones y, con gran disimulo, como quiera que siempre a esas horas ya hacía oscuro, vaciaban sus vasos en la arena. Una noche el americano se dio cuenta de la maniobra y se enfadó muchísimo.

Otro de los veranos Ramón Pérez de Ayala invitó a "Azorín", pero esta vez a su casa de Oviedo. Había muerto ya la madre de Ramón y los hermanos —el hermano y la hermana— se habían casado y vivían fuera del domicilio paterno, que sólo habitaban el viudo y el varón soltero con una vieja hermana del primero, que se llamaba Eloísa.

"Azorín" disfrutaba ya en ese tiempo de mucho renombre en los periódicos de Madrid. Inmediatamente congenió con el padre de Ramón. Era éste de pocas palabras y "Azorín" puede decirse que de ninguna.

La estancia de "Azorín" en la ciudad le resultó, sin duda, muy placentera, así como grata para quienes le habían invitado. Madrugaba mucho, lo que Ramón no tenía por costumbre. Salía muy temprano a recorrer Oviedo y se empleaba en diligencias propias, brindándose con gusto a realizar algunas de la familia de Ayala. Se iba a Correos a recoger cartas y paquetes postales. Su figura ganó en seguida popularidad entre los ovetenses, al punto que todo el mundo lo conocía y él, por su parte, conocía también a todo el mundo. Ramón Pérez de Ayala le escribió una epístola en verso que habría de publicar en su libro *El sendero andante,* y que empieza así:

Te hallas, amigo ahora, en mi amada Vetusta...

Por entonces "Azorín" estaba lleno de aprensiones sobre su salud, y le mortificaba la obsesión de que se iba a morir muy pronto. Padecía de obstrucción intestinal, que le acom-

Fundación Juan March

pañó a lo largo de toda su longeva vida. Lo tomaba por lo trágico citando unos versos muy conocidos de Rubén Darío, que dicen:

¡Oh terremoto mental.
Yo sentí un día en mi cráneo
como el caer subitáneo
de una Babel de cristal!

Aseguraba que no podía escribir ya y, como tenía obligación de colaborar en los periódicos de modo fijo, encomendaba a los amigos de confianza que le escribiesen un artículo para enviarlo con su firma. En Madrid le había escrito alguno de esos artículos López Pinillos, "Parmeno", y en Oviedo le rogó a Ramón Pérez de Ayala que lo hiciese, a lo que éste se prestó con todo afecto. Pero si, aparentemente, y por el estilo madurado y cristalizado de "Azorín", daba la impresión de que no constituía tarea difícil imitarle, la realidad demostraba lo contrario. Igualmente, por aquellos días manifestaba "Azorín" proclividades políticas muy señaladas. Había escrito, y escribía, sobre el Parlamento y las sesiones que en él se desarrollaban, y conocía a Melquiades Alvarez, profesor en Oviedo y amigo de Ayala.

Cayó, asimismo, aquel verano por la ciudad Ricardo Torres, "Bombita", y un día se reunieron a almorzar el torero famoso, Melquiades Alvarez, "Azorín" y Ramón Pérez de Ayala, que organizó el agradable encuentro gastronómico. Y "Azorín" escribió una crónica.

En esos veranos, que Ramón Pérez de Ayala solía pasar en su tierra natal, frecuentó a Evaristo Valle. Empezaba éste su andadura pictórica. Poseía una inteligencia agudísima y un don de observación extraordinario. Pintó un cuadro para Ayala titulado *La paz del sendero,* único libro que hasta la fecha había publicado Ramón. Representaba las tapias y la entrada de un cementerio y un sendero, en esa entrada, bordeado por dos hileras de cipreses. El cuadro se extravió en el naufragio de todos los bienes de Ramón Pérez de Ayala durante la guerra civil.

Fundación Juan March

En Evaristo Valle se daba un pintor excepcional. Si su nacionalidad hubiese sido otra, los marchantes de París y los cursis que compran cuadros raros —los suyos no se distinguían por rareza alguna— se los hubiesen disputado con la sola idea de hacer una buena inversión llevados del influjo de quienes manejan la bolsa de los valores artísticos, sujeta a alzas y bajas, y hubieran hecho excelentes negocios, de manera que hoy Evaristo Valle estaría considerado como uno de los pintores más notables de principios de este siglo.

* * *

De las conexiones literarias de Ramón Pérez de Ayala en esos años que repartió entre Madrid y Asturias hay que mencionar la establecida con Roberto Cunninghame Graham, el cual tenía una veta de español, puesto que una de sus abuelas era gaditana y él, de niño, había vivido con ella en Cádiz, donde aprendió el español, un español algo andaluzado, que llamaba de Andalucía la baja. Se mostraba gran apasionado de España y las cosas españolas, al extremo de que tomaba parte en las discusiones y diferencias políticas con mucha vehemencia, inclinándose hacia la izquierda y preconizando el ímpetu de los vientos renovadores. La amistad que se trabó entre Ramón Pérez de Ayala y el británico imbuido de españolismo se convirtió rápidamente en íntima y duró hasta la muerte del hispanista, y aún cabría decir que hasta después de muerto éste, pues hallándose Ayala en Londres el año 1923, al recibir el correo de la mañana, tras haber leído en los periódicos londinenses la muerte de su amigo acaecida en Buenos Aires, una de las cartas de ese correo estaba escrita, fechada y expedida en la referida ciudad, sin la presunción de su muerte, y hablándole en ella, como era su costumbre y su inclinación, de la política de Europa y la de España. Cabe imaginar lo que impresionó a Ramón Pérez de Ayala esta última comunicación escrita por el que, desde que se habían conocido, no dejaba de prodigarlas, enviándole, cuando se encontraba en Londres y Ayala en España, los libros nuevos ingleses que estimaba de mayor interés.

Fundación Juan March

Una de las relaciones que entabló Ramón Pérez de Ayala por intermedio de Cunninghame Graham fue con Santiago Pérez Triana, ministro de Colombia en Madrid. Por entonces el número de embajadores era mucho más restringido. Estados Unidos de América y Japón, pongamos como ejemplos, no los tenían. Sólo había los tradicionales. A los otros países los representaban diplomáticamente ministros plenipotenciarios acreditados. Pérez Triana era ministro acreditado en Inglaterra, Francia y España. Vivía en Londres, a todo lujo, en una casa magnífica de Regent's Park y hacía viajes oficiales a París y Madrid. Esos viajes solía hacerlos por un tiempo breve. Su esposa pertenecía a la familia Rockefeller. Gozaba Pérez Triana de gran renombre en su país como orador elocuente y escritor notable. Veía mal y llevaba unos lentes con cristales muy gruesos. Para comer, si es que deseaba mirar lo que comía, necesitaba elevar el plato casi a la altura de los ojos. En Madrid acostumbraba a acompañarle y a servirle como de lazarillo otro escritor de menos edad y también colombiano, que le llevaba en España la legación de su país. Rufino Blanco Fombona, en plena juventud, resultaba bien parecido y daba muestras de una gran impulsividad. Un día llevó a almorzar a su ministro a un restaurante nuevo, "Casersa", que se había puesto de moda. Por una razón o por otra, Pérez Triana, en un momento de la comida, sintió precisión de exonerar la vejiga. Se levantó sin decir nada y salió por un pasillo en el que suponía se hallaban los aseos. Como el pasillo estaba algo oscuro y él veía muy confusamente, a los pocos pasos advirtió una especie de cubeta, o receptáculo de porcelana, que supuso el urinario y empezó allí a desahogar. De improviso se presentaron el cocinero y los pinches iracundos echándosele encima, ya que el recipiente era la artesa donde se lavaban los platos. Como Pérez Triana era tan cegato se encontró virtualmente indefenso y no acertaba a valérselas. Pero se armó tal gresca que vino en socorro suyo Rufino Blanco Fombona, quien se lanzó sobre el cocinero y de un mordisco le arrancó una oreja, lo mismo que en *Cavallería rusticana.*

A lo largo de sus conversaciones con Cunninghame Graham

Fundación Juan March

y con Pérez Triana, siempre que la charla tomaba ese giro, no dejaban éstos pasar la ocasión de aconsejar a Ayala que se trasladase a Londres y permaneciese allí una temporada, lo más dilatada posible, para perfeccionar el inglés que ya conocía, pero en el que sería de suma conveniencia que se soltase oralmente.

Y Ramón Pérez de Ayala empezó a pensar seriamente en el viaje.

Había publicado Ayala *La paz del sendero* y se le conocía periodísticamente por sus artículos aparecidos en la prensa diaria. No quería cortar esa comunicación escrita, sobre todo con los diarios de Madrid, y confió su deseo a don Miguel Moya. El "trust" que acababa de fundarse, y que se hallaba bajo la autoridad del gran periodista, lo componían *El Liberal*, *El Imparcial* y el *Heraldo de Madrid*. Moya le ofreció la corresponsalía de esos diarios, aunque, en rigor, Ramón Pérez de Ayala iba por su cuenta, pues disfrutaba de buenos recursos económicos por su casa.

Una vez aceptada la corresponsalía, Ayala se fue a Oviedo para preparar y disponer lo necesario antes de su marcha.

Fundación Juan March

XIV

EL VIAJE A LONDRES. AMISTADES Y EXPERIENCIAS LONDINENSES. LA LLAMADA DE URGENCIA

A principios de la primavera de 1907 salió Ramón Pérez de Ayala de Oviedo hacia Londres. Era preciso ir desde allí a Venta de Baños y esperar el enlace del sudexpreso Lisboa-Madrid-París. A la mañana siguiente se llegaba a Hendaya, donde se hacía escala y los viajeros bajaban al restaurante de la estación para tomar el almuerzo. Era viernes de Cuaresma y el camarero que servía le preguntó, como lo fue haciendo a todos los demás: "Gras ou maigre?" Muy próximo a la mesa a la que Ayala se había sentado se hallaba un señor, más bien bajo, quien, dándose cuenta de que el joven era español, se puso a hablar con él. Siguiendo lo que es habitual entre españoles, el señor se entretuvo en hacer su biografía. Resultó ser un famoso payaso, ya antiguo, que de años atrás se anunciaba con el nombre de "Tonino" y que quizá diera origen con esa denominación a los artistas de su género. Ayala le había visto actuar cuando él era un niño de ocho o diez años en el circo de Oviedo en la compañía, bastante renombrada, de Enrique Díaz y en la cual aparecía como figura relevante Tony Gryce. "Tonino" tomaba parte, como segundo, en el número de aquél y su peculiaridad consistía en los saltos mortales apoyándose con un pie en las manos del viejo "clown". Daba hasta dos o tres vueltas en el aire.

El encuentro de Ayala con "Tonino" en el restaurante de la estación de Hendaya le produjo la natural emoción, ya que le hizo rememorar los tiempos en los que el artista se mostraba en la plenitud de sus facultades, y ahora, que le veía envejecido, le escuchaba decir que seguía ganándose la

Fundación Juan March

vida trabajando en los circos. Ayala, por simpatía y por oírle referir más cosas de su vida, al partir el tren se fue con él a su departamento de un vagón de tercera clase y continuaron charlando hasta que el payaso llegó a su destino. Entonces Ramón se trasladó a su coche-cama, donde durmió. A la mañana siguiente el sudexpreso llegó a la estación del Quai-d'Orsay, en la que Pérez de Ayala se apeó.

Por ese tiempo, tanto en Francia como en Inglaterra, en el mismo edificio de las estaciones internacionales, y aun en otras, solía haber hoteles importantes, y en la "Gare d'Orsay" se hallaba el "Hotel Palais d'Orsay", que ha prevalecido, aunque más deteriorado que en aquellos días. Se distinguía el "Palais d'Orsay" por su suntuosidad, y en la habitación que Ayala ocupó los muebles eran "Luis XV" y estaban forrados de seda. Pasados muchos años, el restaurante de la "Gare" conservaba su fama de ser uno de los mejores de París.

Ayala desconocía París y lo primero que hizo fue telefonear a Gómez Carrillo, a quien conocía de Madrid. Este escritor gozaba entonces en París de una gran reputación literaria. En la revista *Mercure de France,* de extraordinario prestigio, que a la sazón dirigía Remy de Gourmont, tenía a su cargo la sección de literatura española e hispanoamericana. Gómez Carrillo guió en los primeros momentos a su amigo por la ciudad, pero en seguida éste se las arregló para bandearse por su cuenta, visitando lo que, de antemano, le interesaba más: los Inválidos, museos del Louvre, Carnavalet, etc., y las plazas y vías más conocidas en todo el mundo y más nombradas fuera de París.

Después de una semana, Ramón Pérez de Ayala emprendió su viaje a Londres. Dos rutas eran las más usuales entre el continente y Gran Bretaña: Calais-Dover y Boulogne-Folkestone. Eligió Ayala la segunda impulsado por el atractivo de que el viaje, muy corto, se hacía de noche. No durmió. Pasó la travesía sobre cubierta leyendo poesías de madame Akerman que, en aquellas circunstancias, le parecían sublimes. Los viajes se efectuaban por entonces expeditivamente, con facilidad suma. Trasladarse de una nación a otra era lo mismo que cruzarse hoy día de una acera a la de enfrente en cual-

Fundación Juan March

quier ciudad, sin que nadie pidiese documentos de ninguna especie. El barco arribaba a su destino hacia las seis de la mañana y de allí se tomaba el tren para Londres.

Ramón Pérez de Ayala sacó un billete de primera clase y subió a su departamento —esos departamentos estaban forrados de paño azul oscuro— en el que ya se hallaba sentado un caballero, quien, pese a la fama de los británicos de ser personas más bien cohibidas y en el fondo tímidas, que no gustan de comunicación, lo cual no es enteramente cierto, empleó todos los medios de insinuación a su alcance para entablar conversación con el compañero de viaje. En realidad el que se sentía cohibido era Ayala, puesto que no conocía bien el inglés hablado. De todas maneras, entablaron amigablemente la conversación; mal que bien, fueron charlando durante todo el tiempo y, a la llegada, el caballero dio a Ramón sus señas para que le visitase o se citasen para verse de nuevo.

Llegó Pérez de Ayala a Londres un lunes de Pascua de Resurrección, fiesta en que la ciudad se paraliza por completo y da una impresión, por la falta de vida en ella, de un cementerio. Al pie de la estación y después de dejar sus baúles en la consigna, tomó un "cab", vehículo que tan sólo conocía por lecturas. La impresión que le hizo verse por primera vez dentro de uno de aquellos coches le resultó gratísima, porque tenía algo de descubrimiento. Dio al cochero las señas de la casa donde vivía Ramiro de Maeztu, con quien desde su relación en Madrid sostenía amistad. Maeztu habitaba en una de esas pequeñas mansiones que tienen algo de departamentos como para muñecas. Ramiro de Maeztu siempre había sido muy solemne, y lo fue en verdad a lo largo de su vida. Su solemnidad se evidenciaba algo afectada y, por consiguiente, un tanto risible. Lo cierto es que, aunque Ayala le estimaba intelectualmente y sentía afecto sincero por él, no podía tomarle enteramente en serio.

Metido en la cama, lo primero que Ramiro de Maeztu le espetó a Ayala no tuvo un aire muy alentador: "Aquí la vida es muy cara. Se necesita mucho dinero. ¿Cuánto trae usted?" Ramón le contestó: "Tengo en el bolsillo 100 libras." El otro,

Fundación Juan March

enfáticamente, añadió: "Eso es muy poco." A lo que Ayala replicó, no sin un punto de ironía: "Pero, de todos modos, me bastará para poner un telegrama a mi padre y que me envíe más."

Cambiadas las anteriores palabras, Maeztu se vistió rápidamente, tras asearse con igual celeridad, y condujo a Ramón Pérez de Ayala a una pensión en la que él había vivido algún tiempo hasta tomar el departamento que ocupaba. Regía la pensión una señora andaluza, malagueña, casada con un inglés, Mr. Donkins. Los huéspedes ofrecían cierta curiosidad. Uno de ellos era el presidente de la Cámara de Comercio española en Londres. Había también un masón inglés. La masonería en Inglaterra es una institución de carácter benéfico y nada clandestina. Por las calles suelen verse determinados edificios, por lo general con columnas y frontón triangular, los cuales ostentan un rótulo que reza: "Massonic Temple". El caballero masón gustaba, acaso en demasía, de ingerir bebidas espirituosas. Iba todos los viernes a las sesiones masónicas, que quienes acuden a ellas llaman "tenidas". El hombre, después de la comida, que en Inglaterra, como en casi todo el resto de Europa, se hace temprano, ponía sobre la mesa el estuche con su mandil de cuero y sus insignias, lo cual mostraba a los pupilos con orgullo. Cuando iba a las "tenidas" solía estar ya un tanto ebrio. También vivían en la pensión unos cuantos muchachos malagueños, hijos de exportadores, que habían ido a Inglaterra para adquirir rudimentos del idioma con el fin de ayudar, una vez adquiridos esos conocimientos lingüísticos, a sus padres y a sus familias en los negocios. Ofrecía, desde luego, la pensión muy buen aspecto. Se hallaba instalada en una casa inglesa típica que, como casi la mayoría, constaba de un solo cuerpo. Y cada inquilino podría decirse que ocupaba la casa por entero. Se accedía a la puerta principal, después de dos o tres escalones, a través de un a manera de puente levadizo a cuyos lados se veía un foso, que allí se llama *basement,* donde estaban la cocina, fregadero, servicios y los gatos. Los primeros días de su estancia chocó a Ramón Pérez de Ayala el que por las mañanas pasara por las calles un hombre que emitía un silbido especial, a cuyo eco todos

Fundación Juan March

los gatos de los referidos *basement* salían saltando y él les repartía cordilla.

Volviendo a la casa, desde la citada entrada o puente levadizo se pasaba al piso principal, en el que se hallaba instalado el *drawing room* o salón, el comedor y un *office* en el que los criados o criadas, mediante un montacargas de la cocina, recibían la comida para servirla a los huéspedes. En los pisos segundo y tercero —había tres— estaban los cuartos, más o menos amplios, y cada piso tenía un cuarto de baño.

La señora Donkins pretendía mantener en su pensión un tono de elegancia. A la hora de la cena bajaba la buena mujer muy peripuesta, con vestido de noche que adornaba, partiendo de los riñones hasta el límite de la falda, con un gran lazo anudado atrás de seda azul. Tenía tres hijos, uno de ellos, Cecil, excesivamente desenvuelto y entrometido. Por costumbre, y entre otras humoradas que también constituían hábito en él, solía andar desnudo por el piso en el que estaba su cuarto, que era el de las habitaciones de los jóvenes andaluces, y sustraía cuanto podía, corbatas y otras muchas cosas. Pero su predilección eran las pipas, que todo chico español que llegaba a Londres compraba para revestirse de algún carácter británico. Comprar la pipa resultaba, por descontado, mucho más fácil que saber luego fumarla. Empleando Cecil ese truco de pasearse *in puris naturalibus* no le impedía, sino que le servía cuando penetraba en las habitaciones ajenas, para efectuar mejor sus sustracciones. Pipa que veía se la introducía inmediatamente en el recto, con lo cual los propietarios, que lo sabían, la repudiaban, por repugnancia natural, para siempre.

Maeztu iba con frecuencia a su antigua pensión, ahora para ver o buscar a Ayala. Y por ese tiempo cayó también por la ciudad Fernando de los Ríos (que se llamaba Fernando del Río Urruti, el cual ya manifestaba sus convicciones socialistas, y cambió luego el Río de su apellido por de los Ríos) y que se fue a vivir a la pensión.

* * *

Ramón Pérez de Ayala se consagró a conocer Londres a fondo, primero el de Dickens. Un día sí y otro no tomaba un

Fundación Juan March

"cab" y se iba a visitar los lugares que Dickens cita en sus novelas, y sobre todo el almacén de antigüedades, en inglés: *Old curiosity shop*. Los demás días tomaba un ómnibus, que también entonces eran de caballos, con sus caballotes muy fuertes y rollizos. Tenían dos pisos los vehículos, y el pescante del cochero se situaba en un sillín muy elevado contiguo a la parte superior con aire de azotea, o sea, en el piso segundo del gran carruaje.

Los cocheros parecían calcados de John Bull: gruesos, fornidos, muy colorados y siempre tocados con una chistera de hule. Se caracterizaban por ser muy comunicativos, muy locauces y en seguida pegaban la hebra con el pasajero o pasajeros que se hallaban más próximos a ellos. Ramón Pérez de Ayala acostumbraba a elegir su proximidad, lo que durante la conversación le ocasionaba no pocos apuros, porque muchas veces no les entendía bien, ya que el idioma del pueblo en Londres, llamado *cockney,* difiere mucho del inglés culto que él leía y practicaba para perfeccionarse. Un ejemplo palmario de esa diferencia puede comprobarse fácilmente en el *Pigmalion* de Bernard Shaw.

Llámase en Londres dialecto *cockney* el que se habla en el círculo que abarca hasta donde llega el sonido de las campanas de la catedral de San Pablo. Una de sus particularidades es que la *h,* que en el lenguaje culto se pronuncia con un sonido de *j* suave, no se pronuncia.

En el ómnibus recorría Ayala un día sí y otro no los distintos itinerarios. Lo tomaba en el punto de partida, llegaba a la terminal y regresaba, y ese sistema le fue permitiendo conocer enteramente la ciudad, los tipos que circulaban y las características de los barrios.

Los días que tomaba el "cab", tras una breve vuelta, iba a recalar en el British Museum. Se había procurado un permiso especial de lector que le permitía el acceso a los volúmenes más reservados. que no se podían obtener sin esa autorización especial. El permiso se lo proporcionó el famoso historiador e hispanista británico, autor de una excelente *Historia de la literatura española,* Fitzmaurice Kelly, al que había conocido por Cunninghame Graham. En esas visitas al British Museum

Fundación Juan March

se empleaba Ayala desde que se abría hasta que se cerraba. No sólo se enfrascaba en la biblioteca, sino que recorría metódicamente todo el recinto. Le asombraba la gran riqueza que poseía en obras escultóricas egipcias, griegas —puesto que allí se admiraban los auténticos frisos del Parthenon—, romanas y de la Edad Media. Quizá de todo ello lo que más se le quedó grabado en su memoria plástica fue un busto de Julio César que le parecía animado.

Frente al museo había un bar al que Ayala acudía a la hora del almuerzo, poniendo el obligado paréntesis de las exigencias de la alimentación a su estudio y curiosidad. Servían un "rosbif" espléndido, muy buena cerveza irlandesa y un queso inglés magnífico, todo lo cual componía su refrigerio de costumbre.

Cierto día se encontró Ramón Pérez de Ayala con la sorpresa de una carta del marqués de Villalobar dándole cita en la Embajada de España. Desempeñaba Villalobar el puesto de encargado de negocios. El embajador, a la sazón Villaurrutia, el marqués de Villaurrutia, se encontraba en La Haya como miembro del primer Congreso de la Paz entre las naciones, optimista idea que se le había ocurrido al zar Nicolás II.

Ayala se presentó en la Embajada. El domicilio de ésta era entonces bastante modesto. Se hallaba en la calle de Westminster. En efecto, el inmueble, nada ostentoso, se debía a la donación al Estado español del marqués de Misa. Probablemente la donación se debiera a la gratitud de Misa a Alfonso XIII por haberle concedido el título. Como en otro lugar hemos apuntado, la diplomacia en estos tiempos era más estricta y rigurosa. Las embajadas y los embajadores que contaban seguían siendo los tradicionales de siglos anteriores, singularmente protocolizados en el Congreso de Viena de 1815. La preferencia estaba así establecida: Imperio austríaco, Francia, España (que siempre hicieron de esto puntillo de honor) y Alemania. El resto de las representaciones diplomáticas solían tan sólo tener ministros como jefes de misión. Grandes naciones, tales como Japón, Estados Unidos e Italia, poseían legaciones. El personal de la Embajada española, que

Fundación Juan March

tan modesta era en cuanto a revestimiento exterior de domicilio, se componía, además del embajador Villaurrutia, del marqués de Villalobar, secretario de primera en el escalafón, pues entonces no existían los ministros consejeros creados después; e inferiores a él, otros dos secretarios, uno que se titulaba marqués de González, el cual afectaba hablar con dificultad el español y fingía un acento francés, y el último apellidado Inclán, casi recién ingresado en la carrera y cuyo primer puesto lo había desempeñado en Constantinopla.

Recibió el marqués de Villalobar a Pérez de Ayala muy cortés, sentado a su mesa de despacho. Empezó reprochándole con afabilidad que no hubiese ido espontáneamente a verle y a presentarse en la Embajada. Los primeros artículos de Ayala como corresponsal se habían publicado en *El Imparcial,* y, aludiendo a ello y abundando en su extrañeza, Villalobar le dijo: "Gasset es muy amigo mío."

Villalobar mostraba una gran llaneza y comunicatividad en el trato, lo que inducía a sentir hacia su persona una simpatía inmediata. Al primer golpe de vista se advertía que llevaba un peluquín con un flequillo horizontal un poco más arriba de las cejas. Además, al proporcionar a su interlocutor determinados datos para facilitarle la vida en Londres, que Ayala iba apuntando en un papel, pudo éste advertir que su mano derecha era una masa salida de la carne, que tenía incrustadas aquí y allá cuatro uñas, y que de esa masa se separaba el pulgar. Aquella misma mañana, quieras que no, invitó Villalobar a Pérez de Ayala a almorzar en el "Carlton". Llegado el momento de levantarse, el hombre se incorporó de su sitio apoyándose en los brazos del sillón y luego en la mesa, haciendo un ruido extraño como de artefacto de hierro en piezas y que se ajustaban en sendos muñones. Y esto hay que consignarlo en su elogio, ya que esas deficiencias físicas las padecía de nacimiento y las había superado a fuerza de voluntad e inteligencia.

Fue Villalobar uno de los grandes diplomáticos de la época. Más adelante desempeñó el puesto de embajador en Portugal, cuando la revolución destronó al rey Manuel, y luego en Bél-

Fundación Juan March

gica durante la primera guerra europea, y tanto en una como en otra ciudad se comportó con un coraje extraordinario.

A partir de aquel día el marqués de Villalobar invitaba con frecuencia a Ayala y le ayudaba a conocer los lugares y las cosas más difíciles de penetrar en Londres. Le llevó con él a la Cámara de los Lores y a la tribuna de los diplomáticos, y Ramón escribió una crónica en *El Imparcial,* que reprodujo el marqués de Valdeiglesias en su periódico *La Epoca.*

Por ese tiempo fueron los reyes de España a Inglaterra con su primogénito Alfonso, príncipe de Asturias. Se dio una gran fiesta, con baile, en la Embajada, a la que Ayala asistió como invitado, así como el viejo marqués de Valero de Urría, padre del que vivía en Oviedo y quien desde la llegada de Ramón a Londres le invitaba a almorzar un día a la semana en su casa. El viejo Valero y Ramón acudieron juntos. En el baile se guardaba el protocolo de la etiqueta inglesa. Los caballeros habían de presentarse vestidos de *frac,* con pantalón que bajaba hasta poco más de la rodilla, medias de seda y zapatos bajos de charol, que se empleaban para esas ceremonias y también como zapatillas. Se denominaba a esos zapatos *pumps.*

* * *

No se encontraba Ayala muy a gusto en la pensión a la que Maeztu le había llevado y a la que después se había ido a vivir Fernando de los Ríos, y decidió dejarla. Buscó, en consecuencia, otro alojamiento y se puso a indagar en sus excursiones callejeras dónde podría habitar más cómoda e independientemente. Por fin halló en torno al British Museum una instalación hotelera nueva, casi recién implantada, con la denominación "White Hall Residentiel Hotels". Se trataba de una sociedad, y a uno de sus inmuebles, que le pareció muy apropiado a sus deseos, se trasladó. Fernando de los Ríos, que siempre seguía los pasos de su amigo, quiso también habitarlo, pero carecía de medios para ello. Ayala le dijo que no se preocupase porque él le pagaría la diferencia de precio.

Fundación Juan March

El hotel reunía las mejores condiciones en lo que concernía a su tipo residencial, o sea, que no recibía huéspedes o viajeros de tránsito, sino personas estables. Se asemejaba en todo a una casa particular bien dispuesta, con su *drawing room,* su *smoking room,* sala de música con el obligado piano; y las habitaciones particulares eran muy confortables y decoradas agradablemente. La camarera del piso de Ayala, italiana de nacimiento y nacionalidad, se llamaba Marietta. Fernando de los Ríos se presentaba todas las mañanas en el cuarto de Ramón Pérez de Ayala para saber, entre otras cosas, los planes que tenía su amigo con respecto a la jornada que comenzaba, y éste, que entendía perfectamente el italiano y lo hablaba con cierta soltura, se entretenía en gastar, ante su compañero de residencia, ciertas bromas coloquiales inocentes a Marietta, en las cuales solía mezclarle. Pero lo que resultaba más curioso era que la única obra que hasta la fecha había publicado Fernando de los Ríos se reducía a una traducción del *Werther,* de Goethe, que había visto la luz en la casa editorial Maucci, de Barcelona, y, en efecto, esa curiosidad residía en que la obra no estaba vertida directamente del alemán, ni el inglés, ni el francés, sino del italiano, que el traductor, por la época, leía con dificultad, por lo que había tenido que echar constantemente mano del diccionario, y el idioma no lo hablaba. Así que Ramón le pedía que lo hablase con Marietta y le decía, para que se las repitiese a la camarera, frases un tanto atrevidas, aunque sin extralimitarse, lo que provocaba la risa de Marietta, dejando confuso, sin saber a qué atenerse, a Fernando de los Ríos.

En el mismo hotel de Ramón Pérez de Ayala y Fernando de los Ríos vivía un grupo de muchachos holandeses y otros estudiantes de ambos sexos, algunos de ellos suecos, y de esa nacionalidad dos hermanos, varón y chica. Se llamaba él Raj Naj y ella Iris Viola, que fue un poco novia del joven escritor y le enseñó a cantar algunas canciones de Suecia.

Por aquellos días el viejo marqués de Valero de Urría organizó en Londres, con otros amigos, una tómbola benéfica y pidió a Ayala que le proporcionase algunos objetos para rifarlos. Ayala escribió al torero "Bombita", quien correspondió

Fundación Juan March

en seguida enviándole unas auténticas banderillas, ya usadas, o sea, con la sangre del toro, lo que no dejó de estupefacer a la gente.

Como hemos dicho, Fernando de los Ríos ya manifestaba sus ideas muy socialistas, pero de la ramificación que había predominado en España después de la Internacional primera; es decir: la anarquista. En esa primera Internacional, como es sabido, hubo dos grupos: el de Marx y Engels, que luego fue el de los propiamente llamados socialistas, y otro heterodoxo, seguidor de Bakunin, y éste es el que por entonces alcanzó mayor florecimiento en nuestro país. Entre el grupo anarquista figuraba como personaje más renombrado el príncipe Krotpokine, que vivía en Londres con otra porción de revolucionarios europeos acogidos a Inglaterra. Marx, también sobradamente conocido, preparó y escribió allí su libro *El capital.*

De los Ríos se había hecho con una carta de presentación para Krotpokine y deseaba ir a verle. Pero, como aún no dominaba el inglés, insistió en que Pérez de Ayala le acompañase. Y, en efecto, hicieron juntos la visita.

El príncipe Krotpokine era una persona diminuta, inquieta, vivaz y de suma simpatía. En el ambiente de su familia reinaba cierta pedantería. Su esposa, la princesa, se dedicaba a la biología y, según declaró a sus visitantes, estaba estudiando al microscopio las amebas. Tenía el matrimonio una hija única, Sacha, ni fea ni bonita, pero muy agradable y despejada. Sacha se hizo luego muy amiga de Ramiro de Maeztu y, andando el tiempo, de Ricardo Baeza, de quien se dijo que la había dado un niño. De vuelta de aquella visita al hotel, Ayala sintió un prurito epidérmico que, tras la pertinente investigación, se averiguó que provenía de pulgas transmitidas por un perro de los Krotpokine. Y todo ello lo refirió Ramón Pérez de Ayala puntualmente en un artículo que publicó en *El Imparcial.*

Periódicamente asistía Ayala a una reunión en casa de don Santiago Pérez Triana, ministro de Colombia, el cual poseía una magnífica mansión en Regent's Park. A esas reuniones acudían habitualmente, entre otros personajes, Cunninghame Graham, Martín Hume y el músico Arbós, quien desempeñaba un puesto de profesor de violín en el "Kings College", de la

Fundación Juan March

Universidad londinense. Arbós se valía ya de una gran experiencia como concertista, pues había dado conciertos a través de toda Europa, y hablaba de todos los grandes músicos españoles, casi desconocidos en España, entre ellos de Albéniz. Precisamente ese año en que Ayala conoció a Arbós inició éste su carrera como director de orquesta. Debutó en el "Albert Hall", la sala más importante en esa clase de manifestaciones musicales. Dirigió *L'après-midi d'un faune,* de Debussy, que constituyó una gran novedad y que a Ramón Pérez de Ayala le pareció admirable.

Resultaba Arbós personalmente muy simpático. Hacía alarde de un repertorio de chistes y chascarrillos realmente ingeniosos, que refería con incuestionable gracejo. Pero, además, correspondía a un tipo genérico que se da mucho en España, o sea, el que llamó Vélez de Guevara, en una de sus comedias famosas, *El lindo Don Diego,* contrafigura deteriorada del Don Juan típico.

Don Juan es el hombre que subordina todo en su vida a la posesión efímera de una mujer con la que se tropieza al paso. Don Diego, por el contrario, es el que se figura que todas las mujeres se enamoran y se apasionan instantáneamente por él. Confesaba Ramón Pérez de Ayala, ya hacia el final de su existencia, que donjuanes no había conocido ninguno, o poquísimos, mientras que sí había conocido a innumerables dondiegos, y uno de ellos Arbós. Rara era la reunión en casa de Pérez Triana en la que aquél no les hablara de alguna fémina que se había enamorado de él súbitamente, y siempre llevaba a mano, en los bolsillos, misivas apasionadas que le habían escrito declarándole su amor. También advertía Ayala que los lindos dondiegos, frecuentísimos en España, apenas se daban en el extranjero.

* * *

Ramón Pérez de Ayala llevaba en Londres una vida cómoda y desahogada y se encontraba en su ambiente. Además del dinero que le enviaba su padre, le pagaba el "trust" por sus crónicas y artículos que, principalmente, se publicaban en

Fundación Juan March

El Imparcial, y todavía le solicitaron colaboración de *La Nación,* de Buenos Aires, que se distinguía por su generosidad en la retribución de quienes escribían allí. Por añadidura, don Torcuato Luca de Tena le escribió para que mandase crónicas con destino a *ABC.* Ayala satisfizo la petición, igualmente.

No obstante el servicio de colaboración a los periódicos citados, aún le quedaba tiempo para otros escritos que consideraba más importantes y para disfrutar de los atractivos que la ciudad le brindaba. Se hallaba muy a gusto entre sus amistades, aumentando cada día las inglesas, al extremo que acariciaba la idea de establecerse definitivamente en Londres, tomándolo, al menos, como residencia habitual. Sentía una especie de afinidad electiva por Inglaterra que provenía de su concepto de que tanto en la política, como en la conducta social, se distinguía por su naturaleza ética. Y su permanencia no le impedía, claro está, conservar una relación constante y estrecha con su progenitor, la familia, Oviedo y las publicaciones y editoriales españolas.

Complacidamente se daba cuenta, por otro lado, de que las letras inglesas, que siempre le interesaron y atrajeron, iban ejerciendo en él, lo mismo que las costumbres, un influjo que estimaba benéfico.

Sin embargo, esos gratos proyectos se truncaron súbitamente. En la primavera de 1908 recibió un telegrama en el cual se le reclamaba con la mayor urgencia en su ciudad natal. En el telegrama se le comunicaba lacónicamente la muerte de su padre.

Ignoraba Ayala cuando recibió la noticia las causas del fallecimiento de su progenitor y la situación económica en la que su casa quedaba, de modo que siguió pensando que podría permanecer en Londres, como proyectara, y llegar a vivir allí de su propio trabajo un día, sin ayuda de los bienes familiares. Adelantó un telegrama a su familia en el que expresaba su renuncia a lo que como herencia le correspondiera en favor de sus hermanos y parientes y que prefería pasar en Londres, solo, el dolor del amargo trance. Como

Fundación Juan March

respuesta llegaron más telegramas manifestando que, de todas maneras, tenía que regresar a Oviedo, lo que él no se explicaba, dado que ya no podía llegar a tiempo para asistir al entierro del fallecido. Mas la insistencia había sido tanta que emprendió el viaje.

Fundación Juan March

XV

EL SUICIDIO DEL PADRE. TRAGICO REGRESO. SOLO CON LAS LETRAS

El regreso a Oviedo lo hizo Ramón Pérez de Ayala siguiendo la misma ruta, a la inversa, que la ida a Londres. Ya en España, el tren que partía de Irún había que abandonarlo para enlazar en Venta de Baños con el expreso de Asturias, que salía de Madrid. En la estación de Venta de Baños le esperaba un amigo íntimo, lo cual le produjo extrañeza ya que su retraso en la vuelta —el tiempo de cruzarse los varios telegramas— había sido de muy pocos días. Ambos hablaron de la muerte del padre, pero el amigo no le dio ningún detalle importante.

Al llegar a Oviedo, Ayala fue a la casa de la familia en la que, después de morir su madre, había vivido con el padre y cuantos la componían, y, tras las bodas de sus hermanos, con la vieja tía Eloísa, hermana de aquél; una vieja cocinera, Celeste, que tenía fama de ser la mejor de la ciudad, y un loro, favorito de la madre, a la que, en vida de ésta, siempre había seguido por todo el domicilio como un perro.

Nadie se atrevía a hablarle claramente a Ayala; nadie se aventuraba a contarle lo que había sucedido a su progenitor, hasta que al fin logró enterarse de que había sido él quien pusiera fin a su vida al derrumbarse su negocio, que parecía tan sólido, y, con él, los intereses económicos y la hasta entonces más que desahogada situación familiar. ¡Todo se había venido abajo como por efectos de un terrible terremoto!

Ayala, una vez bien enterado de lo sucedido, fue a consultar con las personas que abrigaba la certeza de que habían sido amigos fraternales del padre de muchos años, cuando

Fundación Juan March

no de toda la vida, todos ellos muy ricos y alguno banquero muy poderoso. Con mucho afecto y toda clase de rodeos, terminaban diciéndole: "Tú verás lo que has de hacer." Pero, en suma, ninguno le brindó una ayuda positiva ni le dio un consejo concreto y útil.

Entre otras cosas, ya en el aire y de difícil salvación, lo más sólido que el padre había dejado era un seguro de vida importante, el cual lo ofreció a las personas a las que fue a visitar como garantía, con la intención de restablecer el negocio de la casa, en estado de completo desastre; pero todas esas personas, sin abandonar su actitud de sumo afecto, rechazaron sus ofrecimientos alegando que el seguro no podría cobrarse, dada la circunstancia de que don Cirilo no había fallecido de muerte natural. Ante tales negativas, y en vista de la crítica situación, Ramón Pérez de Ayala, de acuerdo con la viuda de su tío Ramón, decidió quedarse en Oviedo para intentar sacar a flote la nave del padre y del tío fallecidos.

Los empleados viejos, empleados un montón de años en la casa, se dieron el grito de "¡Sálvese el que pueda!" y se dedicaron a llevarse lo más posible. No obstante, Ayala no se amilanó. Decidió tomar el timón de aquel barco, que más que hacer agua se hallaba virtualmente hundido. Aprendió rápidamente contabilidad por partida doble y, al no mucho tiempo, el negocio empezó a enderezarse. Fue una etapa dura para Ramón, y nunca la olvidaría. Tuvo que ir a Barcelona para poner las cosas en regla con los acreedores, todos ellos fabricantes catalanes de importancia. Logró ordenar los asuntos y volvió a Oviedo.

Sin embargo, no era la intención de Ayala, realizado el salvamento, o por lo menos puesto el negocio en vías de salvación, permanecer en Oviedo. Su vocación bien definida era la de escritor. En consecuencia, decidió instalarse en Madrid por su cuenta y riesgo, y antes cedió todos sus bienes materiales y sus derechos futuros en el negocio a sus hermanos. Ya consideraba que podía permitirse intentar la aventura. Gozaba de cierto nombre literario. Había publicado *La paz del sendero, Tinieblas en las cumbres* y algunas novelas cortas en *El Cuento Semanal,* entre ellas *La revolución sentimental*

Fundación Juan March

y *Artemisa.* Contaba con las colaboraciones, que no había abandonado, en los diarios y revistas de la capital, así como en *La Nación,* de Buenos Aires, desde que las iniciara.

Y Ramón Pérez de Ayala se trasladó a Madrid. Se hallaba frente a su destino. El destino de un gran escritor.

Fundación Juan March

Fundación Juan March

INDICE ONOMASTICO

Fundación Juan March

Fundación Juan March

Acebal, Francisco, 119, 120.
Acosta, 127.
Afaba, Leopoldo, 57, 58, 59.
Ahrens, 68.
Akerman (madame), 140.
Alacoque, Santa María de, 40.
Alarcón, Mariano de, 111, 112.
Alas, Leopoldo ("Clarín"), 67-69, 70, 72, 73, 74, 75, 76, 83, 125, 133.
Alba (duque de), 123.
Albéniz, 150.
Albera, Ramón, 15.
Alfonso XIII, 28, 45, 69, 97, 131, 145, 147.
Alfonso (príncipe de Asturias), 147.
Aliaga (marqués de), 123, 124.
Altamira, Rafael, 64, 65, 66.
Alvarez, Melquiades, 70, 81, 135.
Alvarez Quintero, Serafín y Joaquín, 73, 107.
Amador de los Ríos, 57.
Amandi, Justo, 57, 59, 60.
Andes (conde de los), 78.
"Angelón", 133.
Aramburu y Zuloaga, Félix de, 60, 63, 64, 76.
Arbós, 149-150.
Argüelles, 105.
Auñón Villalón, Ramón, 93.
Austria (archiduque de), 124.
Ayala y del Castillo, Paula de, 17.
Ayuso, 54.
Azcárate, Gumersindo, 70.
"Azorín", 122, 134-135.
Baeza, Ricardo, 149.
Bakunin, 149.
Baldelli, 88.
Balzac, Huguet de, 16.
Barbey d'Aurevilly, 19-20.
Baroja, Pío, 112, 124, 125.
Baroja, Ricardo, 124.
Baudelaire, 76.
Baudrillart (monseñor de), 71.
Bello, Consuelito (véase "La Fornarina").
Benavente, Jacinto, 52, 72, 101.
Benlliure, 122-123.
Bennet, Arnold, 48.
Berger, Augusta, 113, 114.
Bienvenida, Manuel Mejías, 102.
Blanco, Josefina, 124.
Blanco Fombona, Rufino, 137.
Blay, Miguel, 122.
Bobadilla, Emilio ("Fray Candil"), 115, 116.
"Bombita", Ricardo Torres, 45, 102, 135, 148.

Fundación Juan March

Bonarillo, 85.
Boyer, José, 46.
Brahms, 89.
Buffon, 80.
Burell, Julio, 125-126.
Bustos, Luis, 56, 57, 73, 74.
Cadenas, José Juan, 114.
Calderón, 68.
Calvo (hermano), 24.
Camposagrado, Margarita, 27.
Camposagrado (marqués de), 27, 28.
Canalejas, 120.
Candamo, Bernardo G. de, 109.
Cánovas del Castillo, Antonio, 70, 92, 105.
Capablanca, 73.
Carlos María Isidro de Borbón, 86.
Carmen, 13, 15.
Cartón, Carmen, 119.
Casa Valencia (condesa de), 105.
Castelar, Emilio, 69, 70.
Castro, Eugenio de, 110.
Catón el Viejo, 126.
Cejador, padre Julio, 20, 21, 23, 29, 58, 77, 78, 79, 81.
Celeste, 153.
Cervantes, Miguel de, 83.
Cienfuegos Jovellanos, Pepito, 27, 28.
Cienfuegos Jovellanos y Montesagrado, Carlos, 27, 28, 29.
Cienfuegos Jovellanos y Montesagrado, Gaspar, 28.
Cienfuegos Jovellanos y Montesagrado, Luis, 28.
"Clarín" (véase Alas, Leopoldo).
Claver, San Pedro, 23.
Corbera, 81.
Coronas, Jesús, 63, 64.
Corujo, Manuel, 68.
Cossío, Manuel Bartolomé, 117, 119.
Costa, Joaquín, 111-112.
Covarrubias, 94.
Cubas, José, 124.
Cunninghame Graham, Roberto, 136-138, 144, 149.
Chapí, Ruperto, 38.
Churchill, Winston, 95.
Darío, Rubén, 132-134, 135.
Debussy, 150.
Dewey (comodoro), 93, 94.
Díaz, Enrique, 139.
Díaz de Guzmán, 51, 53, 54.
Díaz de Mendoza, Fernando, 124, 126-127.
Dickens, 143, 144.
Donkins, 142.
Donkins (señora), 142, 143.
Donkins, Cecil, 143.
Donoso Cortés, 105.
Dorado, Fernando, 131.
Dorestes, 107.
Echegaray, José, 107, 108.
"El Bergantín", 133.
"El Greco", 117.
"El Morrín", 51.
Engels, 149.
Epicuro, 86.
Escalera y Bus, 29.

Fundación Juan March

Escosura, 58.
Escosura ("Chaquetilla"), 75.
Espartero, 36, 102.
Espronceda, José de, 54-55.
Feijoo (padre), 80.
Fernández, Diego, 16.
Fernández Portal, Carmen, 15, 49, 60, 85, 91, 97, 128, 134, 153.
Fernando VII, 86.
Ferri, 76.
Fitzmaurice Kelly, 144.
Francisco de Asís, San, 118, 119.
Frascuelo, 13.
Fresno, Fernando, 88.
Galán, 71.
Ganivet, Angel, 124.
García Conde, Pedro, 133, 134.
Garófalo, 76.
Gasset y Artimé, Rafael, 101, 102, 146.
Gimeno, 54.
Giner de los Ríos, Francisco, 63, 117-120, 121.
Goethe, 148.
Gómez Carrillo, 140.
González (marqués de), 146.
González (padre), 30, 38.
González Blanco, ("Lobo"), 100.
González Blanco, Andrés, 100.
González Blanco, Edmundo, 100.
González Blanco, Pedro, 72, 100, 101, 121, 129.
González del Valle, Anselmo, 77, 87, 88.
González del Valle y Carvajal, Anselmo, 87-89.
Gorostiaga, Luis, 107.
Grandmontagne, 129.
Gryce, Tony, 139.
Güell (conde de), 45.
Guerrero, María, 124, 126, 127.
Guisasola, Salvador, 27.
Gutiérrez (padre), 30, 38.
Hegel, 58.
Heredia (los), 54.
Heredia, Agustín, 89.
Heredia, José María de, 76.
Hernán Cortés, 98, 99.
Hijar (duque de), 123.
Hobbes, 109.
Hoyos, Bernardo de (padre), 40, 41.
Hume, Martín, 149.
Huntington, 94.
Igual, José, 107.
Imperio, Pastora, 115-116.
Inclán, 146.
Isabel II, 86.
Jiménez, Juan Ramón, 121.
Jovellanos, Melchor Gaspar de, 27, 28.
Juanita, 96.
Kant, 58.
Krause, 68.
Krotpokine (princesa), 149.
Krotpokine (príncipe), 149.
Krotpokine, Sacha, 149.
"La Argentina", 115.
"La bella Chiquita", 112, 113.

Fundación Juan March

"La belle Geraldine", 52.
"La Fornarina", 114-115.
Lagartijillo, 85.
Lagartijo, 13, 115, 116.
Larra, Mariano José de, 124.
Laverdure, Sabino, 77, 78.
Lemerre, 77.
Lete (padre), 30, 31, 32, 33, 35, 39.
Liszt, 89.
Loigorri (padre), 32, 33.
Lombroso, 76.
Longoria, Manuel (marqués de la Rodriga), 81.
Longoria y Carvajal, José, 83-85.
López Mezquita, 127-128.
López Pinillos ("Parmeno"), 135.
Lozano, 59, 60, 61.
Luca de Tena, Torcuato, 106, 151.
Machado, Antonio, 129.
Maestre, 109.
Maestre, Tomás, 108.
Maeztu, Ramiro de, 129-130, 141-142, 143, 147, 149.
Malet, 16.
Mallarmé, 72.
Manuel de Portugal, 146.
María Cristina de Nápoles, 86, 123-124.
Marietta, 148.
Marquina, Eduardo, 124, 126.
Martín (padre), 21, 55.
Martínez Sierra, Gregorio, 121.
Martínez Vigil, Ramón, 70-71.
Marx, 149.
Masaber, Vicente, 15.
Matías, 109.
Maturana (padre), 30.
Maura, 120.
Mélida, 106.
Méndez, 54.
Mendive (padre), 57.
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 125.
Mercé, Antonia (véase "La Argentina").
Mesa, Enrique de, 107.
Meyer, Raquel, 113.
Miguel Angel, 74.
Miranda, José, 74.
Miranda, Sebastián, 14.
Misa (marqués de), 145.
Molina, 34.
Montero Ríos, 95.
Moret, Segismundo, 105, 120-121.
Morral, Mateo, 131.
Moya, Miguel, 138.
Navarro Lamarca, Carlos, 121.
Navarro Ledesma, 124.
Nessi, Juana, 124.
Nevada, Enna, 53.
Nicolás II de Rusia, 145.
Nogales, 88.
Nozaleda (arzobispo), 93.
Núñez de Arce, Gaspar, 31, 32, 35.
Olavide (padre), 31, 32, 35.

Fundación Juan March

Ortega y Gasset, José, 37, 78, 101-102, 111, 116, 124, 125.
Ortega y Munilla, José, 125.
Osma, Joaquín, 105.
Osma, Joaquina, 105.
Osuna (duque de), 28.
Otero, 69.
Pelayo, 132.
Peñalver (conde de), 76.
Pereda, José María, 31, 35, 36.
Pérez de Ayala, Angel, 14.
Pérez de Ayala, Asunción, 55.
Pérez de Ayala, Cipriano, 14, 43.
Pérez de Ayala, Cirilo, 13, 14, 15, 19, 20, 21, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 51, 54, 55, 60, 61, 73, 78, 79, 94, 97, 100, 128, 134, 150, 151, 153, 154.
Pérez de Ayala, Eloísa, 134. 153.
Pérez de Ayala, Guillermo, 14.
Pérez de Ayala, Juan, 96.
Pérez de Ayala, Ramón, 15. 43, 45, 71, 91, 92, 134, 154.
Pérez de Ayala Fernández, Cirilo, 14, 19, 25, 77, 78, 134.
Pérez Galdós, Benito, 36, 123.
Pérez Pizarro, Guillermo, 17.
Pérez Triana, Santiago, 137-138, 149, 150.
Pidal y Mon, Alejandro, 27.
Pinito del Oro, 52.
Piñole, Anselmo, 15.
Pitágoras, 30.
Pitarra, Serafí, 45.
Pla, Cecilio, 127.
Platón, 30.
Plutarco, 102.
Polavieja, 121.
Pomar, Arturo, 74.
Posada, Adolfo, 66.
Primo de Rivera, 121.
Primo de Rivera (general), 106.
Querol, 121-123.
Quevedo (padre), 23, 24.
Quintiliano, 33.
Rabelais, François, 79-80.
Raj Naj, 148.
Ramón y Cajal, 120.
Regodesa, 45.
Regodesa, María, 45.
Remy de Gourmont, 140.
Revilla, 57, 58.
Ríos, Fernando de los, 143, 147, 148, 149.
Rivas (duque de), 35.
Rockefeller (los), 137.
Ródenas, Miguel, 102.
Roosevelt, Teodoro, 95.
Roso de Luna, Mario, 108.
Rostand, 76.
Rúa, Armando, 57, 58.
Rubio, 117.
Ruiz Zorrilla, 70.
Sagasta, Práxedes, 52, 70.
Sainte-Beuve, 125.
Sánchez, Francisca, 132.
Sánchez Guerra, José, 105-106.
Sangrador (padre), 40, 41.

Fundación Juan March

Sarasate, 88.
Seignobos, 65, 66.
Sela, Aniceto, 63, 66.
Shaw, Bernard, 144.
Sicilia (los), 54.
Sierra, Carmen, 76, 85.
Sierra, José, 83, 85-86.
Simarro (doctor), 120.
Sócrates, 118.
Sorolla, 120.
Suárez, Nicolás, 16, 17.
Suárez, Ramona, 15, 16, 17.
Tarancón (duque de), 27.
Terán, Luis, 107.
Tolrá (viuda de), 15, 46.
Tolstoi, León, 75.
"Tonino", 139-140.
Torquemada, Eduardo, 55, 56.
Trevijano (los), 54.
Unamuno, Miguel de, 78.
Unceta, Marcelino, 53.
Val, Mariano Miguel del, 107.
Valdeiglesias (marqués de), 147.
Valdés, Inocencio, 99, 100.
Valera, Juan, 56, 105, 110-111, 125.
Valero de Urría (marqués de), 76, 77, 79, 80, 81, 83, 85, 86-87.
Valero de Urría (marqués de), padre, 147, 148.
Valle, Evaristo, 135-136.
Valle-Inclán, Ramón del, 72, 86, 97-100, 101, 124, 125, 129-131.
Vázquez de Mella, 86, 120.
Velázquez, 127, 128.
Vélez de Guevara, 150.
Verdi, Giuseppe, 53.
Verlaine, 72.
Victoria Eugenia de Battemberg, 131, 147.
Villaespesa, Francisco, 72, 97, 100, 101.
Villalobar (marqués de), 145-147.
Villaurrutia (marqués de), 145, 146.
Viña Valdés, Rosario de la, 16, 17.
Virgilio, 33.
Weiss, 65.
Weyler, 121.
Zaloña, José, 14, 15.
Zamora, Rafael (véase Valero de Urría, marqués de).
Zancada, Práxedes, 107.
Zaragüeta (viuda de), 13.
Zorrilla, José, 35, 39.
Zuloaga, Ignacio, 63, 64.

Fundación Juan March

COLECCION DE MONOGRAFIAS

Sección 1.ª	FILOSOFIA Y TEOLOGIA ...	Azul
Sección 2.ª	HISTORIA, LITERATURA Y FILOLOGIA	Rosa
Sección 3.ª	ARTES PLASTICAS Y MUSICA.	Verde
Sección 4.ª	MATEMATICAS, FISICA, QUIMICA Y GEOLOGIA	Naranja
Sección 5.ª	BIOLOGIA, MEDICINA, FARMACIA, VETERINARIA Y CIENCIAS AGRARIAS	Amarillo
Sección 6.ª	DERECHO, ECONOMIA, CIENCIAS SOCIALES Y COMUNICACION SOCIAL	Beige
Sección 7.ª	ARQUITECTURA, URBANISMO E INGENIERIA	Rojo

Fundación Juan March

Fundación Juan March

Fundación Juan March

Fundación Juan March

Fundación Juan March

Las claves para comprender a los grandes escritores y artistas y, en general, a los personajes sobresalientes de cualquier tiempo —sobre todo en los dominios del intelecto—, se hallan en importantísima proporción en su infancia, adolescencia y juventud. Son ésas las épocas en las que se inicia y luego se cuaja su formación, y, con ésta, su personalidad. El presente libro abarca, examina y narra esta etapa de Ramón Pérez de Ayala —novelista, ensayista y poeta—, uno de los valores cimeros de las letras españolas contemporáneas.

Miguel Pérez Ferrero ha consagrado su mayor atención al género biográfico. Ha publicado retratos de personajes españoles y algunos extranjeros, especialmente pertenecientes al mundo de las letras y las artes, y otros que constituyen biografías extensas y ocupan tomos completos. Obras biográficas: *Vida de Ramón* —esquema biográfico de Gómez de la Serna— (1935); *Pío Baroja en su rincón* (1940, 1941); *Vida de Antonio Machado y Manuel* (1947); *Unos y otros* (1947); *Vida de Pío Baroja* (1960, 1972); *Algunos españoles* (1972).

Fundación Juan March